

GETSEMANÍ

Colección de Horas Santas



Ediciones A. J. M.

Getsemaní

COLECCIÓN DE HORAS SANTAS

por el

Rvdo. Sr. D. Antonio Amundarain

Director General de la Obra

Nihil obstat:
Dr. PRUDENTIUS SÁEZ DE DALLO
Censor

IMPRIMATUR:
Victoriae 23 Aprilis 1946.
DR. EUGENIO BEITIA
Pro-Vicarius Generalis.

Hay un sello que dice:
Obispado de Vitoria

**Exclusivo para las hermanitas de
La «Alianza en Jesús por María»**

PRÓLOGO

La HORA SANTA no es una devoción de capricho que ha inventado alguna alma beata.

La HORA SANTA no es de origen humano, sino que es una revelación del Sagrado Corazón de Jesús a su confidente Santa Margarita María de Alacoque, hecha al pie del Sagrario.

La primera insinuación se la hizo hacia el año 1673. «Mi divino Maestro me dijo: Que todas las noches, del jueves al viernes, me levantara a la hora que El me señalaría, para rezar cinco «Pater noster» y cinco «Ave Marías», postrada con el rostro en tierra, con cinco actos de adoración que Él me había enseñado, para rendirle homenaje por la extremada agonía que sufrió la noche de su Pasión».

Era este el prenuncio de la HORA SANTA.

Al año siguiente, dio a conocer Jesús claramente su voluntad con estas palabras: «Para acompañarme en la humilde oración que yo ofrecí a mi Padre en medio de todas mis angustias en el Huerto de los Olivos, te levantarás entre once y doce de la noche, para postrarte con el rostro en tierra, durante una hora, en mi compañía, tanto para aplacar la divina cólera y pedir misericordia por los pecadores, como para endulzar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles; abandono que me obligó a reprenderles el no haber podido velar una hora conmigo. Durante esta hora harás lo que yo te indicaré; te enseñaré lo que deseo de ti para reparar aquella hora, de la cual me quejé en el Huerto de los Olivos. Te haré participar de la mortal tristeza que quise sentir entonces, la cual te reducirá, sin que tú puedas comprenderlo, a una especie de agonía más dura de soportar que la muerte».

Fiel a esta orden divina, la Santa hacía cada semana, en la noche del jueves al viernes, una hora de oración que empezaba al salir de maitines. Durante todo aquel tiempo permanecía postrada con el rostro contra el suelo o con los brazos en cruz. «Yo la hice cambiar, dice la madre Greyfié, esta postura, cuando fueron mayores sus padecimientos»,

Interrogada la Santa por el Padre Croiset sobre lo que hacía durante aquella hora larga, le contestó: «En este tiempo me postro en memoria de aquella hora de la cual se quejaba, diciendo que sus discípulos no habían podido velar una hora con El. De ordinario me ocupo en los tormentos extremados que sufrió por nosotros nuestro divino Maestro; otras veces me lamento de mí y de todos los pecadores, de nuestras ingratitudes para con El. No se puede decir lo que sufro, pues parece que este divino Corazón vierte en el mío todas sus amargas, reduce mi alma a angustias y agonías tan dolorosas, que algunas veces parece que voy a expirar».

La santa hermana continuó este ejercicio de la Hora Santa hasta el último año de su vida.

*He aquí el origen de la **HORA SANTA** propiamente dicha. Sus caracteres especiales son: a) Que preferentemente sea de noche y, a poder ser, de once a doce (hora probable de las espantosas agonías de Jesús); b) que sea por espacio de una .hora en compañía de Jesús; c) que se adopte una postura devota, humilde y mortificada; d) que se medite sobre los misterios de Getsemaní y, en especial, sobre lo que Jesús sufrió en aquellos abandonos y soledad en que le dejaron sus discípulos.*

*El fin de la **HORA SANTA** es aplacar la cólera de Dios, pedir misericordia por los pecadores y endulzar la amargura que sintió en el abandono de sus apóstoles.*

*La **HORA SANTA** es, pues, una hora de sacrificio, con la privación del sueño y de las comodidades, en la soledad de Getsemaní, para acompañar a Jesús en sus agonías y abandonos.*

Hermanita, toma este librito que contiene horas largas y cortas; no lo hojees por curiosidad, sino vete con él a la puerta de tu Sagrario, y, como si estuvieras en la soledad de Getsemaní, ora en devota Hora Santa. Solo para eso lo .liemos escrito.

EL AUTOR.

NOTA.--Algunas Horas Santas, de las que figuran en este libro y que se editaron aparte en folletitos copio suplemento de LILIUM INTER SPINAS, han tenido que ser algo modificadas, al desaparecer afortunadamente las tristísimas circunstancias que motivaron ciertas expresiones y aplicaciones contenidas en ellas.

Primera Hora Santa

¿Quiénes son los elegidos?

Pocos son los elegidos,..

(Mat. XX, 16).

Quisiera, hermanita amada, que Jesús te encontrara bien dispuesta para grandes sacrificios por su amor.

Las grandes almas no ponen tasa a su amor, para con Jesús ni a las pruebas que el verdadero y legítimo amor exige de ellas en la vida.

Amas a Jesús; lo dices sinceramente y lo sientes de veras, como lo dices; nadie duda de esta tu sincera disposición. Interesa, pues, que a la misma altura estén las pruebas de tu amor.

¿Quieres verlo?

Ante esa divina Hostia, que vela y es-conde la realidad más asombrosa de un Dios todo humano y todo divino y todo amor; ahí, con adoración profunda, reparación sincera y devota y amor ardiente, con fe viva y luminosa que te descubre ante los ojos de tu conciencia; ahí, cerca de ti, a dos pasos de ti, a su misma sombra, ante su dulce mirada, al calor de su abrasado Corazón, piadosamente afectada, recorre estos tres puntos... y verás.

Punto I. - Judas

No te suena bien este nombre; no temas. Los contrastes dan vida y aclaran las cosas...

Jueves Santo; es la puesta del Sol. Jesús con todos llega a Jerusalén. Hasta la Cena le siguen todos, en la mesa todos son amigos, todos comparten con su Maestro las dulces alegrías del banquete pascual.

El amor aún no ha pasado por la prueba, todos muestran (al menos disimulan) amarle...

Pero... «venit hora». Ha llegado la hora; la hora para Jesús de mostrar su infinito amor a los hombres y la hora de probar los suyos el amor que decían tenerle... Ha llegado, hermanita amada, la hora de mostrarle también tu amor.

Veamos...

Judas no ama; Judas es un interesado, un egoísta, un avaro, un verdadero judío, un apóstata, un traidor.

Judas ha seguido a Jesús hasta el Cenáculo. Allí, de manos de su amado Maestro, comió el último bocado, prenda del más fiel y sincero amor de su Dios...; tras el bocado entró en su corazón Satanás y con él... se fue.

¡Se fue! y tan lejos se fue y tanto se apartó de Él, que de amigo se convirtió en enemigo y de discípulo en cabecilla de sus más enconados enemigos.

¡Oh, Dios Santo! ¡A qué transformaciones está expuesto el corazón humano!...

Del divino Cenáculo, en alas del espíritu infernal, a la sociedad de los confabulados contra su divino Maestro... y ¡es uno de los doce! ¡elegido con vocación de apóstol por el mismo Jesús...!

¡Oh Jesús! tiemblo con este cuadro... (Pausa).

. . .

En animada sobremesa sigue todavía Jesús con sus doce amigos, abriéndoles el Corazón y expansionándose con ellos, cuando ya el traidor, atravesando en noche tenebrosa las bulliciosas calles de

Jerusalén, se unía con los fariseos en criminal complot para condenar al Justo...

El delicadísimo Juan sigue recostado sobre el Corazón del amado Maestro, cuando Judas discute y planea en el Sanedrín el modo de perder a su Señor.

Y Vos, dulcísimo Jesús, viendo con luz divina al uno y al otro, sentíais a la par la dolorosa herida de traición del uno y el consolador desagravio del otro...

Contrastes son estos, amada hermanita, que se repiten a diario al través de los tiempos; mientras los traidores y los hipócritas vuelven la espalda a Dios, las almas fieles siguen recostadas amorosamente sobre el pecho del ofendido. (Pausa).

. . .

Tres años ha vivido Jesús llamando en su requerimiento a aquel desventurado discípulo, a quien veía correr, desviado por una mala pasión, al más desastroso cataclismo.

Con el Corazón apenado y destrozado de, dolor, aprovecha los últimos instantes para salvar al infeliz Iscariote de su ruina.

¡Una eternidad de llanto no le será suficiente para llorar su descarrío!

¡Infeliz Judas!...

Pongamos a su lado a todos los que, en el transcurso de los siglos, han perdido el amor de Cristo y, esclavos de una o de muchas pasiones, han llegado a ser traidores al divino Maestro...

¡Oh!, y ¡cuántos hay hoy de estos desgraciados...!

Hechos; por el bautismo miembros de su Cuerpo místico, hijos de la Iglesia, amamantados en la dulce devoción del divino Costado y embriagados en su Sangre y, tal vez, regalados al calor de su amante Corazón con especial predilección, entre sus más escogidos amigos, como Judas..., fueron primero rezagándose distraídos..., luego dejaron

de seguir al Maestro y, por fin, han llegado al abismo de una alevosa traición... (Pausa).

. . .

A la vista de ese cuadro de almas que, saliendo, del Cenáculo amoroso del divino Corazón, se han puesto de espaldas a Él, si no contra El, tú, hermanita amada, eres llamada, a cumplir el oficio reparador de Juan, que se inclina sobre aquel herido y amargado Corazón de Jesús; es tu deber el ofrecer fervientes actos de desagravio en el ejercicio de una vida de pureza, amor y sacrificio que ofrecerás por El y las almas que se alejan de Él.

Este es tu oficio, esta es la misión de la Alianza en el mundo: ser Juanes virginales, amantes y sacrificados, recostados sobre el Divino Costado.

Póstrate, pues, ante esa divina Hostia y ora con fervor...

Comienza por desconfiar de ti misma. Si un Judas, elegido y ungido por el mismo Jesús, llegó a ser apóstata... ¿quién podrá creerse libre de igual desgracia?...

¡Oh, dulcísimo Maestro Jesús! Elegida he sido por mano divina para ser tu predilecta. A Ti solo debo mi ser de hermanita y en Ti solo pongo la esperanza de perseverar en esta vida.

Mi propia fragilidad me espanta, mi corazón es a manera de una barquilla frágil, a merced del viento y de las olas; si Tú no vas dentro de ella ¿quién la guiará en medio de este mar de incesantes tempestades?

¡Ah, Señor! Déjame echar mis anclas en el abismo de tu divino Corazón, y que ningún viento de pasión contraria me haga zozobrar. Tú en mí, Señor, en mi bajel, en mi corazón, y yo en TI, en tu regazo, en tu Corazón.

Sea yo Juan, que a tu pecho reposa para alegrar tu soledad; Juan, para acompañarte en los tristes vacíos que a tu lado dejan las almas que de Ti se alejan; Juan, para consolarte en el desamparo en que aquí te dejan los que te han vuelto las espaldas; Juan, para reparar las ofensas

con que te pagan el beneficio de haberte hecho compañero de su destierro; Juan, para amarte, tanto por lo que yo misma te debo, cuanto por lo que Tú me amas y por lo que eres despreciado de los malos cristianos a quienes amaste...

Sea Juan, aquí en este misterioso Cenáculo, para gozar de tu compañía, de tu amor, de tu intimidad, de tu inspiración, de tu oración; en Getsemaní para velar y orar contigo, para hacerte guardia de honor y aliviar tus tristes agobios; al pie de la cruz, para unir con tu sacrificio el mío imperfecto.

Sea, Jesús, Juan de Jueves Santo para ser «Mártir en el Sacrificio»...

Punto II.- Los once

El Cenáculo queda en silencio. No se alegrará aquel lugar hasta que, triunfante, entre en él Jesús resucitado y glorioso...

Concluida la Cena y el animado coloquio que siguió, en el que el divino Maestro abrió su Corazón y dejó desbordar todo su amor, salieron todos hacia el Huerto de las Olivas.

Jesús, con paso apresurado, camina hacia el sacrificio, y los once han resuelto seguirle... Vivamente impresionados por todo cuanto, habían presenciado y escuchado en la intimidad del Cenáculo, todos, los once, están resueltos a seguir al Maestro amado.

Como es oscura la noche, oscuro es también el porvenir que se les presenta; no obstante, si bien muchas de las revelaciones hechas por Jesús en la Cena no las entendieron, barruntan algo grave y serio que les aguarda, al Maestro y a ellos por El. Pero ¡no importa!, a todo están dispuestos; a su lado... irán hasta el Sacrificio...

Veámoslo.

Han atravesado en silencio la ciudad y por una de sus laderas bajan al valle de Josafat; el río Cedrón corre melancólico, murmura monótono, parece que ora... y Jesús rompe el silencio

«Esta noche todos vosotros padeceréis escándalo por ocasión de mí, por cuanto está escrito: «Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño...».

Respóndele Pedro: «Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo».

Dícele Jesús: «Pues yo te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me 'has de negar tres veces».

A lo que dijo Pedro: «Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré». «Eso mismo protestaron todos los discípulos». (S. Mateo XXVI).

Esta escena, en el camino de Getsemaní, prueba la sinceridad de aquellos hombres y el buen ánimo con que estaban dispuestos a seguirle.

Bien de veras amaban a su Maestro Jesús y en aquella ocasión propicia como nunca, quisieron probárselo, sin regatear prueba ni sacrificio, por fuerte que fuese. Ni Pedro ni ninguno de los demás amigos podían creer en la posibilidad de una nueva apostasía y traición. Antes bien, iban con ánimo decidido y con gran generosidad a reparar la del infortunado condiscípulo Judas.

Así iban, muy cerca del Maestro, animosos, intrépidos, valientes, generosos, dispuestos a todo, -muy decididos...

¡Magnífica disposición la suya! (Pausa).

. . .

¡Oh hermanita! ¡Quién había de creer que la escena iba a cambiar a pocos pasos y tan pronto!...

¡Pobre corazón humano! Todo era devoción y sentimiento de Cenáculo. El corazón ardía, pero la llama era producida por una explosión de entusiasmo... Hasta entonces a Jesús se le seguía por caminos de gloria y de triunfo. Pero ya era llegada la hora de las grandes humillaciones, duros combates y dolorosas «derrotas». Menester era una

fidelidad a toda prueba, y Jesús hubo de pulsar el corazón de sus buenos discípulos.

Detúvose, pues, a la entrada del Huerto con ellos, púsose en medio y mirándoles, al pesar, de las protestas de éstos, no los halló suficientemente fuertes para la prueba a que iban a ser sometidos.

«Quedaos aquí, díceles, hasta que yo voy allí y hago oración». Y los dejó fuera...

¡Tres años en pos de Jesús! ¡tres años alimentados en su Corazón divino! ¡tres años formándose en la escuela del divino Maestro! ¡y todavía aquellas almas no tenían amor suficientemente fuerte para soportar la gran prueba de Getsemaní

«Dejólos fuera, dice Orígenes, como almas enfermizas y débiles»... (Pausa).

. . .

He ahí, hermanita amada, catalogadas las almas buenas, con piedad, virtud y amor, de Cenáculo; almas, hasta si se quiere, fervorosas, de oración y frecuencia de Sacramentos; almas que han sentido las vibraciones divinas en su retiro; almas dispuestas, a ratos por lo menos, a seguir a Jesús hasta el sacrificio, sinceramente amantes de su Maestro, a quien, como Pedro, han jurado fidelidad y amor hasta la prueba de dar la vida por Él.

Hoy no escasean estas almas. En el resurgir y consoladora reacción que va produciendo el diluvio de males que padece la humanidad, no es difícil encontrar almas, de esta disposición, que oyen la voz de la Iglesia y van directamente a Dios; oran, gimen y viven, iluminadas por la luz divina, con ansias de santidad.

Pero no a todas encontrará Jesús preparadas para entrar con El en los misterios del Huerto Santo; algunas, tal vez muchas, habrán de oír de los labios divinos el «quedaos aquí».

¿Por qué?

Las encuentra todavía débiles, enfermizas, endebles... ; su corazón todavía no está forjado en el yunque del sacrificio, su virtud es planta nueva, tierna y sin arraigo y su piedad es sensible y no conoce todavía la sequedad; su amor ardiente más bien es un don regalado de Jesús y no han experimentado las ausencias y abandonos del Amado; son, en una palabra, almas de Cenáculo o que, acabadas de salir de él, todavía son movidas por la viveza de sus fuertes impresiones espirituales.

¡Oh, hermanita! ¿Habrás también en la Alianza almas de Cenáculo que, a pesar de sus ardientes protestas de amor hechas solemnemente a Jesús, como Pedro, no están suficientemente probadas en el triple lema que las capacita para entrar con El en Getsemaní?

¿Serás tú una de ellas?

Póstrate en este místico Getsemaní de tu Sagrario, recógete y calla y, en el silencio de tu alma solitaria, escucha la voz del Maestro..., escucha lo que te dice. (Pausa)

. . .

¡Oh, Señor, divino Jesús...! Escarmentando en cabeza ajena (pues estoy lejos de ser y de sentir lo que era y sentía tu primer apóstol), yo no te diré (ni lo creo jamás) que soy más que mis hermanitas, siendo como soy la más pequeña y pobre de todas.

Sin embargo, al consagrarme un día a Ti en la Alianza, yo no he puesto tasa al amor con que debo amarte... ¡Oh, Jesús! Si el corazón no me traiciona, fortalecida con la gracia, con un generoso FIAT, quiero llegar, no sólo al Cenáculo de tus dulces y sabrosas intimidades, sino también a las tristes soledades, abandonos y agonías de Getsemaní, para probar los sorbos amargos de tu cáliz.

¿No es por fortuna éste el destino de la Alianza en el mundo?

Entre miles de almas que te siguen ¿seré yo, Dios mío, la que, por mi debilidad y poco amor, haya de quedarse fuera del Huerto de tu Sacrificio?

Supla, Señor, tu gracia y tu poder a mi debilidad y haz que sea elegida para acompañarte y participar de tu sacrificio.

Punto III.-Los tres

¡Sólo entran tres...!

Miles de almas siguen a Jesús en su vida pública, vida de triunfos y de gloria. Va El derramando bondades y tras la golosina corren las gentes. De ellas ha escogido un centenar aproximado; son los más asiduos y los ha llamado discípulos; éstos le aman más, le son fieles, son suyos. Pero entre ellos vuelve un día a una nueva selección y separa sólo doce, a quienes llama apóstoles; éstos son sus verdaderos amigos: «Vosotros, les dice, no sois siervos, vosotros sois mis amigos»; y a ellos abre los secretos de su amante Corazón.

Como verdaderos hermanos, vivirán día y noche en la más confiada intimidad, siguiéndole en sus correrías, oyendo su divina palabra, comiendo en la misma mesa y acostándose en el mismo lecho.

Más, oh dolor, en el mismo día en que El habrá de ofrecer el gran Sacrificio a su Padre, uno de ellos le traiciona y quedan once...

Y una hora más tarde, en el instante del introito de su Sacrificio, vuelve a dejar fuera de las gradas del altar a otros ocho..., y suben solamente tres...

Eran miles los que le seguían, eran un centenar los escogidos, eran doce... y quedabais...

¡Cómo depuráis, Señor, las almas destinadas a las grandes intimidades y misteriosas revelaciones de vuestro Corazón! ¡Cuán probadas han de ser las almas elegidas para el Sacrificio...!

A pesar de sus grandes protestas ¡cuán lejos estaban todavía de poder apurar con Vos el cáliz del sacrificio que a todos brindabais...!

Con mirada escrutadora, a la tenue luz de la luna, mirasteis a aquellos atolondrados; once amigos, y sólo tres eran los medianamente

dispuestos, y los señalasteis con vuestra mano: tú, Pedro; tú, Juan; tú, Santiago, seguidme.

Elección divina y santa, elección libre y gratuita, elección distinguida y de predilección, Jesús es quien elige... Fíjate, hermanita; en la penumbra va llamando uno a uno: «Tú, Pedro; tú, Juan; tú, Santiago», y ellos se ponen a su lado y le rodean...

«Vosotros -dice a los otros-, quedaos aquí...» «Vosotros no podéis seguir a estos ni a Mí; aquí os dejo: yo voy con estos...» Y, con una dulce y triste mirada que a todos abarca, los deja... y, tomando a los tres elegidos, entró al Huerto. Ellos, los que se quedan, le miraron también y, cuando en la oscuridad se perdieron entre los olivos, tuvieron miedo, barruntaron algo grave... y, al verse solos, sin Jesús, temblaron y... huyeron hacia la ciudad, tal vez al Cenáculo.

Allí, queda Jesús y los tres con El... Y va a dar comienzo el gran Sacrificio (*Pausa*).

. . .

¡Oh, hermanita! Jesús viene haciendo una elección de almas escogidas, predilectas, muy suyas; almas de gran temple, forjadas en el duro yunque del sacrificio, pureza y amor; almas desprendidas, vacías de sí y llenas de El..., y echa una mirada sobre esa muchedumbre de discípulos que se han, puesto de cara a Él; viene a hacer entre los más escogidos una selección.

Poco y bien selecto busca Jesús; es que estas almas son llamadas a estar firmes junto a su Maestro en noche oscura, en soledad triste, en sequedad de espíritu, en dura prueba, en abandono y tentación.

Su misión no es acompañar a Jesús en dulce y alegre Cena, ni en amena charla de sobremesa en el Cenáculo, ni en gloriosa revelación del Tabor; para eso cualquiera sirve. Su misión es rodear, ayudar, tomar parte, como en ministerio de altar, en Getsemaní, con Jesús, Sumo Sacerdote, en la hora solemne preparatoria de su cruento Sacrificio.

A eso fueron llamados Pedro, Juan y Santiago; a eso más tarde llamó Jesús a Margarita, de Alacoque, Gemma Galgani, Benigna Consolata, Teresita y mil otras almas... ¿No será para esto el llamamiento de Jesús a la «Alianza en Jesús por María»?

Bien podremos creer que esa es su especial misión parroquial, junto al místico huerto de nuestros Sagrarios.

¿Entrarán en él todas las hermanitas? (Pausa).

. . .

¡Qué bello ideal...! y ¡qué hermosa realidad, si este ideal llega a ser una bella realidad...!

De doce elegidos uno salió apóstata, ocho hubieron de quedar fuera por falta de disposición; sólo tres entraron con Jesús...

Varios miles de hermanitas ha elegido Jesús... No han faltado tristes casos de deserción... ¿Cuántas quedarán fuera del Huerto... sin la dulce compañía de Jesús?... ¿Cuántas entrarán con Él?

Hermanita, ¿sonará en los labios del divino Maestro tu nombre de elegida para entrar en Getsemaní con Él?...

Sé fiel a tu vocación de aliada; vive intensamente tu lema; sé pura como Juan, ardiente, amadora con Pedro, sacrificada con Santiago, quien primero de todos derramó su sangre por su Maestro. Así merecerás entrar con Jesús en Getsemaní.

¡Getsemaní...! Devoto es este nombre..., pero ¡qué pocas lo quieren para vivirlo! ¡Agrada a muchos para meditarlo y contemplarlo; más pocos son los que quieren entrar en él...!

¡Oh Jesús...! No nos llamasteis, pues, Vos a los regalos y dulces expansiones del Tabor, sino a participar de las agonías, angustias, tedios y tristes abandonos de vuestro espíritu en el oculto sacrificio de vuestro Corazón, probándoos sin regateos nuestro amor en el sacrificio y castidad de una vida santa.

Vuestras predilectas, las preferidas de vuestro amor son aquellas almas generosas que entran y os siguen en el camino sombrío del Huerto y en el doloroso del Calvario.

Siendo Vos Hostia y Víctima por la redención del mundo, vuestros seguidores no pueden estar animados de otro espíritu que el del sacrificio, y tanto más, cuanto más de cerca os siguen.

No es justo que Vos seáis siempre mi Cirineo y yo la aliviada de Vos; sino que también lo sea yo, en esa vía dolorosa de vuestro sacrificio, si no un esforzado Cirineo, siquiera una piadosa e intrépida Verónica.

Soy llamada a compartir con Vos vuestras tristezas, vuestras angustias, vuestras agonías, vuestros tormentos en el cuerpo y en el espíritu; soy llamada a acompañaros en la soledad del Huerto, en los desprecios y humillaciones de los tribunales, en los abandonos de la prisión, en los insultos y vilipendios del Pretorio, en la sangrienta carrera del Calvario y en los imponderables tormentos de la Cruz.

¡Oh, Señor...! No tendré la presunción de fiarme de mis propias fuerzas para este delicado oficio; aun cuando mi corazón sienta aquí, en vuestra presencia, este gran fervor, confieso humildemente la gran flaqueza de mi ser, confirmada con la lección de escarmiento que me da vuestro humilde apóstol Pedro.

Mas no me vuelvo atrás, ni quiero quedarme fuera de vuestro Huerto... Me ofrezco, Jesús agonizante, confesando con humildad mi impotencia, me ofrezco a todo lo que Vos queráis de mí.

Sólo vuestra gracia, vuestra asistencia, vuestro continuo socorro, vuestro amor, suplirán mi gran debilidad y darán fuerzas a mi espíritu.

Dispóngame y prepáreme vuestro divino auxilio, para que sea capaz de entrar con Vos en el Sacrificio...

Sed primero Vos, Jesús mío, mi buen Cirineo, para que yo cargue después con vuestra Cruz y recorra a vuestro lado, con Vos, el camino del dolor, hasta que os vea inclinar la cabeza en vuestra Cruz y yo allí expire, con Vos. Amén.

San Sebastián, 1 Enero 1942.

Segunda Hora Santa

Divinas tristezas

Triste está mi alma hasta la muerte,

(Mat. XXVI, 38)

Punto I.-Getsemaní

Ha sonado la hora señalada en los decretos eternos; ni un minuto más ni un minuto menos.... Jesús bruscamente interrumpe la tierna expansión que, después de la cena, tuvo con sus discípulos en el Cenáculo. «Surgiste, dice, eamus hinc». «Levantaos y vámonos de aquí». Todos con el Maestro se levantan; ellos miran al Maestro y el Maestro, en pie, los mira y... vuelve a reanudar el hilo de la conversación. No. puede separarse de sus queridos amigos, y sigue hablando. Los ve tristes, e insensiblemente se prolonga... Últimas palabras, últimos consejos, últimas revelaciones, últimas expansiones de su divino amante Corazón.

Por fin salen...

En dos o tres grupos, envueltos en sus -mantos, los once, y a la cabeza Jesús, con paso acelerado atraviesan la Ciudad. Tristes todos, todos en silencio e intensamente afectados por todo lo que acaban de ver y oír en el misterioso Cenáculo.

Calles a media luz y silenciosas, caminos solitarios, Josafat, Cedrón, Olivete... La noche serena y fría de Abril deja en silencio todos aquellos contornos; la luna vacilante con su luz mortecina, símbolo de

una lenta agonía, permite ver apenas la senda, que por última vez va a recorrer el divino Nazareno.

¿Qué piensa Jesús...? ¿Y los que van con El, Pedro y Juan? Poco hablaron en el trayecto, y ello fue sobre los inminentes acontecimientos, cuya revelación, una vez más, los sumió en angustia y tristeza mayor...

Pronto llegaron a la entrada del Huerto, en cuya puerta detúvose Jesús hasta que estuvieron allí todos, aun los más rezagados. Los miró...; le miraron. Los ojos divinos penetraron en aquellos corazones, y ¡qué dolor!, aunque generosos en palabras, no los halla a todos en disposición de probar el cáliz amargo que les brinda; y, muy a pesar suyo, entre los elegidos tiene que hacer una nueva selección: Pedro, Santiago, Juan... ¡ninguno más!

«Sentaos aquí, dice a los demás, mientras yo voy ahí y hago oración».

Mandó que se quedaran fuera del Huerto, porque los halló débiles y cobardes. Así dice Orígenes. Hasta el Cenáculo todos fueron fervorosos; al Huerto los más llegaron rezagados. En las delicias del Cenáculo todos se creían generosos y 'dispuestos; al iniciarse el camino del sacrificio, muchos vacilan y se acobardan allí es probada la entereza del amor.

¡Qué amarga decepción para el Maestro! Los más, casi todos, se quedan fuera...

¡Qué desventura para ellos! ¡quedan fuera del Huerto, en noche cerrada, sin Jesús!... ¡Sin Jesús!... ¡En noche cerrada!... ¡Fuera del Huerto! ...

A todos invitó Jesús en el Cenáculo, y todos intrépidos salieron camino de Getsemaní; pero, conforme iban acercándose, algunos primero y luego casi todos flaquearon, no mereciendo por eso entrar con Jesús.

Los más esforzados, los más -generosos y fieles hasta el último momento merecen esta distinción. Jesús separa a éstos; los llama con su nombre, Simón, Santiago, Juan; los acerca a su Corazón y... se aleja en

la obscuridad entre los olivos. ¡Gran predilección la de estos tres amigos íntimos!

¡Gran predilección la tuya, hermanita amada! ¡Cuántas almas vulgares y frívolas, almas piadosas de rutina, almas seguidoras de Jesús hasta el Cenáculo de las consolaciones sensibles, han quedado fuera del Huerto santo, a donde tal vez el Señor las convidó un día, y, por falta de generosidad y amor bien probado, se quedaron fuera, sin Jesús!

¡Oh, hermanita! Si de veras lo eres y lo has probado con tu vida de hermanita, has sido elegida por Jesús con predilección. ¿Quedarás hoy por tu frialdad y cobardía, fuera del huerto de Getsemaní? ¿Amas a Jesús? ¿Quieres acompañarle en las tristezas y agonías del Huerto?... Él te llama, es su voz angustiada ¿la oyes? Que no se lleve una triste decepción, viendo tu poca generosidad, tu poco amor...

¡Oh, Jesús! Son tus escogidas, las hermanitas de la Alianza, que te siguen esta noche, no sólo hasta el Cenáculo, sino hasta las tristes soledades de Getsemaní. Haz, Señor, que ninguna quede fuera del santo Huerto. Tu gracia eficaz dispondrá sus corazones; ella las hará capaces de beber contigo el cáliz de las 'amargas agonías. Todas, Jesús, todas contigo adentro, a tu lado, a consolarte... (Pausa)

Punto II.- «Triste está mi alma»

«Acabada, pues, la sacratísima cena, dice Fr. Luis de Granada, y ordenados los misterios de nuestra salud, abrió el Salvador la puerta a todas las angustias y dolores de su Pasión; para que todos viniesen a embestir sobre su piadoso corazón, para que fuese crucificado y atormentado en el ánima, que lo fuese en su misma carne».

Lo cual tuvo lugar en el instante mismo en que con sus tres amigos penetró en el interior de Getsemaní. Allí Jesús cerró la puerta a todos los consuelos, y la abrió a toda clase de mortales agonías y tristezas, y al momento sintió una terrible novedad. De un paso a otro cambió su Corazón. Una ola de angustias y de terrores, de pavor y de espanto, de temor, miedo y tedio, de agonía y escalofrío de la muerte le envolvió cual furiosa tempestad.

Los evangelistas., son breves, pero muy expresivos en este paso doloroso de Jesús «Comenzó, dice San Mateo, a contristarse y angustiarse vehementemente». Es decir; era tal su tristeza y angustia, que casi quedaba exánime por la intensidad del dolor interior, lo cual significa San Lucas con la palabra más gráfica «agonía», y San Marcos con «tedio y pavor».

¡Oh misterio! Jesús comenzó a estar triste, a temblar terriblemente asustado, a sentir pavor y espanto, a llenarse de tedio y de angustia. Y como solemos hacer todos, cuando estamos en este trance, comenzó a buscar arrimo en sus amigos íntimos, y, sin poder contener su profunda tristeza, hizo aquella confesión de su flaqueza, que más parece propia de un desgraciado -que de un Dios: «Mi alma está triste hasta la muerte».

Mira ahí, hermanita amada, a tu dulcísimo Señor pálido, débil, temblando, angustiado sin fuerzas, casi sin vida. Y así agitado, oprimido el corazón, respirando con fatiga, quiere desahogarse con sus amigos...: «Estoy triste, amigos míos, estoy tan triste, que muero de tristeza...» (Pausa).

. . .

Entre los escombros todavía humeantes de tantos Sagrarios arrasados por la guerra y profanados por la persecución, nos parece escuchar este angustioso grito de Jesús agonizante: «Triste está mi alma hasta la muerte».

Lejos de su regalado Cenáculo, en la soledad fría y oscura de Getsemaní sentía Jesús el escalofrío de la muerte, y entre angustias incomprensibles se revelaba a sus amigos buscando consuelo.

Bien vio entonces, multiplicado y acrecentado el cuadro desolador de tantos Cenáculos convertidos en tristísimos Getsemaní.

Y el eco de aquellas angustiosas palabras se deja ahora oír tan amargo, tan triste y tan doloroso entre los ruinosos y calcinados muros, que ayer fueron devotísimos cenáculos y hoy son mansiones de desolación... ¡Tristes Getsemaní!

¡Oh, sí! Jesús está triste, y, al abandonar esas dulces mansiones donde hasta hoy vivió tan amado y tan regalado por almas escogidas, ha tenido que recordar su triste salida de Betania, de Jerusalén, del Cenáculo, repitiendo con acento desgarrador «Mi alma está triste».

¡Jesús está triste! Triste con la tristeza que reflejan esos venerandos Santuarios, que fueron moradas de santos; esos vetustos templos, que fueron su Casa solariega; esos escondidos Sagrarios, que fueron el despacho de sus infinitas misericordias, destruidos hoy por el incendio y la profanación...

¡Jesús está triste...! Y con El están tristes esas niñas y jóvenes, que quedan en la encrucijada sumida en orfandad, abandonada y tal vez a merced de la codicia criminal de hombres desalmados sin corazón y sin piedad...

¡Jesús está triste, muy triste...! Y te lo dice a ti, hermanita amada; a ti, la escogida de su Corazón, su predilecta, a quien, como a Simón, Santiago y Juan, quiere revelar íntimamente los secretos de su despedazado Corazón. Para eso de una manera especial te ha convidado esta noche a esta Hora Santa, reparadora y consoladora para Él.

¡Jesús está triste...! Y el mundo insensato, insensible a las lágrimas de su Dios, ríe, goza y se divierte alegre.

¡Jesús está triste...! Y tú, hermanita, ¿no lo estás con Jesús y por Jesús? ¿Qué haces? ¿Lloras? ¿ríes? ¿velas? ¿duermes?

¡Oh, dulce y pobre Jesús...! También mi alma está triste y mi corazón llora. No quiero consuelos, mientras no te vea a Ti sonreír.

Dame lágrimas de sangre para llorar las ruinas de tantos pueblos, que fueron tuyos, y hoy ciegos, huyendo de Ti, llevan camino de su ruina y de su perdición. Aquí, en este solitario Getsemaní, quiero contigo gemir y llorar tanta desventura y tanta desolación. (Pausa).

Punto III.-Por qué está triste Jesús

Las tristezas de Jesús en Getsemaní obedecen a varias causas. Dice San Agustín que Jesús voluntariamente excitó en su alma los más tristes pensamientos y que más podían angustiarle y acongojarle.

Vio, en primer lugar, su horrorosa pasión en todo detalle; su imaginación se la representó vivísimamente con todas sus escenas, sus ignominias, suplicios y dolores.

Veía perfectamente todos los instrumentos que iban a atormentar su cuerpo, y sentía ya en sus miembros su violencia y su peso.

No esperó, dice San Gregorio Niseno, el ímpetu de los judíos, sino que, por especial género de sacrificio, se adelantó a sufrir uno por uno, por la viveza de su imaginación, toda la serie de _horrores y afrentas, las cuales estampó violentamente en su Corazón, para abrazar ahora, a la vez, lo que después había de sufrir sucesivamente.

Dieciséis horas de horroroso martirio, y lo que en la sucesión de los siglos había de tramarse contra Él, todo cayó en un solo punto, vivísimamente presente, sobre su divino Corazón.

Allí desfilaron los verdugos inhumanos, los falsos testigos, los jueces injustos, los amigos apóstatas, los perseguidores de su Evangelio y de su Iglesia y los sacrílegos y profanadores del Santuario... ¡Qué cuadro tan pavoroso y tan cruel...! (Pausa).

Otra causa de las tristezas de Jesús en Getsemaní fueron todos los pecados de los hombres, que en un momento vio y conoció en toda su gravedad y malicia.

¡Qué horror le causarían las asquerosas imágenes de tantos pecados vergonzosos al través de los siglos!

Veía acumulada toda la podredumbre de los siglos, precipitándose sobre El como un torrente de lodo. Jesús veía ante sí ese nauseabundo y abominable lodazal de impurezas, y cada una de ellas llenaba de repugnancia y de asco su inmaculado y purísimo Corazón.

Velase aplastado bajo el peso de todas las iniquidades de los siglos, y al mismo tiempo bajo el peso de la justicia vengadora de su Padre, que exigía condigna expiación por ellos.

Vejase como un miserable leproso, cargado de todos los crímenes, hecho maldición, temblando ante la Santidad infinita de su Padre...

¡Hermanita...! Y vio los tuyos; todos los tuyos, y ¡cuánto le repugnaban...! ¡Eran tan feos...! Y ¡oh amor! cargó con ellos para expiarlos. ¿Los recuerdas? ¿los ves? ¿Los lloras? (Pausa).

Nueva tristeza y desolación debió ser para Jesús la seguridad del poco fruto, que los hombres habían de sacar de sus grandes sacrificios.

Iba a dar la vida por los hombres, y ¿cuál había de ser el fruto de todo ello? El árbol de la vida plantado por El y regado por su divina Sangre, lo ve transformado en árbol de la corrupción, con cuyo fruto tragarán la muerte millones de almas.

Ve las fuentes de la vida sobrenatural envenenadas por la herejía y el error, los Sacramentos menospreciados, la túnica de su Iglesia rasgada y manchada, la Eucaristía profanada, su Sangre pisoteada...

Ve pueblos y naciones, regenerados por su Evangelio y por su Sangre, alejándose de su Corazón, y miles y miles de almas, redimidas por los dolores de su cruento sacrificio, precipitándose en el infierno... Y vio, hermanita amada, almas que en otro tiempo bebieron en su divino Costado el néctar suavísimo del amor, almas que fervorosamente le consagraron sus amores en la Alianza, y luego, entibiándose poco a poco, se fueron distanciando, se alejaron primero de la Obra y después de Jesús, y... se perdieron.

¡Qué angustia, qué dolor, que tristeza para Jesús...! (Pausa).

. . .

Una vez en Getsemaní y mil veces en nuevos Getsemanís se reproducen terriblemente los motivos de las tristezas de Jesús.

Hermanita amada, serenamente recogida da echa una mirada a esta desventurada Humanidad.

Hubo tiempo-es testigo la historia- en que no pocas naciones fueron a modo de regalados Cenáculos, donde Jesús volcó su divino

Corazón abrasado, enamorado, tiernísimo y misericordioso sobre sus fieles siervos y amados.

Hoy, ¡con qué amargura lo decimos! son solitarios y tristísimos Getsemanís, al mismo tiempo que sangrientos Calvarios, donde yace Jesús gimiendo entre angustias y tristezas de mortal agonía.

Ahí se repiten acrecentadas y multiplicadas las terribles escenas de su sacratísima Pasión: amigos cobardes, apóstoles traidores, jueces injustos e hipócritas, potestades inicuas, verdugos inhumanos y crueles y un pueblo engañado, que vocifera el «crucifícale» del Pretorio en tumultuosa manifestación... Todo se reproduce; nada falta al espantoso cuadro del Jueves y Viernes Santo.

Ahí está tu Jesús juzgado, sentenciado y condenado a muerte en asambleas públicas, en mítines populares, en tribunales de leyes, en periódicos y hojas callejeras, en secretos conciliábulos, en simples tertulias de café y encrucijadas de calle...

Tu Jesús, hermanita, tu Jesús divino y amoroso, entregado a la furia de las turbas por hombres, que, conociendo y confesando su inocencia, no han tenido el valor de librarle de sus garras de fiera...

Tu Jesús abofeteado, escupido, blasfemado, arrojado de su propia casa, pisoteado y arrastrado por las calles, flagelado, mutilado, abrasado en llamas, devorado por los perros y sepultado vivo entre las ruinas del Santuario...

Tu Jesús, hermanita piadosa, oprimido bajo el peso de todas las iniquidades y crímenes: odios de hermanos, blasfemias, sacrilegios, profanaciones horrorosas, violaciones, obscenidades y aberraciones las más repugnantes de pueblos que fueron, como Jerusalén, pueblos suyos predilectos de su Corazón... Ahí está tu Jesús humillado, aplastado, como vencido y derrotado; sin hogar, sin templo, sin altar, sin amigos, angustiado, hastiado, triste, solo, abandonado y repitiendo mil veces: «Mi alma está triste hasta la muerte».

• • •

Y tú, hermanita amada, que, por gracia especial, vives dentro de este inmenso Getsemaní, ¿qué haces? ¿No oyes sus amargos gemidos? ¿te parecen lejanos? ¿no te conmueven?

¡Oh...! Acércate, hija predilecta ' de su divino Corazón; vela ahí, ora, gime y de lo más íntimo de tu corazón repite conmigo: Jesús, tus hijas venimos a consolarte con amor. (Repítase).

En doloroso Getsemaní se han trocado las que fueron naciones predilectas de tu divino Corazón, y al verte ahí humillado gemir con tristezas de muerte:

R. Jesús, tus hijas venimos a consolarte con amor.

Las potestades confabuladas han decretado tu muerte y el exterminio de tu santa ley, y viéndote por ellas postergado y menospreciado, angustiado y triste hasta la muerte

R. Jesús, tus hijas venimos a consolarte con amor.

Las turbas ciegas, seducidas y engañadas, se han desbordado contra Ti y tu Iglesia, desatando su lengua blasfema contra tu santo Nombre; y considerando su desgracia y desventura, y la amargura y dolor que siente tu amante Corazón:

R. Jesús, tus hijas venimos a consolarte con amor.

Manos sacrílegas han profanado tu Santuario; y viendo con espanto tanta desolación, a Ti, Señor, con tanta pena, triste hasta la muerte

R. Jesús, tus hijas venimos a consolarte con amor.

A la vista de tanta iniquidad y de tanta maldad, muchos hijos y amigos tuyos, Señor, permanecen fríos e indiferentes, siguiendo tal vez despreocupados e insensibles la corriente de sus culpables pasatiempos y desahogos. ¡Oh! viendo tanta indiferencia entre los tuyos y tan pocos amantes de tu Corazón

R. Jesús, tus hijas venimos a consolarte con amor.

¡Oh, sí!; nosotras hemos venido a consolarte, Señor.

Para amarte y consolarte ha venido tu Alianza al mundo. «Consoladores busqué...», y los has encontrado y asociado en tu Obra

predilecta. Y aunque los malos sigan persiguiéndote y los buenos permanezcan en su culpable insensibilidad e indiferencia; nosotras, tus hijas, te seguiremos al destierro y a la soledad 'de tu Getsemaní. Y hasta que un día una nueva aurora de paz y de amor venga a anunciarnos la fecha venturosa de tu reinado en las almas, la Alianza consoladora permanecerá contigo triste hasta la muerte.

¡Oh, Jesús! Por tu gran piedad, haz que así sea.

Zumárraga, Jueves Santo, 9 Abril 1936.

Tercera Hora Santa

Velad conmigo

Manteneos aquí y velad conmigo,

(Mat. XXVI, 38).

Introducción

¡Oh divino Corazón de Jesús, aquí presente en el Santísimo Sacramento! Un día -Octava del Santísimo Corpus Christi- amargado y angustiado por las ingratitudes de un inmenso pueblo, tuviste la dignación de revelarte a tu predilecta Santa Margarita de Alacoque con estas tiernas palabras

«En agradecimiento del amor que he te-nido a los hombres, no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitudes, por sus irreverencias y sacrilegios, por las frialdades y desprecios que tienen conmigo en este Sacramento de Amor. Por eso te pido que el primer viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado a una fiesta particular para honrar mi Corazón».

Una manifestación de tu amor al mundo ha sido la fiesta del Santísimo Corpus, y la otra manifestación del amor del hombre a Ti quieres que sea la fiesta que Tú mismo has elegido y pedido a las almas amantes, consagradas a tu amante Corazón.

«En este día-saboreare, Señor, tus mis-mas palabras-se honrará a mi Corazón, comulgando y reparando su honor por medio de un acto de desagravio por las ofensas que ha recibido durante el tiempo que ha estado en los altares».

Tú pides, Señor, amor y reparación por el desamor e ingratitud que contigo tienen las almas que reconocen y creen tu vida sacramental en la Santa Eucaristía.

A ese fin quieres que se dedique en tu Iglesia una fiesta particular para honrar tu Corazón.

Y ¿que pedirás hoy, Jesús amado, cuando a diario son innumerables e incomprensibles las irreverencias y sacrilegios, desprecios y profanaciones las más horrendas, que hijos desnaturalizados vienen cometiendo en este tú divísimo Sacramento?

Y, si para desagravio de tanta ofensa, en honor de tu Santísimo Corazón, se ha instituido esta fiesta ¿que deberemos hacer, Señor, en esta hora nosotros, tus hijos predilectos? >

¡Oh! ¡ya lo sabemos! Tú mismo te dignaste revelar una obra de reparación de tu agrado; es el piadosísimo ejercicio de la HORA SANTA, que has pedido a tu confidente Margarita María.

Recordaré, Divino Señor, tus palabras dichas el año 1674:

«Para acompañarme en la humilde oración que yo ofrecí a mi Padre, en medio de todas mis angustias en el Huerto de las Olivas, te levantarás entre once y doce de la noche, para postrarte con el rostro en tierra durante una hora en mi compañía, tanto para aplacar la divina cólera y pedir misericordia por los pecados, como para endulzar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles...»

Es éste, almas escogidas, el ejercicio de reparación y desagravio que más agradable es al Corazón de Jesús. ¡Con qué fervor, pues, y con qué devoción, recogimiento y amor debemos ofrecerle hoy, víspera de ésta su íntima fiesta, acompañando al Señor en su humilde oración que, desde las soledades de tanto Getsemaní, eleva al trono de su santísimo y ultrajadísimo Padre!

Recuerda, hermanita fervorosa, que tú eres del número de aquellas almas escogidas, que, por predilección especial de su amante Corazón, son llamadas a entrar dentro del Huerto Santo, como lo fueron los tres íntimos discípulos, lo fue Santa Margarita María y lo han sido y son tantas otras generosas almas que han probado su en la ofrenda incondicional de todo su ser a su acción misericordiosa. Agradece esta

predilección, escucha, solícita, la amorosa invitación divina y, tras sus pisadas angustiosas, entra a sentir y percibir muy atenta las palpitations de aquel Santísimo Corazón, que vuelve a hablarte de nuevo por San Mateo: «Manteneos aquí y velad conmigo»

Punto I.- Manteneos aquí

Muy otra es esta palabra, Señor, que aquélla que dijisteis -a los infelices apóstoles, que allí fuera del Huerto hubisteis de dejar: «Sedete-Descansad». Vosotros, débiles y cobardes, que no valéis para las vigiliass de la noche, podéis aquí reposar y dormir con relativa tranquilidad.

En cambio, a los elegidos de vuestro Corazón los destináis a la actividad del sacrificio.

Apenas ha caído sobre vuestro divino Corazón la ola de la angustia y de la agonía, buscáis ansiosamente la cooperación de vuestros escogidos en el dolor y en el sacrificio.

No es un nuevo Tabor de íntimas, consoladoras y gloriosas revelaciones de vuestra divina hermosura y grandeza; es noche oscura y triste de dolorosas revelaciones de vuestra debilidad y mortales apreturas del corazón, que sufre, se horroriza y siente agonías espantosas.

Y, al revelar vuestra terrible tristeza, buscáis un alivio entre los fieles amigos que os acompañan: Sostinete...

Manteneos firmes al lado de mi debilidad, permaneced fieles, perseverad sin desmayos, estad con valor, alerta, amigos míos. No os he llamado aquí, Juan, Pedro y Santiago, a reposar dulcemente, como alguna vez lo habéis hecho a la sombra de mis paternaless cuidados. Ha pasado la hora de las dulces expansiones de mi amor; esta es hora y poder de las tinieblas, hora de los rigores de la justicia divina, hora de mi gran sacrificio.

Sostinete, es, pues, preciso que permanezcáis fieles y constantes, como lo habéis prometido esta noche: «Manteneos aquí»... (Pausa).

«Hic» Aquí...; ¡Oh Simón, Juan y Santiago! Entusiasmados un día y fervorosos, me decíais en otro monte: «Faciamus hic...» hagamos aquí tres tiendas, Señor... dispuestos a permanecer allí indefinidamente a mi lado. Yo reclamo ahora aquella petición y aquella promesa, -aquí. No es' el Tabor de alegres expansiones; es Getsemaní amargo y triste. Ya no veis aquí resplandores de luz y vida en mi rostro. Mi rostro está ahora desfigurado, lívido y agónico... Y aquí, amigos míos, os quiero ahora muy cerca de mí... Aquí, en Getsemaní... Aquí, en espantosa soledad, sin luz y sin gloria... Aquí, en la obscuridad de una noche, triste y sombría, a la intemperie, sin sombra, sin abrigo, sin defensa... Aquí, lejos de vuestras casas, de vuestros amigos, de vuestras familias... Aquí, lejos de Betania y del Tabor y del Cenáculo, donde vela solitaria mi adorada Madre. Vosotros aquí perseverad y velad. (Pausa).

. . .

«Vigílate--Velad»-¡Oh! ¡Sí, velad, como tantas veces he velado yo aquí, y en el desierto y en los huertos de Cafarnaúm!... Velad, yo os he dado ejemplo; a eso hemos venido aquí, a eso os he convidado. Vuestros amigos no velan, les he mandado que descansen; pero vosotros, velad solícitos y fervorosos. No basta que permanezcáis como un centinela en las avanzadas o junto a los muros de su cuartel. Vosotros velad con las armas de la oración; sin estas armas sucumbiréis en la prueba; velad y orad; velad en oración constante. Mis vigiliat no son tertulias con amigos, mis largas vigiliat son con mi Padre que está en los cielos; así vosotros velad en vigilia sobrenatural; que no duerma vuestro corazón, que esté en vela vuestro espíritu... Y velad conmigo. (Pausa).

«Mecum-Connmigo» - Muy cerca de vosotros, ahí a la vista, a vuestro lado, he de hacer yo mi última vela de oración a mi Santísimo Padre, ofreciéndome como víctima por vosotros y por todo el mundo. Y vosotros uniréis vuestra oración con la mía, velaréis conmigo.

Hagamos juntos esta solemne y última vigilia, vosotros conmigo y yo con vosotros, vosotros a mi arrimo..., no estáis solos, yo estoy con vosotros. ¡Oh, sí lo comprenderais...! Y yo al arrimo de vosotros, amigos míos... Sí, me siento débil y desfallezco, tiemblo de miedo,

siento horror a esta soledad... no quiero estar solo... estaré con vosotros... velad conmigo. No me abandonéis en este trance supremo en que he de ser probado; un cáliz muy amargo se me brinda y lo he de apurar hasta las heces; necesito de vuestra compañía; acompañadme, pues, en esta vigilia, velad y orad conmigo.

Conmigo, hijitos míos. «*Filioli*» yo estoy triste y vosotros conmigo; yo sufriré y vosotros conmigo; mis fuerzas flaquean, me recostaréis sobre vuestros corazones; tomareis parte en mis dolores, en mis angustias, en mis agonías; velad conmigo, muy unidos a mí, pensando en mí, mirándome, ayudándome, consolándome, compadeciéndome...

Para eso os he separado y traído aquí; de vosotros espero este consuelo, pues que solo a vosotros he confiado el secreto de mis tristezas y de mis agonías; ninguno, fuera de vosotros, las conoce y ninguno me las puede mitigar. «Manteneos, pues, aquí, y velad conmigo». (Pausa).

Punto II.-Perseverad y velad

¡Oh, Señor! Getsemaní fue el primer teatro de vuestras amargas angustias y abandonos. Y la sucesión de los siglos ha multiplicado después dolorosamente, al mismo tiempo que vuestra presencia real y vuestro amor a los hombres, las ingratitudes y abandonos de éstos para con vuestras divinas larguezas.

La escena amorosa que tengo a la vista es una dolorosa reproducción de aquella primera., con todas sus tristezas y angustias, por vuestra parte, y con todas las deslealtades, ingratitudes y traiciones, por parte de los hombres.

En el fondo de este humilde Sagrario me parece escuchar, repetidas mil veces, las apremiantes palabras del primer Getsemaní: «Perseverad aquí y velad conmigo».

«*Perseverad*»-Me dice vuestro tiernísimo Corazón; Manteneos firmes vosotras, almas escogidas de mi Corazón. Ya comienzo a sentir

el vacío en torno mío. Como un día, camino de Getsemaní, voy perdiendo, ahora unas y después otras, las almas que me siguieron hasta el Cenáculo.

Las turbas me persiguen, los tribunales me condenan, no faltan nuevos Judas que me traicionan; ¡oh! y muchos hijos y amigos, que ahora debieran seguirme con más fidelidad, van unos por cobardía y otros por frialdad del corazón, por insensibilidad y desamor, atraídos por las seducciones de un mundo engañoso, alejándose y retirándose de mi amorosa presencia.

Sí, almas escogidas, soy un pobre Rey destronado y desterrado... ¡Qué solo estoy! ¡Qué soledad la de mi Corazón! En este rincón, a donde todavía no llegan los que me persiguen, encuentro a mis leales. ¡Oh, fieles esposas de mi Corazón! «Sustinete»-permaneced firmes, perseverad vosotras, elegidas con amorosa providencia para este amargo trance.

En medio de la universal indiferencia e insensibilidad de pueblos, que yo regeneré en la fuente de la vida y viven de espaldas a mi Evangelio y a mi amor, yo os he llamado, como dijo mi Teresita, legión de almas pequeñitas que, desapercibidas y ocultas al mundo mi enemigo, me siguen en el destierro con amor puro y sacrificado. Y, aunque todos me persigan y me abandonen, jamás vosotras, las vírgenes del destierro, mis amadas hijas de la Alianza; vosotras en los amorosos designios de mi Corazón, tenéis la misión de permanecer en la soledad de-este Getsemaní,.. (Pausa).

«Aquí».-Sí, aquí; miradme con fe y amor... ¡Oh, si las almas se dieran cuenta de que yo estoy aquí en esta prisión solitaria, como un pobre maniatado, dispuesto a entregarme o a un corazón que me ame, o a un traidor que me venda, o a un verdugo que me crucifique!

Aquí., almas escogidas de mi Alianza, yo vivo aquí, me sacrifico -aquí, oro aquí, y espero aquí a las almas; y las almas no me conocen, me desprecian, me abandonan.

Vosotras, en cambio, aquí; es ésta vuestra propia morada; la elegisteis al consagrarme vuestros corazones y al ponerlos con decisión, de espaldas al mundo y a sus vanos contentos.

Permaneced, pues, aquí y velad... (Pausa).

«Velad».- ¡-Qué distraído vive el mundo! No faltan ceremoniosas visitas a mi lado; pero no vela aquí su corazón; desvelado y lejos vive de mí...

Velad vosotras, ardiendo en llamas, siquiera quiera como esa lamparilla que me acompaña día y noche. Velad, atentas, solícitas, recogidas y prontas...

Velad en oración fervorosa y constante, a fin de aplacar la ira de mi Eterno Padre, cuya justicia amenaza con terribles castigos a los pueblos prevaricadores.

Velad muy vigilantes y sin cesar; no os durmáis en la pereza, flojedad y descuido; velad, porque una cobardía, una flaqueza pueden en un momento haceros titubear en la fidelidad a mi amor. Sólo velando en oración os haréis invencibles y resistiréis hasta el fin.

El enemigo no duerme, os acecha rabiosamente... velad, velad, para que no sucumbáis... (Pausa).

«Conmigo».-Avivad de nuevo vuestra fe: aquí, a vuestro lado, en perpetua Hora Santa, velo yo, vuestro Jesús. No estáis solas, velaréis conmigo. Unid vuestra oración con la mía, vuestra ofrenda con la mía, vuestro sacrificio con el mío. Yo, vuestro padre, vuestro amigo, vuestro esposo, vuestro maestro, vuestro Dios... velo; pero quiero velar con vosotras y que vosotras al mismo tiempo veléis conmigo.

Y velar conmigo es unirse a mí íntima-mente, profundamente con la más luminosa y penetrante y viva fe; fe en la presencia de mi Corazón, viviendo aquí en la divina Eucaristía. Velad conmigo, uniendo vuestra oración con mi oración, vuestro holocausto con mi holocausto, vuestros gemidos con mis gemidos, vuestros afectos con mis afectos, vuestro amor con mi amor.

Velad conmigo, tomando parte en mi soledad, en mis tristezas, en mis dolores, en mis abandonos, en mis humillaciones...

Conmigo, muy unidas a mi Corazón, mirándome...
contemplándome... compadeciéndome... acompañándome:-
consolándome... y... amándome... (Pausa).

. . .

¡Oh divino Jesús! ¡y que no respondamos a un llamamiento tan apremiante de tu Sagrado Corazón!

¡Qué dolorosa es la insensibilidad de un pueblo, en quien Tú has derramado inefables tesoros de bondad, de amor y de misericordia!

Son pocos los que te han seguido a la soledad de Getsemaní y poquísimos los que allí, constantes, se mantienen, velando contigo en oración y sacrificio.

Pero tú, dulcísimo Jesús, en vez de abandonarnos, como lo merecíamos, has te-nido la más fina delicadeza de revelarnos ese amargado Corazón y dirigirnos por tu fiel confidente Santa Margarita María de Alacoque un mensaje de reproche, de queja y de amor.

Estando un día delante del Santísimo Sacramento (dice Santa Margarita María) descubriéndome su divino Corazón, me dijo: «No puedes darme mayor muestra de amor, que hacer lo que tantas veces te he pedido. No recibo de la mayor parte de los hombres más que ingraticudes por sus irreverencias y sacrilegios, frialdades y desprecios con que me tratan en este Sacramento de Amor. Por eso te pido que se reparen las injurias que, mi Corazón recibe en los altares».

«Era el día 10 de mayo de 1682: Mi divino Maestro (dice la Santa) me hizo ver con severidad de Juez:

«Que no era tanto a causa de los infieles el que su justicia estuviera irritada, sino que su pueblo escogido era quien se había rebelado contra El, y que este pueblo se valía de su privanza con El para perseguirle».

«Y añadió este Soberano Señor: Mientras este pueblo ha sido fiel, siempre he tenido atadas las manos de mi justicia para dejar obrar las de mi misericordia. Pero si no se enmiendan todos, les haré sentir el

peso de mi justicia vengadora. Un alma justa puede obtener el perdón para mil criminales».

«Durante los maitines (continúa la Santa) me dijo el Señor: «Llora y suspira sin cesar, porque se derrama tan inútilmente mi Sangre sobre tantas almas que hacen gran abuso de mis bondades... Desdichadas esas almas que permanecen manchadas y sedientas en medio de la fuente de aguas vivas, puesto que jamás quedarán limpias ni refrigeradas».

«Estando una vez (sigue la Santa) delante del Santísimo Sacramento, mi Dios, descubriéndose su Corazón, me dijo: «En agradecimiento del amor que he demostrado a los hombres, no recibo, de la mayor parte, más que ingratitudes en el Sacramento de mi Amor. Lo que es mucho más sensible para mí es que, los que así me tratan, son corazones que me están consagrados».

«Un día, al levantarme, me pareció oír una voz que me decía:

«El Señor se cansa de esperar. Quiere entrar en sus graneros para cribar el trigo y separar el buen grano del malo».

«No le di importancia, ni me detuve en ello... Pero mi Divino Maestro me hizo oír de nuevo su voz de este modo:

«Mi pueblo escogido me persigue secretamente y ha irritado mi justicia. Pero yo manifestaré sus pecados secretos por castigos visibles, porque los cribaré en la criba de mi Santidad de justicia, para separarlos, los rodearé de esta misma Santidad y morirán en su ceguera»

«Y descubriéndose en seguida su Corazón amantísimo, desgarrado y traspasado de heridas, me añadió:

«Mira las llagas que recibo de mi pueblo escogido. Los otros se contentan con herir mi cuerpo; estos hieren mi corazón, que jamás cesó de amarlos. Pero mi amor cederá ante mi justa cólera, para castigar a estos orgullosos apegados a la tierra, que me desprecian y no aman más que lo que me es contrario. Me dejan por las criaturas; huyen de la humildad, buscando sólo la estima de sí mismo y sus corazones están faltos de caridad; sólo les queda el nombre de...» (Nos duele citar el nombre).

«Un día, de nuevo Nuestro Señor se me presentó cubierto de llagas, teniendo todo su cuerpo ensangrentado y su Corazón despedazado de dolor... y me dijo:

«Mira a qué estado me ha reducido mi pueblo escogido, el que había destinado para aplacar mi justicia, me persigue secretamente. Si no se enmienda, le castigaré severamente. Retiraré a los justos e inmolaré a los demás a mi justa cólera, que se encenderá contra ellos», Hasta aquí la santa.

¡Oh, Señor! ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Corazón santísimo, amantísimo y misericordioso sin medida!... ¡Basta!... ¡Déjanos ahora en tu presencia abismarnos en la contemplación y consideración de estas tus divinas revelaciones, tus severas amenazas y amargas quejas de tu Corazón! ¡Haz que las conozcamos y las sintamos profundamente!... (Pausa).

Punto III.-Tristes realidades

Cien años estuvo Noé, anunciando al-pueblo las quejas y amenazas divinas.

A los cien años aquel pueblo, que se rio de las palabras y de las obras del Santo Patriarca, vio cumplirse sobre sus espaldas las amenazas de la ira de su Dios.

También a los cien años próximamente se cumplían con exactitud espantosa las revelaciones amenazadoras hechas por el Divino Corazón a Santa Margarita María.

Aquel pueblo, insensible a los divinos llamamientos, vio de la noche a la mañana desaparecer, bajo la cruel guillotina y en el destierro, a miles de sacerdotes y de religiosos; destruidas sus iglesias, profanado el Santuario y extinguido, con la luz de la lámpara, todo el culto religioso de los templos que quedaron en pie.

¡Oh, Señor! ¡Qué pesada es tu airada mano, cuando la mueve el furor de tu justicia vengadora!

¡Detente, Jesús misericordioso, detente!... ¡No avances más!

A tus sagrados pies, postrada hoy, víspera de la fiesta de tu Sacratísimo Corazón, una legión de almas pequeñas, que Tú mismo has escogido y traído a tu amor, te lo pide con vehemencia.

A la puerta de los Santuarios profanados, abandonados o simplemente descuidados, oyen estas tus almas escogidas los gemidos de tu Corazón despedazado, tus quejas amorosas y tus amenazas severas.

«Crié hijos y los amamanté al calor de mi divino pecho... y ellos me han despreciado».

Con amor singular los amé siempre, y la ingratitud y la deslealtad han sido en retorno su correspondencia para conmigo.

Hoy mismo, mientras el pueblo llamado cristiano, y hasta almas a mi amor consagradas, se derraman en una vida de agitación, de sensualidad y semipagana, Yo vuelvo a llamar a nuevas confidentes de mi Corazón a la soledad de Getsemaní.

Aquí desahogo mi triste Corazón, con vosotras, hoy mis hijas predilectas.

Una nueva idolatría ha abrazado el pueblo cristiano escogido, con un culto abominable a su propia persona, de regalo, de ambición, de vanidad, de lujo y de placer; desviándose, casi por completo, de mi ley, de mi Evangelio y de las dulzuras de mi Corazón.

No son, no, los infieles los que más amargan mi Corazón; son mis hijos. Hijos que yo he regalado y nutrido en mi propia mesa, son los que me han abandonado y despreciado y perseguido.

¡Oh! ¡Y qué ciegos están ellos!

Los males que hoy sufren los atribuyen a mis públicos y declarados enemigos...

¡Oh, no! La herida más dolorosa y profunda causada en mi Corazón es de mis hijos, con tanto amor distinguidos.

Ese padre cristiano, que descuida sus deberes de padre, que lee y qué habla dé todo, que huye del hogar con escándalo de sus hijos y tiene sociedad con mis enemigos.

Esa madre de piedad superficial, que no vive de verdadera y sólida vida de fe, que, más que de la formación sólida espiritual, cristiana de sus hijos, se preocupa de exhibirlos a la vanidad y a las locas atracciones del mundo mi rival.

Ese joven, que me reza a solas y se avergüenza de confesarme en público y de aparecer hijo sumiso de la Iglesia, de fe lánguida, de costumbres desordenadas; que ama el bullicio, que no pone freno a su lengua, que olvida su alma, regala su carne, busca el placer.

Esa joven, que mezcla la piedad con la vanidad, que visita al Santísimo y las tertulias paganas, que comulga y trasnocha, que medita y lee novelas, que va al retiro y a espectáculos licenciosos, que hace oración y asiste a los bailes, que hace Hora santa y pasea medio-desnuda en las playas.

Esos niños abandonados, mal educados por descuido de los padres, maestros, educadores, que pierden la inocencia antes de conocerla. Y esas almas consagradas, que Yo he separado del mundo e introducido en mi Costado, que me juraron solemnemente amor fiel, casto y sacrificado, y... ¡oh dolor! Se han divorciado de mí, me niegan su amor y se han dado a las criaturas... Y esos apóstoles, que no se unen a mi Corazón, que no oran, que se predicán a si mismo...

¡Oh, sí! ¡ellos, ellos son los que más profunda herida han abierto en mi Corazón! Y por ellos y para ellos son mis amargas quejas, mis agonías de Getsemaní, y mis llamamientos a las almas generosas. (Pausa).

. . .

Gracias, Señor, por la gran predilección que has tenido de hacer confidentes de tus íntimos sentimientos a estas siervas, que te adoran aquí y te aman y te acompañan y te consuelan en vela fervorosa.

Permítenos, dulce Corazón, que levantemos unidos todos, nuestra voz humilde y suplicante ante este tu trono de misericordia, y acepta, benigno, la oración ardiente que por estos tus hijos te dirige hoy, víspera de la fiesta de tu Corazón misericordioso, la Alianza que Tu fundaste.

A todos, pues, a todos sin excepción: Tráelos, Señor, a tu amante Corazón (Repítase esta invocación)

A estos padres cristianos tibios, preocupados solamente por negocios terrenos, absortos en bienes materiales, sordos a los llamamientos de su conciencia cristiana, que miran con indiferencia los intereses de la Iglesia y de sus pobres almas, alejados completamente de tu ley y de tu amor.

R. Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

A esas madres frívolas, incapaces de dar calor espiritual cristiano al hogar que formaron, donde apenas se reza, ni se estudia el Evangelio, ni se enseña ni se inculca la verdadera piedad; donde, por su descuido y desidia solo reina la vanidad, y no reinas Tú, ni tu ley, ni tu amor....

R. Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

A esos jóvenes de buen corazón, desviados casi desde la cuna, que no bebieron la piedad en su fuente, que no han sido formados en la escuela de tus altísimos ideales, arrastrados hacia el abismo por el huracán de todas las pasiones y el empuje de las modernas seducciones, sin criterio cristiano, mareados por doctrinas erróneas, materialistas y ateas, y tal vez, corrompidos en el cenagal de las más abyectas concupiscencias

R. Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

A esas jóvenes, cuya piedad no pasa de sus labios, de corazón vacío, inquieto y sin rumbo, hambrientas del bien que desconocen, que mendigan en las criaturas un amor sincero y fiel que sólo puede brotar de tu divino pecho. y se lanzan, ciegas, al reclamo de goces sensuales, vírgenes fatuas, lámparas sin luz ni aceite, víctimas de la moda, de la exhibición y del espectáculo:

R. Tráelas, Señor, a tu amante Corazón.

A esos niños raquíticos en la fe, nacidos tal vez en hogares fríos e indiferentes, que ignoran los misterios de tu amor, sin formación cristiana, ni catecismo, ni oración, cuyos ojos no contemplan la imagen redentora de tu Santa Cruz, y cuyos corazones son ¡oh dolor! capullos de rosa, que quedan marchitos antes de abrirse a las caricias de tu amor.

R. Tráelas, Señor, a tu amante Corazón.

A todas esas almas consagradas a tu amor con solemnes juramentos o simples promesas, que apenas se recogen entre los pliegues de su hábito y nunca en los repliegues de su corazón; almas derramadas, distraídas, engolfadas, tal vez más de lo debido, en terrenas preocupaciones, contagiadas por el ambiente moderno, confuso y agitador, aficionadas más a vanas tertulias y a inútiles visitas que a la dulce soledad de la celda, a la alta contemplación de tus misterios y a la obra de reparación en la real presencia del Sacramento de tu Amor.

R. Tráelas, Señor, a tu amante Corazón.

Y por fin, a tantos infelices perseguidores de tu divina persona, de tu nombre y de tu Evangelio, de tu sacerdocio y de tu religión, que, en el paroxismo de su terrible ceguedad, creen hacer un bien a la sociedad desterrándote de sus leyes y de su moral, a Ti, Señor, única fuente de la justicia, de la paz, del bien y de la felicidad.

R. Tráelos, Señor, a tu amante Corazón.

¡Oh, sí! ¡Tráelos a tu amante Corazón! ¡Escucha benigno la súplica vehemente de una legión de almas, que, en recogida y solemne Hora Santa, se dirigen a Ti, hoy, víspera de la fiesta de tu amor!

Abre, Señor, y deja abierto tu Corazón abrasado y misericordioso; deja que entren todos, todos ¡Jesús Redentor! en ese horno purificador; para que amanezca pronto la pacífica, dulce y alegre mañana en que el pueblo cristiano, tu escogido, forme un solo rebaño, y sea su único Pastor tu amante Corazón. Así sea.

Víspera de la fiesta del Sagrado Corazón,

18 Junio 1936.

Cuarta Hora santa

Consoladores

«Y llevándose consigo a Pedro y los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y angustiarse». *(Math. XXVI, 37).*

Oración preparatoria

¡Señor! Aviva mi fe, para que ahí, en el abismo de tus profundísimas humillaciones, te vea y te reconozca por mi Dios, mi Redentor y mi Amigo.

Véote triste en Getsemaní, atormentado en el Calvario y abandonado en el Sagrario; creo, sin embargo, que Tú eres el Verbo del Padre, Dios fuente de las alegrías celestiales, Dios autor de la felicidad y gozo eterno, Dios Creador de los espíritus que acompañan y escoltan y de todos los seres que son tu escabel.

Y yo soy, Señor, con mis grandísimos cados, el autor y creador de tu soledad, tus tristezas y de tus dolores y abandonos. Bien está, pues, y es justo que, esto Tú en triste soledad por mí, me ponga yo también a tu lado, haciéndote compañía y consolándote.

Pero fue tu caridad la que me convidó a encerrarme en el silencio de esté Getsemaní solitario; tu Amor misericordioso me ha puesto aquí a tu lado, y, siquiera por espacio de una hora, debe estar en esta recogida soledad, a donde mis culpas y tu compasión por mi gran miseria te han arrastrado. Que mi culpable sueño no me haga insensible en tu presencia.

Punto I.- En soledad

Pedro, Juan y Santiago entran en las sombras del Huerto Santo; pero los atolondrados apóstoles no saben todavía lo que es entrar en soledad con Jesús; por eso, tal vez, se han descuidado y tan fácilmente.

No todo lo que hizo Jesús se ha escrito. San Juan dijo que se llenaría el mundo de libros que podrían escribirse con todo lo que El habló, hizo y enseñó durante su vida mortal. Posiblemente los mismos apóstoles fueron testigos de otros muchos misterios que el Espíritu Santo ha querido dejar en el silencio de los siglos y que la eternidad descubrirá a la felicísima contemplación de los escogidos en 'la Gloria del Cielo.

Más ¡cuántos otros bellísimos secretos pasaron ocultos y quedarán en el misterio, porque los apóstoles, hasta que el gran Pentecostés húboles convertido en hombres interiores e iluminados, no supieron entender el secreto de la soledad interior con Dios!

¿No serían, acaso, los mejor capacitados, preparados y de antemano designados para estas interioridades, los tres apóstoles que entraron con El en el Huerto? Y mientras todo el mundo había de ser testigo de la tragedia de la Pasión por las calles, ¿no serían ellos los únicos testigos de su Pasión interior? ¿la entendieron de hecho? ¡Ah, no! Ni conocieron bien al Maestro, ni conocían la misión divina mesiánica que trajo al mundo, ni sospechaban que convenía que «Cristo padeciese y por la muerte entrase en su Gloria». Mucho menos todavía podían sospechar ni barruntar la terrible desolación de su Alma Divina, las mortales angustias de su Corazón y aquella tristeza capaz de llevarle a una espantosa agonía y a la misma muerte.

Era de noche; ni veían bien su semblante en la sombra de los olivos, ni comprendían la tempestad, cuyas oleadas de dolor le sumergían en el abismo.

¡Oh, Señor! ¡Que solo estabas! No valía decir a tus amigos: «Triste está mi alma...»

No lo entendieron; en las sombras se perdían tus amargos gemidos.

«¡Permaneced aquí y velad conmigo!» ¿Qué buscáis, Señor? Un poco de ánimo, el consuelo de unos buenos amigos; te costaba arrancarte de ellos; mas ellos, infelices, no se dieron cuenta de tus luchas. En la soledad del Huerto no sabían estarse solos y recogidos, no eran todavía hombres interiores.

¡Oh, hermanita! ¿Ves ese Tabernáculo? Entre amigos está Jesús; no obstante... ¡qué solo está muchas veces! En las bóvedas del Templo se pierden sus, gemidos. Los ángeles del Cielo se asombran ante la incomprensión de los mortales. Más 'des-conocido y menos comprendido que en Getsemaní es todavía en esta otra soledad del Sagrario.

Jesús ha escogido almas generosas para internarse con ellas en el Huerto Santo y revelarse a ellas, no en la luz y gloria del Tabor, sino en las sombras de la noche cerrada y las agonías de la muerte; y los que se pusieron a gozar de la luz y gloria del Monte Santo no entendieron de las humillaciones y agonías del Olivetti. Ni Moisés ni Elías, ni los apóstoles entusiasmados, le acompañan aquí, Jesús está solo... Desolación, tristeza, ¡incomprensión! Faltan almas profundamente interiores. (Pausa)

. . .

Hay que entrar en soledad con Jesús, en Jesús y en nosotros mismos con El, para lo cual preciso es desocupar el corazón de las cosas exteriores inútiles; salirse de Jerusalén y hasta del Cenáculo, y buscar el retiro de Getsemaní; salirse de la compañía de los hombres, de los asuntos, de las ocupaciones y preocupaciones terrenas. Poner en soledad, no sólo el cuerpo y los sentidos, sino también el alma, las potencias y el corazón. Hacer que en la oscuridad de la noche nos ilumine la «oscura luz» de la luna de la fe, y, mediante esta divina antorcha, penetrar el interior de Jesús, sus sentimientos, sus angustias, sus penas, sus temores, sus tedios...

¡Oh! La Pasión del cuerpo de Jesús la vio toda Jerusalén; la del alma nadie, fuera de su Madre, la comprendió. De la misma manera, la soledad de mi Sagrario todo el mundo la ve; la soledad y el abandono de Jesús dentro de Él nadie o pocos la ven.

¡Oh, Señor! Las almas interiores, verdaderamente recogidas, que Vos habéis dispuesto y preparado en la intimidad de la oración, que viven en Vos y que con Vos han entrado en la soledad, son las que han recibido vuestra revelación y han revelado ellas al mundo vuestras tristezas y agonías mortales.

A la luz del Pentecostés comprendieron este misterio vuestros amigos, lo comprendió más tarde vuestra confidente Santa Margarita María y con ella otras almas iluminadas, que, en estos últimos siglos han sentido tan vivamente la Pasión íntima de vuestra alma en Gesteamos, en el Calvario y, místicamente, en la soledad de los Sagrarios. De ahí que estas almas y las Teresas y las Magdalenas hayan querido abrazarse con el sacrificio, pidiendo «ser víctimas», «morir o sufrir», «sufrir y no morir» por quien tanto sufrió por nosotros.

¡Oh, hermanitas! Hoy, como entonces, son muchas las almas que no llegan a conocer el misterio de Getsemaní y el que es prolongación de aquel, ¡el misterio de las soledades y abandonos del Sagrario!

Aun entre gente piadosa, muchísimas almas no entran en la interior contemplación de esta palabra misteriosa de Jesús: «Triste está mi alma». ¿Cómo podrán entenderla las almas distraídas que, luego de una breve entrevista a sus pies, vuelven a derramarse en el vértigo de la vida mundana?

¡Oh, Jesús! ¡Qué solo estáis en esa eterna soledad! ¡qué pocos testigos tiene vuestra agonía y vuestra muerte! ¡Vuestro Getsemaní y vuestro Calvario, vuestro altar y vuestro Sagrario!

Hermanita, entra en esa soledad, póstrate ahí, quédate sola, hazte sola, abre bien tus ojos y mira. ¡Es Jesús...! ¡está solo! ¡Su alma está triste, tan triste que se muere de, tristeza... Cree, cree, con fe viva! es la única luz que alumbrá estas sombras; cree, pues es así, y no quieras indagar el por qué : «comenzó a entristecerse, a sentir pavor y hastío...» Ya comienzan las oleadas de tristeza, pavor, espanto, tedio... Cree al Evangelio.

¡Jesús, Jesús...! ¡Vos triste, Vos lleno de pavor, Vos espantado! Sí, sí. Creo, creo... (Pausa).

Punto II.- Consuelo de Jesús al alma

Un triste en este mundo difícilmente consuela a otro triste; mucho mejor está él para recibir consuelos que para darlos. Mas Jesús no es así; Jesús es consolador y quiere al mismo tiempo ser consolado.

¿Quién, Señor, no ha experimentado alguna vez vuestros consuelos? ¿acaso no vinisteis a enjugar nuestras lágrimas a este destierro de tristezas y de dolores? ¿No ha salido por ventura, de vuestros labios esta tierna expresión: «Venid a Mí los que estáis fatigados y tristes, y Yo os aliviaré?»

¡Oh, compasivo Jesús! Tomando nuestra pobre y necesitada naturaleza, hecho Hermano nuestro, vinisteis a compartir con nosotros las penalidades, tristezas y desconsuelos de esta vida mortal, y, siendo por esencia el Dios de los consuelos y alegrías infinitas, cargasteis con el peso de nuestras tristezas y pesares y nos hicisteis participantes de vuestros consuelos y divinas alegrías. ¿No es, por ventura, esa toda vuestra historia? ¿no es esa la Obra que trajisteis al mundo?

¡Oh, hermanita mía! Abramos el libro de su divina historia y repasemos sus páginas.

Apenas aparecido en la cueva de Belén, ya en las cercanías, entre un coro de ángeles festivos y alegres, uno de ellos dice a los pastores: «Vengo a anunciaros una «grande alegría», y esa dulcísima alegría trasforma la soledad sombría del Portal, y es alegría que sienten María y José, los pastores y los Magos y todos los que piadosamente han besado las pajas de aquel pesebre.

Pasadas unas semanas, el Niño sonríe con más expresión; un día en el Templo de las manos de su Madre pasa a los brazos temblorosos del anciano Simeón, y éste, estremeciéndose de gozo, canta su himno a la muerte.

El mismo destierro de Egipto se anima y se hace feliz y alegre a sus padres, porque esta con ellos Jesús...

¿Por qué la pobreza y las fatigas de la Casa de Nazaret se han trocado en alegre expansión de la vida, sino porque está allí el que es la alegría de los ángeles?

Felicísima María! ¡felicísimo José! ¿dónde está el secreto de la dicha de vuestro oculto y silencioso hogar, sino en vuestro felicísimo Jesús?

Y ¿para qué, Señor, como lo expresó vuestra Santísima Madre en el sublime cantico del «Magnificat» manifestasteis el poder de vuestro brazo con portentos y milagros en vuestra vida pública, sino para llevar el consuelo a los pobres afligidos y desconsolados?

Ahora es Vuestra Madre la que os pide un milagro para remediar la aflicción de los amigos de Cana. Ahora es un padre, que, recorriendo una jornada de más de treinta kilómetros, pide y consigue la salud de su hijo. Luego es una desgraciada viuda que acompaña, llorando, el cadáver de su único hijo, cuya resurrección devuelve la alegría a la desolada mujer. Ya es la hija de Jairo, que torna a vivir y con ella vuelve la alegría a sus padres; ya es Lázaro, cuya muerte dejaba en desconsuelo a sus hermanas y cuyo sepulcro glorificasteis Vos, trocando las lágrimas en imponderable gozo de sus almas. Ahora es un pobre ciego, que pide gritos la luz de sus ojos, y Vos ilumináis los ojos del alma del pobre enfermo; más tarde es un pobre leproso, que os cierra el paso, gritando: «Si Tú quieres, me puedes curar». Y es un paralítico de treinta y ocho años de enfermedad, y es un sordo-mudo, y es otro paralítico, y son los diez leprosos, y es el siervo del Centurión, y son las turbas sin pan en el desierto... ¡Y todos, todos, reciben el consuelo del alma, la salud del cuerpo y el pan de la vida!

Pero, Jesús, ¿para qué proseguir, cuando esa es precisamente tu gran «debilidad», si me permites la palabra? ¿si hasta tus enemigos te han acusado de demasiado «bueno»? ¿si tu oficio es consolar? ¿si Tú eres la bondad, el bien, la compasión, el consuelo en persona?

He ahí el Cenáculo con sus dulcísimos Misterios de amor y sus consoladoras expansiones y promesas de sobremesa, el atrio de Caifás enviando un rayo de luz y consuelo al sobradísimo Pedro, la vía dolorosa consolando a las hijas de Jerusalén, el patíbulo de la cruz donde todavía no se han agotado los tesoros de tu bondad y misericordia para con un felicísimo ladrón y tu fidelísimo Juan.

¡Oh! y la gloria de tu resurrección ¿para qué y para quién es? ¿Qué significan esas repetidas apariciones de tu Madre, a tus

amedrentados amigos que como ovejas se a dispersaron al ser herido el Pastor? ¿ Qué significa el alegre «aleluya» de aquella mañana de Pascua sino gozo, alegría y consuelo para tu frigidísima Madre, para el desalentado Simón Pedro, para la solitaria amante Magdalena y sus compañeras, para los desesperanzados que huyen a Emaús, para el incrédulo Tomás y los cansados pescadores del Tiberíades?

Y aquí, Jesús Consolador divino, aquí en este solitario Tabernáculo ¿qué eres Tú, qué haces Tú, qué sientes Tú? ¿No dijiste, acaso, para consuelo nuestro, aquellas dulces palabras : «Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos»?

¡Oh sí! Jesús dulcísimo, Jesús Sacra-mentado. Jesús de la Eucaristía, Jesús vi-viendo en el Sagrario, Jesús Hombre, Jesús Salvador. Maestro, Pastor, Amigo, Hermano, Padre, Esposo, Corazón de Jesús Tú eres vida, aliento, luz, alegría, gozo, júbilo, consuelo y amor de las almas... !

¡Oh! Hablen los siglos con su historia y con sus monumentos; hablen los portentos eucarísticos, hablen los Santos cuya morada en el destierro se trueca en cielo junto al Sagrario, hablen las almas eucarísticas que gozaron las delicias de la gran Cena...; habla tú, alma mía, habla y di si no es para ti gozo, aliento, paz y consuelo ese Dios escondido y tan cercano a ti, de quien es propio compadecerse, perdonar y consolar...

¡Oh, Jesús! Si Tú no estuvieras ahí! qué sería del mundo? ¿qué sería de la vida? ¿qué sería de mí? El mundo sería un caos, la vida. la agonía de una noche sin luz, y yo una lámpara apagada.

¡Oh, sí! Tú eres mi alivio en la pobreza. mi fortaleza en la persecución, mi fuerza en la tentación, mi sostén en el desaliento, mi paciencia en la enfermedad y mi consuelo, mi consuelo en los trabajos, en las penas, en los desprecios, en las humillaciones, en las agonías de la vida y en los desconsuelos de la muerte...

¡Oh, divino Consolador! Consuélame siempre; y, si me conviene sufrir sin con-suelo, dame el consuelo de sufrir el desconsuelo... (Pausa).

Punto III.- Consuelo del alma a Jesús

Incomprensible misterio, Señor, es que Tú divino Consolador, «Dios de toda consolación» hayas querido necesitar de los consuelos de mi alma.

Tú, Señor, Verbo de Dios, que en la eternidad nadas en infinitas delicias, alegrías, júbilos y consuelos de aquel tu amantísimo Padre, has querido ser desterrado entre los miserables hijos de Eva y puesto en el trance de tener que mendigar el consuelo de los mismos a quienes viniste a consolar. En tu Santísima Humanidad sufriste con la misma aflicción y dolor las tristezas, abandonos y desconsuelos del espíritu y del corazón.

Quejosos vagidos y lágrimas fueron las primeras señales de tu vida mortal sobre las frías pajas del Portal. ¡Qué bien entendió su significado tu Madre; cuando, extendiendo sus brazos, te recogía, te estrechaba y te daba calor y alimento junto a su corazón, bañándote al mismo tiempo en purísimos besos y caricias maternas!

Si tus caricias de Niño fueron consuelos para Ella, no lo fueron menos para Ti las que la felicísima Virgen te iba prodigando cada instante.

¡Oh, Jesús! ¡Sólo los Ángeles, que fue-ron tu invisible escolta,* serán testigos del dolor y desconsuelo que experimenta tu Corazón, al ver que, viniendo a los tuyos, los tuyos no quisieron recibirte, sino que, como a un rival y ambicioso usurpador, te persiguieron desde la cuna.

El pan del destierro y la ingratitud de tu pueblo escogido que te arrojó allá, fue-ron tu primer amargo alimento en Egipto. ¡Cuán necesario te fue el néctar dulcísimo de tu Madre virginal para endulzarte aquella dura prueba!

Y ¡Nazaret...! Después de treinta años de vida, como servicial y bondadoso vecino, Nazaret, tu pueblo, cuyo nombre fue tu apellido, intento un día arrojarte por un precipicio, y, para librarte de su odio y furor, con el Corazón despedazado de dolor, hubiste de abandonar para siempre el pueblo que vio tu infancia, que te vio crecer, trabajar y ganar el pan, como humilde menestral en el taller de tu bendito José.

¡Pobre y desconsolado Jesús! ¡qué solo te quedabas! ¡qué solo, cuando dejando a la espalda el ingrato pueblo, mansión de tantos recuerdos, caminante solo hacia Caná. Cafarnaúm, buscando el consuelo de tus caros y fieles amigos, repitiendo, tal vez, en tu amargado corazón las palabras del profeta: « ¡Oh pueblo mío, ¿qué te hice Yo, dime, o en qué te he afligido... ?»

¡Oh, hermanita! ¿qué es la vida pública de Jesús. sino una serie no interrumpida de persecuciones, pesares, abandonos, contradicciones, tristezas y desconsuelos? Cuanto más generoso y prodigo es El en hacer el bien, multiplicando prodigios y milagros en favor de los desgraciados, mayor es la ingratitud de los judíos, pontífices y fariseos, que en todas partes le espían y le persiguen.

Un día en la Sinagoga de Cafarnaúm, hace aquella inefable manifestación de su infinito amor a los hombres, revelando y anunciando la próxima institución de la Santísima Eucaristía, y las turbas frías, indiferentes, despreciativas, murmuran contra El, salen unos tras otros, dejándole con la palabra en los labios. Jesús, humillado y afligido, se dirige a sus apóstoles: «¿También vosotros me queréis abandonar?» ¡Qué dolor! ¡qué desconsuelo!

Ahora es Betania, ¡Betania! la acoge-dora mansión de íntimas consoladoras expansiones. ¡Cuántas lágrimas se enjugaron en aquel rincón amado! ¡Qué bien supieron desagruar y endulzar con la solicitud de sus servicios, las ingratitudes y frialdades de su pueblo, aquellos buenos amigos de su Corazón!

Y es el Cenáculo. Allí está Jesús, rasgado su Corazón con la lanza de la ingratitud, mostrando a los suyos su amor hasta el fin, hasta la locura; allí frente por frente, insensible, el miserable Judas, el tipo repugnante de la ingratitud; allí el Maestro revelando (¡no lo pudo disimular!) la terrible tristeza de su Corazón; allí Juan, el amante y amado discípulo Juan, depositando, como ofrenda de desagruo sobre aquél divino pecho, su delicado y virginal corazón.

Y es Getsemaní, soledad donde se re-concentran y se avivan todas las ingratitudes, deslealtades, penas interiores, abandonos y tristezas de Jesús, y donde justamente reclama El de sus más fieles amigos la más sincera lealtad, firmeza, generosidad, amor y consuelo; allí es donde se

desbordaron en Jesús todas las aflicciones, tristezas, desamparos y desconsuelos; nunca y en ningún otro lugar experimentó Jesús tan a lo vivo la amargura del Corazón... ¡ Le ahogaba el desconsuelo! ¡ la tristeza le mataba! ¡Ah, si de ello se hubieran dado cuenta sus tres amados discípulos!...

¡Hermanita! ¿Qué hubieras hecho tú allí? ¿por ventura lo que ahora haces aquí? ¡He ahí el Sagrario! ¿Acaso el Sagrario no es una misteriosa prolongación de Getsemaní? ¿Acaso no se acumulan místicamente ahí y repercuten vivamente ahí los abandonos, las ingratitudes, los olvidos, las traiciones de los siglos, juntamente con las agonías, tristezas y desconsuelos del Huerto Santo? Acaso a este cuadro de aquí le falta algún detalle de aquél de allí?¿No son, por ventura, tan vivos y tan reales aquí el abandono, la soledad, la persecución, la indiferencia, la incomprensión, el beso traidor, el olvido, la ingratitud, la rutina, la pereza, el sueño, la flojedad, el desamor?

¡Oh, Jesús! Los siglos no han hecho más que aumentar y agravar tus tristezas y tus desconsuelos. Si hoy hablaras ¿qué dirías? Hermanita, recógete, pregúntale..., calla después... y en silencio oye su voz: «Busqué quien me consolara y no lo encontré...» (Pausa).

¡Oh, Jesús! De tu Corazón se han des-prendido esas palabras. Consoladores quieres, Señor. Pues, he aquí la legión de almas que Tú mismo has elegido para consolarte en ellas. Nosotras, pues, Señor, seremos tu consuelo. Mientras los siglos avanzan en confusión olvidados de Ti.

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

Hoy, que tus promesas evangélicas son ya prodigiosas realidades que se cumplen en las almas, y éstas te dan la espalda y se alejan de Ti.

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

Ahí, las escenas de la Cena, bañadas en amor infinito, se repiten diariamente en estos altares; faltan, Señor, corazones agradecidos.

R. Nosotras, Señor, seremos tu consuelo.

Al par que llega hasta el fin tu amor a los hombres, hasta el fin, hasta lo inaudito, llega la ruindad de los que han puesto a vil precio tu sangre y tu amor; junto a tan insensibles corazones.

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

Aquí, como en Getsemaní, solo y amargado de desconuelos, vives también Tú, Señor, solo y abandonado de aquellos por quienes vives. Ante la incomprensión de tus amigos.

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

En el vacío silencioso y triste de tus templos, que son tu hogar, y junto a las almas distraídas, tibias, perezosas y soñolientas, que no entienden de agonías y tristezas de Getsemaní:

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

Viviendo por vocación tuya, en medio de esta sociedad paganizada, que cierra sus ojos al Evangelio y su corazón a la "Eucaristía y a tu amor:

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

En medio del vértigo de nuestras fábricas y talleres, del ruido de sus máquinas y de la agitación de sus obreras donde reina el completo olvido de tu amor

R. Nosotras, Jesús, seremos consuelo.

Entre el tumulto de las gentes que se mueven en los trenes, tranvías, plazas y calles sin acordarse para nada de su destino y de Ti.

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

En el palacio de los ricos, en la modesta vivienda de los pobres, en la soledad de los montes y en las labores de las en donde se te ofende, quizá más que se te ama

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

En medio, en fin, de esa turba de impíos, de blasfemos, de deshonestos, de fornicarios y adúlteros, de injustos, avaros y usureros, de calumniadores y murmuradores que conculcan tu Santa Ley, desprecian tu Doctrina y profanan tus Sacramentos:

R. Nosotras, Jesús, seremos tu consuelo.

Sí, Jesús, seremos tus consoladoras; no venimos a esta Hora Santa en busca de los consuelos y alegrías de un delicioso Tabor; no es

esa nuestra misión aquí. Venimos, entre las sombras de Getsemaní, a acompañarte en tus agonías, a orar en soledad contigo, a consolarte y aliviar tus penas.

Deja, Señor, que nuestro corazón caiga, con todo el peso de su amor, sobre tu pecho agonizante, y que tu Corazón descansa confortado sobre el nuestro, que te pertenece totalmente en perfecto amor, pureza y sacrificio. Así sea.

9 abril 1943.

Quinta Hora Santa

El abandono de los amigos

Volvió a sus discípulos, y los halló durmiendo.

(Math. XXVI, 40),

Punto I.- Getsemaní, lugar de oración

Getsemaní no siempre ha sido lugar de tristes soledades. Lo es desde la noche triste del Jueves Santo y se ofrece siempre así a la consideración de las almas, bajo oscuras sombras de soledad triste, abandonos ingratos y agonías mortales de Jesús.

Pero Getsemaní fue primero mansión de paz, lugar preferido y amado por el Divino Maestro, a donde con frecuencia acostumbró retirarse, para orar y descansar en la intimidad de su Padre, cuando sus apóstoles se daban al reposo en Jerusalén o en Betania.

Getsemaní tuvo para Jesús sus atractivos y encontró allí, en más de una ocasión, la tranquilidad y la paz que en el vértigo de su vida apostólica le pedía su amante Corazón.

¡Cuántas veces su alma se abismó en oración santa en el seno amoroso de su Padre!

Oh, no sé por qué Getsemaní ha de ser para el cristiano un nombre que sólo recuerde soledad, abandono, tristeza, agonía, muerte!

¿Por qué el Tabor, la Montaña, las rocas del Tiberíades, los huertos de Cafarnaúm y con ellos Getsemaní, no van a recordarnos, de

igual modo, el misterio del santo retiró, y pacífica soledad del Nazareno, que se recoge para orar a su Padre?

Es el Hombre-Dios que se abisma en Dios, lejos del bullicio y agitación de la ciudad; es el Dios-Hombre que, uno con el Padre y el Espíritu Santo, como en la eternidad de la gloria, habla del misterio de la Redención, es el Mesías, que de noche se prepara para darse de día al mundo; es el Pastor que vigila, cuando su rebaño descansa; es el Cordero que ensaya, en el Huerto Santo, la inmolación que un día no lejano ha de hacer de Sí por la salvación del mundo.

¡Oh, Señor! ¡y todos hemos sido objeto de vuestra oración, de vuestros cuidados, de vuestras inmolaciones y de vuestros amores, en las soledades -silenciosas de Getsemaní ! Allí, como en Cafarnaún, en el Tabor y en la Montaña, se fraguaron en no-ches veloces, entre las tres beatísimas Personas de la Trinidad, los grandes misterios del Cenáculo, del Pretorio, del Calvario, del Sepulcro y del Tabernáculo. Como Moisés en el Sinaí recibió los mensajes de Dios para transmitirlos a su pueblo, así Vos, Señor, en Getsemaní recibisteis de vuestro Padre, en unión del santo Espíritu, el mensaje de la Redención para darlo a nosotros. Lo que hicisteis durante el día, lo hemos sabido a través del Evangelio; lo que de noche realizó vuestro Corazón, lo sabremos en la Eternidad.

¡Getsemaní-Tabor, Getsemaní-Betania!, ¡Cuántos misterios encierra! ¡Cuántos secretos de amor, de amor del Padre con el Hijo y el Espíritu Santo, quedan a la sombra de sus olivos!

¡Oh, si en el gran templo de Jerusalén, cuyas luces parecen reflejar mensajes de dolor al solitario Nazareno que ora fuera en el monte, hubiera sido reconocido Él, por su único y verdadero Jehová!

Allí, y no precisamente en sus inmensos pórticos, sino dentro de su santuario y en la misma Sancta Sanctorum, como legítimo Sumo Sacerdote, le correspondía orar y ofrecer el sacrificio matutino de alabanza al Dios Padre. Pero ¡oh! Jesús era un extraño en el templo, Jesús no podía pasar más allá de sus pórticos, y ni El, ni nadie podía recogerse para orar en paz, porque la que era Casa de Dios y de oración, la habían convertido en «casa de tráfico y cueva de ladrones».

Vacía estaba y desierta la Casa de Dios, y Dios oraba en la soledad de Getsemaní! Bajo la bóveda de un frondoso olivo, encontraba Jesús mayor recogimiento y más interior consolación y paz, que en el suntuoso recinto de aquel Templo, profanado por la iniquidad de sus Sacerdotes.

¡Oh solitario Getsemaní! ¡Qué bello, recogido y acogedor te ofreces a mi alma, a Jesús y a las almas todas que allí se esconden del ruido mundanal!

Un santo cualquiera, que se haya encerrado entre los riscos de un monte, ha sido capaz de arrastrar tras de sí muchedumbres hambrientas de soledad, convirtiendo la montaña en santuario de oración, y, ¡Getsemaní...!

¡Ah...! Getsemaní solitario, recogido y pacífico se ha multiplicado; Getsemaní tranquilo, donde Jesús se recoge, ora, se ofrece al Padre y fragua, con Él y el Espíritu Santo, la estupenda obra de la Redención, es este Sagrario. ¿No es por ventura aquí su vida y su obra la misma de allí? ¿No es una prolongación de aquella, si bien en otro estado? ¿Qué hacía allí? ¿qué hace aquí? (Pausa).

. . .

Hay escenas en la vida de Jesús que no pueden ser presenciadas por los humanos, ni ser comprendidas por las criaturas. Jesús vive en el Padre y alguna vez necesita que su totalidad more en El, viva en El y actúe en El, y en tales ocasiones el mundo le estorba, y huye a recogerse en la soledad.

¡Oh, qué poco sabemos de la vida íntima de Jesús en el Padre!
¡El Verbo, uno, con el Padre, y la Humanidad santa arrastrada por el Verbo hacia Él!

Así se explica aquel especialísimo lenguaje de Jesús hablando de su Padre: «¿ No sabéis que (ante todo) en las cosas de mi Padre me conviene estar?» «Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre». «El Padre está en Mí y Yo en el Padre». «Yo y el Padre somos una misma cosa». «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre». «Heme

aquí, Padre, para hacer tu voluntad». «Gracias, Padre, porque me has oído, por más que Yo sé que siempre me oyes».

¿Quién podrá jamás descifrar las íntimas confidencias del Hijo con el Padre en aquel solitario cercado de Getsemaní?

Y aquí en el Sagrario, donde la mayor parte de su vida es de soledad; toda la noche y casi la totalidad del día, Jesús vive sólo en nuestros Templos. ¿Qué hacéis, Señor? ¡Oh, ya lo sé! Prolongáis, en ese misterioso huerto, la soledad y los coloquios de Getsemaní; tratáis de aquellas cosas que son de vuestro Padre en orden a nosotros, y hacéis siempre lo que es del agrado de Él.

¡Oh! ¡Qué poco sabemos de la vida íntima de Jesús en este misterioso Getsemaní del Sagrario! (Pausa).

Punto II.-Soledad de Jesús

Un día, el pacífico y tranquilo rincón de Getsemaní se ha convertido en Getsemaní de agitación y de dolor.

En la última noche de su vida, Jesús buscó allí consuelo y paz, porque en la ciudad sus enemigos todos, confabulados, juraron perderle violentamente.

Jesús humanamente no tiene seguridad en ninguna parte; la tempestad estaba a punto de desencadenarse sobre El y pronto le sumergiría. El rincón amado de Getsemaní era su último refugio. ¡Tantas veces allí, en íntimo coloquio con su Padre, se templó y esforzó su espíritu, para las duras campañas de su vida pública! Ahora, en trances extremos, su Corazón busca allí un refugio, busca en su Padre un arrimo, busca en la oración el aliento y en el Cielo el consuelo.

Los hombres poco alivio pueden prestarle; su propia Madre ¿qué puede contra la potestad de las tinieblas, cuya hora es llegada? Los amigos en su mayoría más le son un compromiso. Hay que dejarlo todo... salir de la Ciudad y acogerse, bajo la bendita sombra de los olivos, en el regazo de su Padre.

Pero Jesús es Hombre, y ese Hombre siente todas las flaquezas propias de su condición excepto el pecado, y al llegar a la puerta de la granja solitaria ¡oh misterio!, Jesús no se atreve a entrar solo, tiene miedo, verdadero miedo, y se detiene, mira adentro en la obscuridad, mira luego a sus amigos; debe despedirlos... ¿qué servicio le podían hacer? Cien veces ha entrado allí solo; mas ahora no se atreve, está triste, y tiene miedo, le tiemblan los pies; Getsemaní ya no es el huerto de sus amorosas y deliciosas velas y confidencias con el Padre.

¡Oh! ¿qué pasos son estos? ¿a dónde vais? ¿a quién buscáis?...

Y se decide a escoger tres de sus más fieles amigos: «Pedro, Santiago, Juan, venid conmigo. Vosotros, dice a los otros, podéis estar aquí...» y entraron...

¡Oh! ¡luego saldrá arrastrando duras cadenas!

Hermanita piadosa, mira la puerta de ese Getsemaní que llamamos Sagrario; por su puerta entra y sale muchas veces Jesús, como pacífico Señor y Dueño de esa solitaria mansión. Si afuera reina la paz, dentro Jesús, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, gozará de la intimidad gloriosa y beatífica del Cielo en la tierra, abogando e interpelando por los redimidos de su Sangre.

¡Oh! El Sagrario, por solitario que fuese, sería siempre para Jesús un Tabor de gloria y una prolongación del mismo Cielo, un Getsemaní retirado de paz y de intimidad dulce con el Padre y el Espíritu Santo, si afuera, en la ciudad, en el mundo, los enemigos no fraguaran contra El una nueva Pasión...

¿Qué otra cosa es el Sagrario sino un Getsemaní-Cielo, elegido por Jesús, para prolongar su misión redentora, para ejercer su ministerio sacerdotal entre el Padre y los hombres? ¡Oh, ingratitud! Nosotros, los hombres, por nuestra perversidad, lo hemos convertido en Getsemaní de agonías.

Por sus puertas entra hoy Jesús a diario, como en la noche de Jueves Santo entró temblando en la oscuridad de aquel tristísimo Huerto. Por ellas saldrá una y mil veces cargado de cadenas, para recorrer otras tantas veces la tragedia del Pretorio, de la Vía Dolorosa, del monte Calvario.

¡Qué triste es Getsemaní en noche de Jueves Santo!
¡Qué triste es el Sagrario la mañana del Viernes Santo!
¡Oh, Jesús! ¡qué poco sabemos de lo que allí pasó!
¡Qué poco sabemos de lo que hoy pasa .aquí! (Pausa).

. . .

Jesús no se atrevió a entrar solo y se rodeó de tres de sus más esforzados apóstoles, y, en su compañía, se internó en la oscuridad. Estaba de miedo, asustado, triste, temblando... «Estoy triste, amigos míos, tan triste que siento angustias de muerte. No me abandonéis, necesito de vuestro arrimo; estad aquí en guardia, velad conmigo. Voy a orar y orad también vosotros conmigo».

Jesús sentía toda la debilidad de un hombre cercado de males, de emboscadas, de .asaltos de graves peligros, que no estaba en su mano evitar; la noche, la oscuridad, la soledad acrecentaban su terror. «*Sustinete hic*». Hijos míos, estad aquí, esperad y. miradme, no me perdáis de vista... ¡Jesús mío! ¡qué horror!

Más tenía que acercarse al Padre, tenía que entrar en El, como Moisés en la nube y, en este íntimo coloquio, no podían tomar parte los hombres; era, pues, necesario separarse... Jesús alza sus ojos, su mirada se pierde en la oscuridad del Huerto...; siente el escalofrío de la muerte. ¡Cuánto le cuesta apartarse de ellos...! Se resiste a estarse solo... y es necesario quedarse solo, solo...; y por un violentísimo esfuerzo «se arrancó de ellos» (es frase de San Lucas) y se perdió en la oscuridad de los olivos.

Nunca jamás experimentó Jesús tan espantosa soledad. Allá, a un tiro de piedra, estaban sus tres amigos, que eran su único consuelo; los recordará a cada instante, ya que la noche y la espesura de los árboles no le permiten verlos. Si ellos permanecen fieles si velan, si oran, si le cuidan como vigilantes centinelas, Jesús tendrá un gran alivio en su soledad. Y ¿no era esa su misión? ¿para qué los tomó consigo, si no para dulcificar un poco la amarga soledad que le espantaba?

En ese sombrío y tétrico Getsemaní, donde todo para Jesús se ha trocado en tristeza, espanto, terror, la única esperanza de alivio, de paz, de tranquilidad, de seguridad, de consuelo, son los tres discípulos. Cerrado el Cielo y en sombras la tierra. a Jesús no le queda más arrimo, ni más defensa, ni otro confidente que los tres amigos que velan a poca distancia. Y, puesto que todo le falta, todo lo espera de ellos; en sus manos se ha abandonado, a ellos acudirá...

El que Getsemaní no sea tan luctuoso y triste dependerá, pues, de la buena y fiel compañía de aquellos tres amigos.

. . .

Oh, hermanita ¡qué solo está Jesús en el Sagrario! Y tú sabes que Jesús no quedó en el Sacramento para estarse solo, sino para estar con nosotros. En su Institución, tal vez, esta soledad se le hizo presente y turbó no poco el Corazón del Divino Maestro... Por eso, después de la Cena, en aquella familiar sobremesa, insistió tanto en la necesidad de vivir en íntima unión: «Permaneced en Mí». «Yo estoy con vosotros». «Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros». «Permaneced en mi amor».

Bien que presentía las grandes soledades y abandonos de los Sagrarios, cuando de hecho la Eucaristía era y es el lugar de las amorosas intimidades de Jesús con su Padre y con los hombres; ahí cabalmente se unen el Cielo y la tierra, lo más alto y lo más humilde, Dios y el hombre.

Y, en efecto, Vos, Jesús, por vuestra parte soñáis en el hombre, le llamáis: «Venid a Mí»; le buscáis, como el pastor a la oveja perdida, como la mujer la dracma perdida, como el buen padre al hijo pródigo... Y ¿oh, ingratitud ! La oveja huye y la dracma se esconde y la casa paterna; y Jesús queda solo, vive solo y llora su soledad en este perpetuo Getsemaní.

Yo soy, Señor, yo el ingrato, que ha convertido tu Sagrario en Getsemaní de agonías y de abandonos. (Pausa).

Punto III.-En completo abandono

Y allí está, en la espantosa soledad del Huerto, clamando al Padre: «Padre mío...» Jamás experimentó tanta necesidad de arrimarse y unirse a su Padre como en aquel momento. Lo mismo que un niño, asustado en la oscuridad de la noche, clama angustiosamente y se arroja en los brazos de su padre o de su madre, así, aterrado en aquella soledad, Jesús clama con suspiros incesantes al Cielo: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz». ¡Oh!, nunca hasta entonces pidió Jesús verse libre de un mal o de un peligro ¿cuál sería, pues, este momento?

«Cercado estoy de males que no se pueden contar. Dolores de muerte me han cercado; y torrentes de iniquidad me llenaron de terror... Rodeáronme dolores del infierno». Así David vio sufrir al Divino Nazareno.

Y sigue clamando: «Padre mío...»; más el Cielo está cerrado y sus voces se pierden en el espacio. Calla y el silencio le asustó, habla y no es respondido, tiembla de espanto y ya no puede más. ¿Qué hará sino levantarse? Ved como corre a buscar el único consuelo que espera; allí están sus amigos.

Pero ¡oh dolor! ¡dormidos ! ¡qué amargo desengaño! ¡Simón, Juan, Santiago...! ¿ni siquiera vosotros? ¿A quién iré? «He buscado quien me consolara y no le hallo». « ¿No queréis velar una hora conmigo?». «¡Quién me consolará en esta horrible soledad, si no lo hacéis vosotros? ¡Oh amigos míos! Estad en vela, acompañadme desde aquí, no me abandonéis; orad, para que no seáis tentados, orad conmigo».

Y Jesús vuelve a arrancarse de ellos, para postrarse con el rostro en tierra y comenzar de nuevo su clamor: «Padre mío...»

Pero es inútil; el Cielo se hace de bronce y en la tierra los elementos se han confabulado contra El... ¡Qué noche aquella! El Corazón de Jesús entra en aperturas y espasmos verdaderamente insondables.

«¡Oh Padre mío! si es posible... Padre mío, soy tu Hijo, Aquel de quien un día dijiste en el Jordán y en el Tabor : «Este es mi Hijo muy

amado en quien tengo mis complacencias... Escucha ahora, Padre, sus gemidos, no te hagas sordo a su oración... Padre mío, si es posible...»

La noche avanza, la oración se prolonga en terrible sequedad; ya están en la calle los enemigos, todo calla y enmudece y Jesús está solo... ¡Qué hacer!... No hay más que una esperanza, si es que cabe esperar; sus amigos. A ellos corre. ¡Nuevo desengaño! Duermen en sueño profundo, que revela gran insensibilidad, indiferencia, despreocupación, olvido.

La última esperanza de Jesús: se ha disipado! ¡Nada espera de ellos! ¡Ya no tiene amigos! Ahora sí que entra en la más negra soledad. No vale despertarlos; y los deja en su sueño, del que estaban muy cargados, y vuelve por tercera, vez a la oración.

Entre mil espinas, la que más hondamente ha atravesado el Corazón de Jesús es este incalificable abandono, en que sus amigos le han dejado; ¡abandonarle, Simón, Juan, Santiago, sus íntimos, sus distinguidos, sus preferidos en la vida pública y en el Tabor!

«Padre mío, mi soledad es horrible, todos me han abandonado! ¿también Tú me abandonas?» Sí, también el Padre le ha abandonado... Más la oración no cesa, sino que se prolonga con mayor vehemencia. Las violencias de su alma son terribles, imponderables las apreturas de su Corazón, la naturaleza no resiste más, se agotan sus fuerzas, un escalofrío espantoso le hace temblar ¡se muere!

¡Oh sí, Jesús se muere! Un sudor frío y copioso surca sus mejillas y, en exteriores y, en estertores de agonía, se repiten en sus labios los gemidos de la oración, «¡Padre mío, Padre mío...!!»

«Puesto en agonía, prolongase los ayes de su alma», y el sudor que primero era de agua, se convierte en sangre. ¡¡Jesús en agonía, moribundo, llora y suda sangre!,... ¡; Oh Simón, oh Juan, oh Santiago!! Dormid tranquilos dormid despreocupados; más sabed que a treinta pasos, a un tiro de piedra, vuestro Maestro se muere bañado en sangre; y sabed que la cruel espada es vuestra ingratitud. No, no fuisteis elegidos. ni os introdujo en ese huerto, para que insensibles durmierais a la sombra de un olivo sino para que velarais con Él y le hicierais dulce compañía en su soledad. Le habéis abandonado y se muere de pena.

¡Oh! ¡ ¡Jesús se muere de pena en Getsemaní, porque sus amigos, con incalificable frialdad, le han abandonado!! (Pausa).

. . .

¡El abandono!, el olvido de los amigos? ¡Cuánto lo sintió allí Jesús y cuánto lo siente aquí en el Sagrario !

El año 1926 se revelaba el Sagrado Co-razón de Jesús a su íntima confidente M. María de Santa Cecilia, de esta manera: «Muy pocas almas quieren compartir mi agonía, la agonía de mi Corazón fue la soledad, el olvido, la ingratitud... Mi Corazón en la agonía sufrió más por las indelicadezas de las almas consagradas, que por los crímenes de los mundanos. Mi Corazón en el huerto vertió lágrimas de sangre sobre muchas almas consagradas...! Me olvidan, me olvidan! Y no es sólo que me ofendan las almas del mundo, es que me olvidan las almas religiosas. Quiero amor, busco amor; y ¡encuentro tan poco! Me tratan como a un ser ausente, cuando tan presente estoy. ¡ tan cerca estoy de las almas! Me duele más el amor indiferente de las almas que me están consagradas, que los sacrilegios y profanaciones criminales mis enemigos».

Entresaquemos, de lo dicho arriba estas amargas palabras de Jesús: la agonía de mi Corazón fue la soledad, el olvido, la ingratitud.

A saber: la soledad dolorosa de Jesús, en Getsemaní, la consumó el olvido de sus discípulos que insensiblemente se durmieron: este olvido fue el más grave y culpable, entre todos los olvidos que se registraron allí, y fruto suyo fue la ingratitud. Ellos, los más cercanos, los más allegados, Testigos íntimos de sus secretos y de sus maravillas; ellos, designados para evitar aquella soledad, en vez de aliviársela, la agravaron, haciéndola más dolorosa y sangrienta, con un olvido insensible y con una ingratitud fría y desleal!

Por eso, en las revelaciones de Santa Margarita María de Alacoque, se dice: «Para acompañarme (son palabras del Corazón de Jesús) en la humilde oración, que .yo ofrecí a mi Padre en el huerto de los olivos, te levantarás entre 11 y 12 de la noche... para endulzar de algún modo la

amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles: abandono que me obligó a reprenderlos».

«En este tiempo (son palabras de la Santa) me postro en memoria de aquella hora, en la cual se quejaba (Jesús) diciendo, que sus discípulos no habían podido velar una hora con Él...»

¡Oh! Esto es lo increíble: que en Getsemaní destacó y sobresalió, sobre todo lo demás, el olvido y el abandono de los amigos que se durmieron...

. . .

Dime, hermanita, ¿y qué es un Sagrario abandonado?

Es aquel Getsemaní de paz y de dulce compañía divina, convertido en Getsemaní de agonías y de muerte, por los olvidos ingratitudes., abandonos de los amigos de Jesús.

Escuchemos la amarga queja del Divino Corazón de Jesús a su confidente Santa Margarita: «En agradecimiento del amor que he demostrado a los hombres, no recibe de la mayor parte más que ingratitudes, en el Sacramento de mi Amor. Lo que es mucho más sensible para Mí es, que los que así me tratan son corazones que me están consagrados».

¡Oh! No pensemos sólo en los sacrilegios y profanaciones de hombres criminales y perversos, ni tampoco en la indiferencia y frialdad de los cristianos que viven alejados, de espaldas al Sagrario, ni siquiera en las almas tibias y rutinarias, que tanto abundan en nuestros templos; pensemos, también, en las almas consagradas, en los amigos de Jesús, en los regalados del Tabor y del Cenáculo de su Amor, pensemos en éstos, porque las agonías de Jesús de ahí han venido: de la soledad, del olvido de la ingratitud de sus amigos.

Si hoy el Sagrario es Getsemaní doloroso lo es por los abandonos y olvidos de discípulos amados.

Que un Sagrario desvencijado, roto, sucio y abandonado, sea Getsemaní, bien lo concebimos; más que un Sagrario de oro y plata. un

Sagrario cubierto de seda, un Sagrario brillante e iluminado lo sea ¿
quién lo cree?

Que Jesús se vea condenado a vivir ahí en tristísima soledad y
abandono, teniendo a unos pasos escogidos amigos, ¿quién no lo siente?
¿quién no llora?

¡Oh, Señor! cabalmente a eso hemos venido hoy a este tu
Sagrario: Queremos reparar los olvidos de tus amigos. (Repítase)

Con nuestra fe viva y piedad ardiente, ante la puerta del
Sagrario, Señor:

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestra oración recogida, a tu lado, con nuestra plegaria
matutina y vespertina, Señor

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestras Comuniones sacramentales, las más fervientes, las
más amantes, las más frecuentes, Señor:

R. ¡Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestras visitas diarias y vigiliias nocturnas de oración,
adoración y reparación, Señor:

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestra pureza virginal, de alma y cuerpo, la más delicada,
la más fragante, la más exquisita, Señor

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestros vencimientos, abnegaciones, penitencias y
sacrificios diarios, Señor:

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestros deberes, con nuestros trabajos, con nuestras
desgracias, con nuestras enfermedades, con nuestras cruces, Señor:

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestro amor, el más fiel, el más Generoso, el más
constante, el más fuerte, Señor

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

Con nuestro lema, con nuestros votos, con nuestra entrega, con nuestra vida toda. Señor:

R. Queremos reparar los olvidos de tus amigos.

¡Oh, sí! con todo lo nuestro, Señor, queremos reparar esos olvidos.

Acéptalo, Señor, pero, dada nuestra mil veces experimentada flaqueza y fragilidad, confórtanos con tu gracia, para que lo que los labios han pronunciado, con las obras lo cumplamos. Amén.

Noviembre 1944.

Sexta Hora Santa

La entrega

Me amó y se entregó por mi

(Galat. II,20)

Introducción

¡Oh Señor! Estas palabras del profeta Isaías pongo en vuestros labios divinos: «Heme aquí, Padre_ mío, envíame». Y al entrar en el mundo, dijisteis: «Padre, no has querido oblaciones y sacrificios, pero me diste un cuerpo... He aquí que vengo, para cumplir ¡oh, Dios!, tu voluntad» (*Hebr. X, 5-7*).

No veníais, Señor, a juzgar al mundo y a reinar sobre él desde vuestro real trono sino a ofreceros en sacrificio al Padre por él. Una generosa y completa entrega fue el primer acto de vuestra obra redentora en la tierra.

De la gloria a la abyección, del gozo eterno al dolor, del solio excelso al patíbulo de la Cruz fue vuestro primer paso, a fin de sustituir los antiguos sacrificios con el vuestro, cruento y santísimo, en la cumbre del Calvario y en nuestros altares.

Este es, Señor, el objeto de vuestra Encarnación.

Hostia y Víctima seréis desde, el seno de vuestra purísima Madre hasta el fondo solitario de los Sagrarios, pasando por los desbordamientos del Cenáculo, por las agonías y traiciones del Huerto y por las torturas humillantes del Gólgota, sacrificado en un perpetuo

FIAT, para cumplir en todo la voluntad de vuestro Padre y rescatar y salvar al género humano.

Belén es el primer altar visible, donde os consagraís Hostia pura y os consumís y casi os aniquiláis en misteriosos anonadamientos de diminuto Niño, que se pierde entre las pajas de un pesebre. Desde allí hasta el sepulcro y de allí al fondo de los Sagrarios, todo en Vos, Señor, es oblación, y todo anonadamiento, en inmólación continua de todo vuestro ser según el mandato de vuestro Padre, cuya voluntad es vuestro único querer.

Pero el misterio de estas oblações, anonadamientos y entregas costosas y generosas tiene su punto culminante en la solemnidad de las horas trágicas de Getsemaní en donde parece que convergen todas las demás oblações y entregas de vuestro Corazón y cuyos caracteres humillantes y dolorosos repercuten vivamente en la oscuridad de este Sagrario, a donde nos convocáis Vos en espíritu de reparación y amor.

Punto I.- La Víctima

No digo que sois una Víctima, porque no hay otra como Vos; la Víctima por excelencia sois Vos, y sólo Vos. En el sacrificio de todos los años de vuestra vida, de vuestra Pasión y de vuestra Eucaristía, sois la Víctima divina que se ofrece a la Majestad Soberana para reconocer su soberanía y para expiar los pecados del mundo.

En la presente providencia no os ofrecisteis sólo para glorificar a Dios en medio de la Creación, sino también, y de un modo más especial, para pagar la deuda que la Humanidad ha contraído ante la justicia divina, entregándoos en sus manos como Hostia y Víctima de expiación.

Los solitarios olivos del Huerto Santo de Getsemaní son testigos de esta ofrenda que hacéis a vuestro Padre, antes que ninguna fuerza humana, ni angélica os haya hecho presión y violencia para hacerla.

¡Sagrada Víctima, que, antes de entregarse, se carga con todas las iniquidades del mundo y, que, como maldecida o cargada con las maldiciones de todos los hombres, se presenta ante la justicia divina,

para hacerse solidaria y responder de ellos con el precio de sus dolores, de su Amor y de su Sangre!

En la ley de Moisés se mandaba escoger, para víctima de expiación, un becerro y por sorteo entre dos un macho cabrío, los cuales habían de ser inmolados ante la puerta del Tabernáculo, cuya sangre se introducía en el Santuario, para cumplir la ceremonia de la expiación, y cuyos cuerpos eran quemados después fuera del campamento.

Y el Pontífice, después de ofrecer el macho cabrío vivo, puestas las dos manos sobre la cabeza del animal, confesaba sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel y todos los delitos y pecados de los mismos, y por medio de imprecaciones y plegarias, como ser maldecido, lo arrojaba al desierto, por medio de un hombre designado a este fin; y tan inundo quedaba este animal, que el conductor de él no podía volver al campamento sin antes lavar sus vestidos y cuerpo en agua... (Levit. XVI).

Y estas prolijas ceremonias, mandadas en la ley de Moisés, son ¡oh, Señor! el simbolismo de una realidad que se cumple en todos sus detalles en vuestro sacrificio cruento, del cual es parte interesantísima el misterio de Getsemaní.

¡Oh Jesús! De ese degollado por los pecados del pueblo y que, cargado de maldiciones e iniquidades confesadas es arrojado el desierto, sois Vos la más expresiva realidad. No por sorteo, sino por libre voluntad, sois nuestra Víctima en Getsemaní, en el Calvario y aquí en el Sagrario.

Abrumado bajo el peso de nuestras iniquidades, triste, abatido, humillado y temblando ante la justicia divina, os veo, Señor, entre los olivos del Huerto Santo. Y ¡cómo no temblar de miedo y de tristeza...!

Isaías nos describe vuestras humillaciones de esta manera: «Vámosle despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores...; y su rostro, como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él. Nosotros le hemos visto, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención hacia él». «Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades, pero nosotros lo reputamos entonces como un leproso..., herido de Dios y humillado. Como ovejas descarriadas hemos sido

nosotros... y a él sólo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros. Se ofreció en sacrificio, porque él mismo quiso, y no abrió su boca para quejarse...» (*Is. LIII*).

Mucho antes que los inhumanos verdugos, fuimos nosotros los que, cargándoos con nuestros pecados, desfiguramos vuestro semblante, os llenamos de lepra, os lanzamos la maldición y os hicimos aborrecible ante Dios y los hombres.

San Pablo, con expresión fuerte, nos dice que «Dios trató a Aquel que no conoció pecado como si hubiese sido el pecado mismo, con el fin de que nosotros viniésemos a ser en Él, justos con la justicia de Dios» (*II Cor. V*).

Habiendo vestido nuestra vestidura de pecado, estáis expuesto a los rigores divinos hasta percibir el sentimiento de una manera de maldición, que en vuestra agonía os abrumba y os hace sudar sangre, y en la cruz os hace sufrir, en el misterioso abandono del Padre, una manera de pena de daño» (P. Plus, «Cristo en nosotros» capítulo II).

¿Por qué prodigio (prosigue el mismo amor) un alma hipostáticamente unida a la Divinidad, puede al mismo tiempo identificarse con el pecado, hasta sostener la responsabilidad del mal moral, y vivir en este estado contradictorio: conociéndose justo sobre toda ponderación y sintiéndose sujeto a todos los pecados del mundo? ¿Quién podrá explicarlo jamás?

«Más que la mesa de estudio, el reclinatorio ayuda a adivinar algo de esto».

Reflexionemos, hermanita amada; hagamos memoria de aquel terrible instante en que Jesús, arrancándose de sus íntimos amigos Simón, Santiago y Juan, puesto en completa soledad, se recoge y se mira a sí mismo antes de alzar su mirada a su Padre; y ¿qué ve? Como una tempestuosa nube, le cercan, le rodean, le abruman todas las iniquidades del mundo, de todas las cuales, ante la justicia divina, se ha hecho responsable.

Él, con su ciencia divina e infusa, conoce en su número y en su gravedad cada uno de los pecados de todos los siglos y de todos los hombres.

En virtud de su ciencia infusa (dice Sauvé) Jesús tuvo la visión espantosa, implacable, de todos los pecados del mundo de que su alma estaba cargada» («Jesús íntimo» *sexta elev. III*).

Cargada está su alma de todas las iniquidades, como si ella fuese la iniquidad misma, el pecado, la maldición. Por otro lado perfectamente conoce la malicia y la gravedad de cada uno de dichos pecados que le causan espanto, náuseas, horror, miedo, agonía... ¡Solo está en noche oscura, y noche más oscura es Él mismo para sí...! (Pausa).

¡Y a paso lento, entre las sombras del bosque, avanza Jesús! ¿A dónde vais, Señor?...

«¡Voy a entregarme me contesta por ti a mi Padre! ¡Ah! ¡mi Padre! No es aquel.

Padre que un día dijo en el monte santo: «He ahí mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias». Aquel Padre está en silencio; la blanca nube se ha trocado en otra negra, que cubre el cielo, y al otro lado el Padre calla.

Así como en el Hijo se han escondido y no brillan sus divinos encantos, porque «la lepra del pecado lo ha desfigurado» (*Is. LIII*), así también en el Padre se han escondido las divinas y paternas ternuras; ante el pecado sólo se descubre su santidad finita ofendida y su justicia irritada.

Jesús sigue avanzando entre las sombras, a través de las cuales pone su mirada en el cielo, donde su ciencia descubre los resplandores de la divina Santidad, a la que no se esconde ni se escapa ninguna imperfección ni falta alguna, y en cuya luz se descubre en toda su fealdad, la monstruosidad horrible de la culpa moral que, cual inmundada máscara, le cubre y le disfraza. Y Jesús ante esa luz vuelve a mirarse a sí mismo y ve ¡qué horror! ve tan cerca de sí, en sí mismo, el pecado; ese pecado que no es suyo, pero que lo ha hecho suyo y se ha abrazado a él con repugnancia, con asco, con náuseas.

Él es el Santo, el Santo por excelencia; Santo porque es Dios; Santo, porque es templo del Espíritu Santo; Santo, porque su alma es santísima con la plenitud de la gracia, de las virtudes, de los dones y

carismas sobrenaturales... ¡ y se ve tan cerca del pecado que le cubre, que le oculta, que le disfraza... !

¡Santidad y pecado!... ¡luz y tinieblas! ¡vida y muerte! ¡cielo e infierno!...; Qué contrastes qué abismos, qué misterios...!

¡Oh. Jesús! ¡tan cerca del pecado y, al mismo tiempo, tan infinitamente alejado de él! ¡Amáis al pecador, cargáis con sus pecados y aborrecéis con horror sempiterno el pecado y os lo echáis sobre vuestros hombros!

Y entre estos dos abismos, como muro infranqueable, está la divina justicia. La ira de Dios está eternamente encendida contra el pecado; la justicia nunca puede flaquear. Dios es tan justo castigando el primer pecado de los ángeles y del hombre, como poniendo su sanción secreta a todas las imperfecciones y miserias del justo.

Dios es justo y las dádivas no le sobornan. El pecado no pierde su gravedad ni se disminuye el rigor de la justicia, ni en los ángeles del cielo, ni en el primer morador del Paraíso, ni siquiera en su propio Hijo. a quien no perdonará, una vez que se ha hecho responsable de los pecados del mundo.

Y Jesús lo ha visto todo..., y avanza a su entrega. Pero salen a su encuentro, como queriéndole cerrar el paso, la malicia de! pecado, la santidad y la justicia infinita de su Padre.

El pecado, ese cúmulo casi infinito de pecados que desde el primero que cometió Adán hasta el último que se cometerá al fin del mundo, pesa, como carga insoportable sobre las espaldas del Nazareno y le abruma y desfigura. La Santidad Divina, que no admite desorden, ni error, ni mal, ni imperfección alguna, ante la cual Jesús, envuelto en los pecados del mundo, es como un monstruo, como un desecho de la sociedad. La justicia de los inexorable y amenazadora que, como flecha de fuego está para desprenderse de la airada mano del divino Juez contra el reo... ¡Oh! y reo sois Vos, Señor, porque en una locura de amor al hombre, Vos habéis querido sustituir al verdadero reo, que soy yo; y en su lugar y en el mío, os entregasteis a la Santidad que todo lo descubre y a la Justicia que nada disimula ni perdona... Y avanzáis espantado y tembloroso hacia el altar de vuestra inmolación generosa en la solemne noche de Jueves Santo.

No me extraña, Señor, que vuestra naturaleza sensible a todas las impresiones y debilidades de un hombre mortal, sienta horror espanto y miedo ante la gravedad de los divinos atributos y la enormidad de los pecados que os hemos colgado, y que, por la fuerza de esas espantosas presiones, brote de vuestros labios este angustioso suspiro: «Padre, si es posible, pase de mi este cáliz...» « ¡Padre mío, diréis, adoro en ti la grandeza y la Majestad de Dios; me humillo y me postro en tierra y cubro mi rostro de vergüenza al resplandor de tu infinita santidad y el inmundo acervo de las iniquidades del mundo, a quien represento, y tiemblo y muero ante la amenaza de tu inflexible justicia... Padre, si es posible, detén tu brazo, y envaina tu espada, y mitiga los rigores de tu ira divina... «Pero, (!oh, arranque generoso y sublime de Jesús **FIAT**, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú»: **FIAT** «hágase tu voluntad» ; «ecce venio», aquí vengo, a la soledad de esta montaña, frente a ese gran Templo, profanado por los operarios de la iniquidad, donde las víctimas que se sacrifican, no te agradan: «ecce venio», yo vengo, Padre. para hacerte entrega de todo mi ser, en expiación de los pecados del mundo; me entrego a Ti, Dios de infinita majestad, Dios Santísimo, Dios justo; me entrego a tu Voluntad, **FIAT**, a tu Santidad, a tu Justicia: me entrego al furor de tus venganzas; me entrego a los tormentos del cuerpo y a las agonías del alma; me entrego a los sacrílegos Pontífices, a los jueces inicuos, a los falsos testigos, a los injustos tribunales; me entrego a las turbas enloquecidas, a los verdugos sanguinarios, a la potestad de las nieblas; me entrego a la crueldad de los azotes, a la corona insultante de espinas, al trono sangriento de la Cruz, a la muerte, al sepulcro, a la... derrota. **FIAT**, Dios Santo, **FIAT**, Dios Justo, **FIAT**, Dios vengador de las iniquidades del hombre, **FIAT**, hágase...»

¡Oh Getsemaní! ¡Oh noche tenebrosa donde relampaguea la ira de Dios! ¡Oh soledad donde Dios hecho hombre, ofrece su cuerpo y su alma, constituidos en pararrayos de la culpable humanidad! ¡Dios fulmina su justicia contra el pecador, y un Dios es quien se entrega a los rigores de ella! Y ¿quién, sino Dios, pudo contener y aplacar el furor de Dios?

¡Oh misterio! ¡Oh justicia! ¡Oh misericordia! ¡Oh venganza! ¡Oh caridad! ¡Oh ira! ¡oh amor ! (Pausa).

Punto II.-Nuestra entrega

¡Oh hermanita amada! Ninguna criatura, ninguna alma generosa, ningún santo, por generoso y amante que haya sido, se ha entregado así a Dios por Dios, como Dios me ha entregado a Dios por nosotros.

Vengan los más crueles martirios, con sus instrumentos de tortura, garfios de hierro acerados cuchillos, parrillas encendidas, toros de fuego, tigres hambrientos, etc., etc... a los cuales se han entregado los héroes del cristianismo. Vengan las más duras austeridades y penitencias del yermo, con sus continuos ayunos, privaciones, cadenas, cilicios y azotes, que han abrazado valerosamente los confesores de la fe. Vengan también los enamorados de Dios, que, en sus locuras de amor, han hecho la entrega de su cuerpo y de su alma, de sus sentidos y de sus potencias, de su salud y de su vida en manos de su Dios, en espíritu de reparación, expiación, desagravio y amor. Todo eso ciertamente revela generosidad, fidelidad, amor; pero estas almas nunca vieron, derramándose sobre sus cabezas, la copa de la ira de Dios justiciero, como Cristo Jesús la vio y la tuvo sobre la suya. Ni experimentaron jamás la espantosa, soledad y abandono como lo experimentó Jesús, cuando tuvo que «pisar solo en el lagar», sin ayuda de nadie; mientras que los santos y las almas generosas sintieron frecuentemente a su lado el poder y la ayuda del que con ellos y en medio de ellos se inmolaba y sacrificaba.

La entrega de Jesús a la justicia de su Padre fue directa y sin ningún lenitivo; la nuestra encuentra en su camino al Mediador que se interpone, y que mitiga, suaviza y facilita el rigor de esta entrega.

Toda la vida de Jesús es vida de entrega a su Padre, cuyo punto culminante y centro que recoge toda su voluntad es el misterio de Getsemaní, que estamos contemplando. La obra de la Redención es obra de una ininterrumpida entrega a la voluntad divina: Belén y el destierro, Nazaret y la vida pública, el Cenáculo y Getsemaní, el Pretorio y el Calvario, el Sepulcro y el Sagrario son etapas de una sola entrega que se verifica en el Huerto Santo. Son el **FIAT** rendido, generoso y constante, ya sea fácil, tranquilo y llevadero, como en la vida de Nazaret, ya agitado y de lucha en los caminos de la vida de apostolado, ya costoso y lleno de angustias y de agonías en el Huerto y de estertores y abandonos en el Gólgota. Y es el mismo **FIAT** que avanza a través de los tiempos,

con parecidas vicisitudes en el fondo de los Sagrarios, sean estos artísticos, cubiertos de oro y ricos doseles, o sean una imagen de la choza de Belén:, estén visitados y acompañados de devotos coros de vírgenes o abandonados por el olvido de los cristianos sin fe y sin piedad. . Es el **FIAT**, es la entrega de Jesús que se repite, y seguirá avanzando hasta el fin de los tiempos.

¡Oh hermanita! Dime, ¿es acaso de entrega generosa y fiel tu vida? ¿te asusta esta entrega? ¿temes dejar a Dios la mano libre? Y ¿eres hermanita'? ¡Amas!, y ¿temes entregarte al Amor? ¿sabes que eso es un absurdo? (Pausa)

Mira a ese Sagrario, contempla esa Hostia, y ve ahí a Jesús en perpetua entre a su Padre por ti; mírale bien, tan entregado le verás en un Sagrario lujoso y rica Custodia haciéndole guardia de honor predilectas y fieles, como en el pobre y abandonado rincón de la más misérrima aldea, sin más compañía ni guardia que la adormecida lámpara.

¿Qué te dice desde ahí' Jesús? Escúchale bien...: «Te amé, y me entregué por ti y por todos tus pecados a la divina justicia. Hace veinte siglos que vivo en esta entrega, sin queja ni protesta, porque mi entrega fue libre, voluntaria, consciente, sin límite de sacrificios ni de tiempos; no medí más que mi amor y, como éste era eterno e infinito... Y tú, hermanita, que dices amarme, no eres capaz de demostrármelo, entregándote con franqueza a Mí, que no soy para ti justicia sino amor y misericordia, y por y Mí y en Mí, a mi Padre, que lo es también tuyo?

«Busco almas generosas, busco hostias puras y víctimas sagradas que quieran entregarse a Mí, para que Yo, por ellas y en ellas, siga prolongando mi entrega del Getsemaní y del Calvario a mi Padre, en expiación de los pecados, cuyo inmundo torrente avanza sin cesar a través de los siglos; y estas almas, estas hostias no oyen mi voz... y yo «sigo pisando en el lagar»...

«Yo llamo a todas las almas consagradas, decía un día el Sagrado Corazón de Jesús a la M. María de Santa Cecilia (Mayo de

1927), a que se me entreguen totalmente a Mí, a que se dejen llenar de Mí, a que me dejen obrar libremente en ellas... Las llamo a todas y ¡mira cuán pocas son las que nada me rehúsan... ! Escucha, esposa mía, escúchame bien...: Si todas las almas consagradas fueran fieles a su entrega, si siempre me dejaran obrar en ellas libremente todas las almas se salvarían».

Oye, hermanita, estas otras palabras de Sor Isabel de' la Santísima Trinidad: «Me siento apremiada y me gozo en lo que padezco, cumpliendo en mi carne, lo que resta que padecer a Cristo. Sí, me considero feliz por estar asociada a la Obra de la Redención y sufrir como una prolongación de la Pasión...»

«Hoy día comprendo mejor, continúa la inspirada Carmelita, cuánto nos ama Dios, cuando nos somete a pruebas... ¡que yo sea una víctima destinada a padecer!... No me siento digna de ello... ¡compartir los padecimientos de mi Esposo crucificado y dirigirme con Él a mi pasión, para ser con Él redentora!» (Cap. XIII).

Oh si entendiéramos el misterio de nuestra entrega total a Jesús, como la atendieron y la vivieron estas almas!

El Corazón de Jesús dice a su confidente Santa Margarita María de Alacoque:

«Es preciso que seas víctima de mi Corazón, para que por su mediación apartes los castigos que la divina justicia de mi Padre, armado de cólera, quiere ejecutar... Quiero que condesciendas con mi deseo, porque te he elegido para ser la víctima de las faltas que se cometen...» (*Reinado Corazón de Jesús, t. IV, 1.1, cap. II*).

«Nuestro Rey (habla la Santa) quiere una vida de abandono total de nosotros mismos... y que, como víctimas, nos entreguemos para ser degollados por su gloria. Debemos ofrecernos a su divino Corazón, como hostias de inmolación. (Pero) no demos entrar en su Divino Corazón más que por la entera privación de cuanto amamos fuera de Él, por una vida de sacrificio, de lo que nos es más querido y más nos cuesta».

Tu entrega, hermanita amada, supone un total desprendimiento de todo lo que no es Jesús o de Jesús, y esto es lo costoso de nuestra entrega.

¡Oh, Señor! ¡Qué ruin y mezquino es mi pobre corazón! ¡Tú, Señor, disfrazado y cubierto con la lepra 'de mis culpas, te entregaste a la justicia divina por mí; y yo cubierto y revestido con tu justicia, pureza y santidad, no me decido a entregarme por Ti...! Y yo sé que ni te amaré a Ti, ni me santificaré a mí, si no hago esta generosa, decidida y total entrega a tu divino Corazón.

Dice un autor: «Hay almas que no llegan a la santidad, porque un día, en un instante dado, no supieron corresponder plenamente a una gracia divina. Nuestro porvenir depende a veces de dos o tres «si» o dos o tres «no», que conviene decir, y no se dijo, y de los que pendían generosidades o desfallecimientos sin número...» (Plus, «Cristo en Nosotros» 1. V, capítulo II)

¡Oh hermanita! La redención y salvación de este mundo, que se derrumba, necesita nuevas y generosas entregas. A la dolorosa y sangrienta que Jesús hizo en Getsemaní, es necesario dar continuidad y prolongación en nuestra carne pasible y también nuestro espíritu por medio de nuestra entrega. Esta la han vivido ya muchas de tus hermanitas, y víctimas de ella han muerto en la flor de su vida; ¡hostias puras, que se inmolaron sobre el altar de su sacrificio en el fuego de un abrasado amor! Es, además, el camino seguro de tu santidad, como nos lo ha trazado con su ejemplo nuestro amado Esposo, cuya vida no fue más que una incesante entrega a la voluntad de su Padre.

Un alma que busca la unión con Dios, en la cual consiste la verdadera santidad debe, ante todo, aspirar a la más perfecta conformidad y unión con la voluntad de Dios, mediante una total y formal entrega de todo su ser al beneplácito divino y el sacrificio completo de todo lo que no sea, conforme con su divino querer y no querer.

No podrán, sin embargo, es cierto, evitarse las repugnancias de la naturaleza, que nos llevará a luchas violentas y a extremos de dolorosas agonías de Jueves Santo; pero en la oración hallará nuestra

alma la fortaleza invencible, para pronunciar el FIAT, «hágase tu voluntad», «No como yo quiero, sino como tú». (*Pausa*).

¡Hermanita! ¡nobleza obliga! Entre los olivos de Getsemaní, en noche cerrada y solitaria, cargado con el peso de nuestras iniquidades avanza Jesús, como un día Isaac cargado con la leña del sacrificio, a la inmolación bajo el cuchillo de su Padre, cuya santidad ofendida exige satisfacción en justicia.

¡Por ti se entrega...! ¡A ti te sustituye...!

¡Oh Señor! ¡Basta de titubeos y vacilaciones cobardes! ¡Oigo tu voz! ¡No puedo hacerme sorda! Me postro y... *Me entrego a tu divino Corazón. (Repítase)*.

Con generosidad, con firmeza inquebrantable, con arranque noble 'de mi corazón, Señor:

R- Me entrego a tu Divino Corazón.

Temo mi debilidad, confiésame flaco y cobarde pero tu gracia me conforta, y con ella, Señor:

R. Me entrego a tu Divino Corazón.

No quiero saber tus designios sobre mí, ni si es de luz o de tinieblas, suave o áspero, triste o alegre mi camino; bástame saber que me amas; por eso, sin condiciones, Señor:

R_ Me entrego a tu Divino Corazón.

Indiferente a mis gustos y a mi querer, sólo queriendo tu gusto y tu voluntad en todo Señor:

R. Me entrego a tu Divino Corazón.

Llévame al Tabor de tus resplandores, si quieres: a un Getsemaní de tenebrosa soledad y estertores de agonía, si te place; dispuesta a todo, Señor:

R. Me entrego a tu Divino Corazón.

El reino de almas blancas, la gloria de la virginidad el triunfo de la pureza en el mundo piden la ofrenda de almas víctimas; yo, Señor:

R. -Me entrego a tu Divino Corazón.

Para que tu amor reine, tu amor sea conocido, tu amor triunfe en las almas, tu amor encienda al mundo y nos abrase a todos, Señor:

R. Me entrego a tu Divino Corazón.

Nadie te hizo fuerza; sólo el amor fue al verdugo que te entregó. ¡Oh Jesús!, sólo el amor me haga violencia, sólo el amor me empuje, sólo porque te amo, Señor:

R. Me entrego a tu Divino Corazón.

Sé a dónde voy, es consciente el acto que realizo; sé a quién me doy, en qué manos caigo, quién me recibe, y no me vuelvo atrás; Tú me llamaste, Tú me inspiraste, a tu voz obedezco, en tu Corazón me abandono, Señor:

R. Me entrego a tu Divino Corazón.

Más oh Señor, no olvides mi innata flaqueza y mi nada sin Ti; que tu gracia me conforte y me sostenga; que tu misericordia me levante, si caigo, y que tu amoroso Corazón sea mi baluarte en todos los instantes de mi vida y de mi muerte. Amén.

21 Diciembre 1944.

Séptima Hora Santa

Quiere morir por mí

Fue ofrecido porque El mismo lo quiso

(Is. LIII. 7)

Presencia de Dios

Creo, Señor, que me miras... Creo que ves lo más íntimo de mi alma: Mis méritos y mis deméritos; mis faltas, mis imperfecciones y todas mis miserias; mi amor, o el ansia de amar que me devora... Te adoro con la más profunda humildad de mi alma. Te reconozco como a mi Dios, mi Creador mi Señor, mi Dueño y mi Juez. Y, al mismo tiempo, como a mi Padre, mi Maestro, mi Amigo, mi Esposo... Te amo con todo mi corazón, con todas las fuerzas de mi alma... y te confieso mi suma pequeñez, mi nulidad, mi nada.

Necesito, Señor, tu luz, tu fuego y tu gracia especial efficacísima para practicar con el mayor fervor de mi corazón esta Hora Santa, que te ofrezco por todas las intenciones de tu Divino Corazón y por todas las intenciones de los que aquí estamos en tu presencia. No me niegues, Jesús mío, esta especial gracia. Y Vos, Virgen Inmaculada que nos presidís, Santos y Ángeles que nos protegéis, ayudadnos a obrar, a sentir, a resolver, a ofrecernos a nuestro Dios como siervos suyos, y, si es su voluntad, como sus más rendidas víctimas.

Punto I.- Se entrega libremente al Padre

Vamos a ver y considerar, amadísimas hermanitas, a Jesús, Nuestro Señor, en aquel instante sublime en el cual El, por su propia voluntad, porque quiso, porque le empujó su amante Corazón, El, libremente generosamente y espontáneamente se entregó al Padre por nosotros en el Huerto de Getsemaní. Momento en el que se cumplen perfectamente las palabras del profeta: « Se entregó a sí mismo » por mi amor a la voluntad de su Padre.

No vamos, pues, a considerar ese otro momento en el que fue apresado, arrastrado y vilmente sacrificado. El momento de esta Hora Santa es aquel en el cual, antes que nadie le forzara, antes que nadie tuviese dominio sobre El, cuando Él estaba todavía completamente libre, y por lo tanto en disposición de elegir, de desistir, de huir..., entonces, llevado de su generosidad, de su amor, se entregó a su Padre como víctima, como holocausto y propiciación por nuestros pecados y por los del mundo entero.

Veamos; allí, hermanitas amadas, en el Huerto de las Olivas a Jesús recogido en un rincón , completamente solo. Había dicho momentos antes a sus apóstoles: «Voy, y a donde yo voy, vosotros no podéis venir ahora». Como si dijera: Voy a verificar una obra que solo yo la puedo hacer, y no la podéis hacer ahora vosotros. Y como es obra que yo solo la puedo hacer, porque es mi obra, voy solo a hacerla. Voy a consumir la obra que mi Padre me ha encomendado, y que es mía por excelencia, sólo mía. Más tarde, siguiéndome vosotros a mí, haréis vuestra obra; la obra que va a ser vuestra, mis queridos apóstoles, la haréis vosotros. Pero, ahora, mi obra voy a hacerla solo yo.

Y la haré libremente, voluntariamente, espontáneamente, sin que nadie me haga violencia; la hará mi amor, sólo mi amor, porque mi amor es el único verdugo que me entrega al sacrificio.

¡Oh. sí! ¡Mi amor, la inmensidad de mi amor a los hombres!

Y allí está Jesús recogido, silencioso, solo...solo.

En Betania, en el Cenáculo, se despidió de su Santísima Madre: ¡Adiós, mi dulcísima Madre, la voluntad de mi Eterno Padre nos separa; voy a beber el cáliz que su justicia divina me brinda... A la entrada de la

granja se despidió de sus amados apóstoles-«Ya un poco más, y no me veréis». Se despidió se arrancó, hasta de sus más íntimos amigos con quienes siempre anduvo, en cuya presencia hizo los más señalados milagros, las gracias más 'distinguidas, los hechos más gloriosos de su vida, y sin cuales nada, o, casi nada, hizo en los tres años de su celestial apostolado. Pero esta obra tiene que hacerla solo, prescindiendo hasta de estos sus amigos. Por eso, reprimiendo los naturales impulsos de su divino Corazón, se arrancó de ellos, y se apartó como un tiro de piedra; se internó en Huerto, y quedó solo.

En lo alto del cielo está su Padre, que desde este instante será su riguroso Juez; Juez divino que exigirá el cumplimiento de una palabra que pronunció su amor, de ofrecerse El como víctima, como rescate, como reparación justa y condigna por los males del género humano. Ha llegado esa hora, y el Padre exige el cumplimiento de aquella palabra; palabra de la cual depende la redención. Y en la presencia de aquel Dios Padre y Juez está Jesús-Víctima solo. (Pausa).

Punto II.- Porque me amó

En la noche oscura, la hora avanza..., y Jesús, en medio de terribles angustias y agonías de muerte, viendo desenvainada la espada de la justicia divina, espantado, de rodillas y con el rostro pegado al suelo, reverente ante la infinita Majestad de su Padre-Juez con profundísima humildad, rendido como un reo y entregándose a la inexorable justicia de Dios, está temblando en silencio solo.

Y ¿qué hace?... Ora, gime y, sobreponiéndose a las exigencias e impulsos de la naturaleza, con arranque sublime de su amante Corazón, dice: «Padre, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». A saber: Padre, si en tus divinos y eternos designios está así dispuesto y determinado, que yo beba este cáliz sal como me lo presentas, FIAT; hágase así.

Y Jesús ha visto, ha examinado, ha aplicado sus labios y probado los sorbos de este cáliz; sabía perfectamente lo que le iba a costar beberlo; lo amarguísimo que era brebaje y que le había de durar más

diez y seis horas. Que no era una de esas medicinas que en un instante se apuran; sino que lo había de beber a sorbos, a poco, gustándolo despacio, paladeándolo, y que, por lo tanto, le costaría vaciarlo, no cinco o diez minutos, sino diez y seis horas terribles.

¡Oh Jesús! Lo sabías todo; sabías que diez y seis horas estarías con el cáliz en los labios y que el cáliz en las diez y seis horas estaría derramando amarguísimo acíbar; conociste con perfecta claridad todo lo que iba a costar beberlo; lo amarguísima que era tu sagrada Pasión; sabías lo que significaba el cáliz que el ángel traía en sus manos y los tragos amargos que contenía. Y convencido así, con arranque generoso de tu Corazón divino, enamorado de los hombres dijiste: «Padre, si de este cáliz no se puede quitar ni una gota... ; si no se puede endulzar su amargor ni siquiera con una mirada tuya...; si ha de ser todo como lo has dispuesto tú, Padre mío; lo acepto, lo quiero, lo amo: beberélo hasta sus heces; no quiero ningún lenitivo, FIAT, lo apuraré con todas sus amarguras, lo beberé hasta la última gota. Así, Padre mío, quiero en todo cumplir tu palabra. ¡Fiat voluntas tua...! (Pausa).

Y ¿cuál es, Jesús mío, la razón y el motivo de este acto que vas a realizar? ¿Quién te ha movido a un sacrificio tan heroico? Tu amor, hija mía; la suprema razón que explica todo esto, es mi amor, la inmensidad de mi amor, la locura de mi amor a los hombres. «Me amó y se entregó a sí mismo por mí». Jesús me ha amado, y Jesús ha dicho que la prueba más grande, más valiente, más sincera del amor es el sacrificio; que el amor que no va probado en el dolor, es amor de palabras, de mero cumplimiento, no es sincero ni verdadero; que el amor necesita ser probado, pasado por el crisol del sacrificio.

Y Jesús ha venido al mundo resuelto a mostrarme la **SINCERIDAD** y la **VERDAD** de su amor; quiere convencerme de que me ama; que hasta con mis ojos vea el amor que me tizne...

Ya es niño pequeñito, y, desde los brazos de su Madre, comienza a mostrarme su amor delicado, fino, purísimo, hermoso y delicioso. ¡Oh, sí, Jesús se ha hecho niño para amarme y para decirme que me ama con la elocuencia de los niños, porque los niños tienen la elocuencia de la sinceridad y la verdad. Jesús, para mostrarme su sinceridad se ha hecho niño, y, hecho niño pequeñito, me dice: «Hermanita, hija mía, con las caricias de mis manos y con los besos de mis labios decía a mi Madre

que le quería, así ahora, con la misma sinceridad y verdad te digo a ti que te quiero, que te amo; créeme, me hice niño para de-ez.ir que te amo».

Desde el taller de Nazaret ha vuelto Jesús a decirme que me ama.

Este es un amor amasado con el sudor de la frente divina, que se revela con sublime ternura al través de un Corazón de obrero que trabaja y gana su jornal en la humilde y ruda tarea con que gana el pan y al entregárselo a su Madre, le dirá: Madre mía muy amada, recibe el jornal de mis sudores y juntamente el testimonio de mi amor de Hijo que te quiere. Con mi trabajo y mi sudor va también el Corazón. Sabe que te amo.

Y, en efecto, allí, con su ganancia del día, iba noble toda su Corazón, su Corazón divino, su Corazón enamorado. Y como a su Madre, con aquel Corazón de obrero, desde el humilde taller, al través de sus sudores, Jesús me ha revelado su amor me ha amado.

Y ha vuelto Jesús a tomar otra forma para decirme que me ama. En un día de verano, fatigado y sudoroso, después de caminar largas jornadas, se sienta a las doce del mediodía al borde de un pozo; una mujer samaritana se acerca a sacar agua. Jesús la pide de beber, y ella se lo niega: Jesús le revela los secretos de su alma pecadora, y, al mismo tiempo, las ternuras misericordiosas de su amante Corazón; con lenguaje divino le dice que volverá a tener sed todo el que beba del agua que El lleva en su divino Corazón; y con este símil descubre la fuente verdadera del verdadero amor que se desborda de su adorable pecho, el manantial perenne de amor sobrenatural y divino que sacia las almas.

Y llegará la última noche de su vida mortal, y, después de una cena íntima con sus amigos, cena que con vehementes deseos había querido celebrar con ellos, abrirá su Corazón y sus labios para decirles, y en ellos a nosotros, que nos amó hasta el fin.

«Fuego, dirá Jesús, he venido a meter en la tierra, y quiero que se abraze toda». Mi testamento todo se reduce a una sola cláusula, sólo tiene una palabra, y esa palabra no quiero dejar escrita en papel muerto, por fino y elegante que sea; el blanco pergamino donde yo he querido escribir mi última palabra de **AMOR**, soy yo mismo, es la blanca e

inmaculada Hostia, es mi amante Corazón, donde con sangre divina quedará escrito para siempre este testamento de mi **AMOR**.

La Eucaristía, multiplicada y distribuida por todo el mundo, es la copia auténtica,-donde leerán hasta el fin de los siglos todas las generaciones la conmovedora palabra del **AMOR** que Jesús dejó escrita en la última noche de su vida y rubricada en maravillosa forma.

Pero no bastaba aún este testimonio; no bastaba esta sinceridad y esta verdad con que me dice que me ama. Quiere todavía probarme mejor su amor. Él dijo un día: «Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por el amado». La prueba más sincera y más verdadera del amor es la muerte por el amado; y Jesús quiere llegar a esta prueba suprema, morir por el amado, y morir un Dios por un gusanito amado, y morir con una muerte horrorosa, para que sea todavía mayor, más clara, más sincera la prueba del amor.

Y en efecto, hermanitas amadas, ved a Jesús en el Huerto de Getsemaní, en presencia de su Padre-Juez y en presencia de todas las generaciones pecadoras, a quienes ama y por quienes se ofrece; en su mano derecha lleva el cáliz del sacrificio con todas las amarguras que de antemano conoce, porque lo ha probado, ponderado, examinado y gustado; y vuelto primero a su Padre, le dice: Padre, tu voluntad es que yo beba este cáliz; *fiat*.

Y Jesús vuelve su mirada al mundo, y, levantando en alto aquel cáliz de amarguras, de humillaciones y de dolores, en un brindis sublime, (permitidme, hermanitas amadas, esta comparación tan profana y tan pagana), en un brindis original, repito, levanta aquel cáliz, la copa del sacrificio, llena hasta los bordes, hasta donde su Padre-Juez ha determinado, no de vino dulce, sino de agraces, de acíbar, de amargo brebaje, y nos dice a todos entre incendios de divino amor: «Este cáliz, que representa todas afrentas de mi Pasión y muerte, que me ha dado mi Padre, porque yo primero me he ofrecido a beberlo, es la suprema prueba de mi amor a los hombres; este es el brindis de mi amor; voy a beber este cáliz hasta la última gota, porque quiero, porque os amo hasta el fin, hasta el Calvario, hasta la muerte; quiero que el mundo vea que yo he descubierto perfectamente todos los secretos de mi Corazón.

Pero mirad; quiero que midáis bien mi amor, porque, si bien este cáliz comienza mi sacrificio, este cáliz pasará de mano en mano hasta el fin de los siglos, hasta que yo venga a juzgar al mundo. Y este cáliz, sostenido por las manos de mis sacerdotes, será siempre el testimonio, el brindis de mí amor.

(Estamos en Roma, mis amadas hermanitas, y preciso es recordar con gozo de, nuestras almas, que aquí muchas heroínas. hermanitas vuestras, queriendo corresponder al amor de su Amado, levantaron un día muy arriba el cáliz del sacrificio lleno de su propia sangre, para derramarla generosamente en esos circos, en prueba de la sinceridad de su amor a Jesús).

Punto III.-Sacrificio y generosidad

En verdad hasta nosotros ha llegado de mano en mano aquel cáliz de Getsemaní y la cláusula de aquel testamento escrito en la divina y Santa Eucaristía. He ahí Jesús en perpetuo Getsemaní, levantando el cáliz lleno de humanas ingratitudes y repitiéndonos sin cesar la palabra dulce y tierna de su eterno **AMOR**.

Y como en Getsemaní, sigue solo, Jesús haciendo su obra, solo; parece que, al terminar su obra, tampoco ha terminado su soledad.

Solo estaba en Getsemaní, solo tenía que estar para ofrecer a su Padre el holocausto de su vida, y en el fondo de los Sagrarios sigue condenado a vivir siempre solo.

Sin embargo, allí, en el Huerto, aquella soledad exigió y buscó con insistencia una próxima compañía de leales amigos, a la que ellos, ingratos, no respondieron. Algo buscaba Jesús en Getsemaní, cuando cerca de sí dejó a sus amigos en vela.

¡Oh! ¡Siquiera tuviese Jesús muy cerca de esa soledad del Sagrario tres amigos, y ellos orasen; velasen y acompañasen!

Cierto que en el Sagrario tiene que estar solo; allí ninguno puede estar con EL. Él es la víctima, y El solo se tiene que inmolar; pero esto

no quita para que muy cerca de El estén sus leales amigos, sus amigos de Getsemaní que oran, que velan, que se ofrecen.

¡Oh, si el mundo no estuviera tan distraído y tan alejado de su amado Jesús!

¡Oh, Jesús! ¡A qué extremos os lleva la grandeza de vuestro amor a los hombres y el afán de mostrarnos y probarnos que nos amáis a todos sinceramente, verdaderamente! Hermanitas amadas, hagamos examen.

Jesús nos ha distinguido con su amor, nos ha preferido; en su cáliz divino nos ha bañado con infinita ternura, y con justicia espera nuestra fiel correspondencia.

Como Él fuimos niños; pero tal vez no le hemos probado nuestro amor con la elocuencia sincera y verdadera de la niñez, con que Él nos probó el suyo tan fino y tan delicado.

Somos obreras, trabajamos en un taller, en una oficina; pero quizá no hemos santificado nuestras fatigas y sudores con el fuego sagrado del amor a Jesús.

¡Oh, si los episodios de nuestra vida fuesen otras tantas pruebas de nuestro amor a Jesús! ¡qué bien probado quedaría!

Hoy, hermanitas mías, examinando el momento y las circunstancias que nos rodean, es preciso remediar todo lo pasado y ofrecer a Jesús muy sincero el brindis de nuestro amor.

Si somos sinceros, si juntamente con la lengua habla nuestro corazón, y nuestro corazón dice las cosas como las siente, muy 'de veras, como debemos sentir las cosas que vivimos consagrados a su amor; es preciso arrancar del fondo del corazón una palabra generosa, sincera, verdadera, palabra que hace lo que dice, palabra ante la cual tiemblan los cobardes y se asustan los pusilánimes:: esta palabra es «**SACRIFICIO**». **SACRIFICIO**, en el cual se prueba el amor.

Amamos, lo decimos cada instante: si pues amamos, probemos el amor con el sacrificio, como nos lo ha probado Jesús.

Para eso, hermanitas mías, es necesario tomar el cáliz de nuestro corazón virginal, puro y santificado, vacío, muy vacío de todas las criaturas, de todas las aficiones, de todos los caprichos terrenos.

He ahí la primera labor interesante y necesaria, vaciar bien el corazón; que nada tenga, que nada quiera, que nada le ocupe en la tierra. Mirad cómo lo vació Jesús, desprendiéndole de todo y buscarme la soledad.

Agrandémoslo, después, como Jesús el suyo; corazón grande, generoso, magnánimo, sin medida, como un abismo. Y con ese cáliz en la mano nos hemos de presentar delante del Señor y decirle: « ¡Oh, Jesús! Me has amado hasta el fin, me has amado hasta la locura, y me lo has probado con la elocuencia sublime del sacrificio. También yo quiero probarte mi amor con la misma elocuencia y firmeza con que tú me lo has probado. He aquí el cáliz de mi corazón vacío de todo y agrandado con la mayor generosidad de que soy capaz. Llénamelo, como tu Padre te lo llenó a ti en Getsemaní, no de vino dulce y sabroso con que embriagarás un día a tus héroes en el Cielo, sino con el amargo brebaje que Tú gustaste y bebiste hasta la última gota en el Huerto y en el Calvario.

Quiero cantarte el himno de mi amor, brindándote el cáliz de mi corazón lleno hasta sus bordes del vino del sacrificio. Quiero brindar hoy con el vino del dolor, con el cáliz de la pasión.

Te presento, pues, mi corazón vacío, y, decirte que te amo, te dejo las manos libres para que lo llenes de acíbar. Llévalo de humillaciones, de desprecios, de dolores de enfermedades, de pruebas interiores, de persecuciones,... y, si Tú quieres, lo llenarás de sangre, de mi sangre... como llenaste un día el de tus Cecílias, el de tu Inés. ¡Oh! entonces sí, con el cáliz de mi sangre, de mi martirio, te probaré mi amor. Toma, Jesús mío, mi corazón, abierto está, vacío está;...llénalo Tú, mi buen Jesús».

¿Habrás, hermanitas mías, entre vosotras alma tan ruin, que se asuste ante este brindis, y temblando quiera esconder su corazón o convertirlo en avellana, para que así con poco acíbar pueda llenarse?

¿Y querrá esa hermanita abrir y ensanchar su corazón, cuando llegue al Paraíso; para que se llene bien del vino de la felicidad?

Poco tendría de hermanita de la Alianza, quien así quisiera mostrar su amor a Jesús.

Confesémoslo, sin embargo; la naturaleza, ante el dolor y ante la humillación, no puede menos de sentir repugnancia y aversión. Los sintió terribles nuestro amado Jesús, y los han sentido los más enamorados de Él. Pero supo El y han sabido estos sobreponerse a los gritos de la naturaleza para triunfar siempre con el FIAT generoso de su voluntad.

¡Oh! No temamos, hermanitas; alarguemos con generosidad el cáliz de nuestro corazón, y dejemos que Jesús lo llene con el vino que Él se digne escoger, en la seguridad de que, por amargo que sea, su amor lo endulzará cuanto sea menester para poderlo beber nosotros.

Ahuguemos los gritos de la naturaleza, seamos generosos, seamos valientes, seamos amantes. **FIAT**, Señor, **FIAT**; hágase tu voluntad, hágase lo que Tú quieras. Llena hasta donde Tú quieras y con lo que Tú quieras el cáliz de mi corazón. Sí, que rebose de amargura, de dolor; porque entonces será grande el testimonio de mi amor, ya que la medida del sacrificio ha de ser siempre la medida del amor.

¡Oh, hermanitas que habéis venido a Rama! Sabed que ¡habéis venido principalmente a vivir vuestro lema al calor de aquellas vuestras primeras hermanitas que, en la pureza virginal, probaron el amor a Jesús en el **SACRIFICIO**. Habéis venido a Roma a forjar vuestros corazones, a darles el temple de mártires en el sacrificio. Decid pues, con mi insigne paisano, -Ignacio de Loyola: «Tomad, Señor, y recibid, **TODA MI LIBERTAD**. Yo os dejo, Señor, las manos libres para que hagáis de todo cuanto queráis y en la medida que queráis. Dadme vuestro amor y gracia; esto me basta; con esto todo lo podré; podré beber el cáliz de mi sacrificio, de mi pasión hasta la última gota. Y entonces Vos, Jesús mío, volveréis a llenármelo en el cielo con el néctar embriagador de la eterna felicidad. Amén.

Roma, 22 Septiembre 1934.

Octava Hora Santa

La oración

Hágase tu voluntad

(Math, XXVI, 42)

Aquí, Señor, postrado, como un día en el Huerto Santo, os veo en altísima oración por vuestros hijos redimidos a precio de dolor, de sangre y de muerte.

Y vuestra oración es la más hermosa la más eficaz y la más fructuosa, por ser vuestra, oración de Dios. Orasteis en Getsemaní y nos enseñasteis a orar. La más interesante de las lecciones que allí nos disteis, fue la de la oración.

Si la oración, en expresión de los Santos, consiste en un íntimo coloquio del alma con Dios, Vos, en el seno de vuestro Padre, vivís en una eterna e íntima oración; oración de quietud infinita, de paz y de gozo divino; vivís en el éxtasis del más puro y soberano Amor.

Esa íntima y luminosa oración os engendra en el seno del Padre; de esa oración, amoroso coloquio con el Padre, procede el Espíritu Santo. De ahí la sublimidad de vuestra oración.

No es de maravillar que Vos en la tierra, en vuestra vida mortal, busquéis y pongáis vuestras preferencias en el recogimiento de la soledad, y que vuestra alma, unida hipostáticamente al Verbo, sea arrastrada por El a la intimidad de la oración.

Las almas contemplativas apenas pueden vivir sin abismarse en el recogimiento de la oración, de la misma manera que el pez no puede vivir sin abismarse en las profundidades de las aguas; vuestra alma contemplativa y beatífica, desde su creación, desde Nazaret, tampoco puede vivir, si no es abismada en el piélago de la Divinidad, donde ora con trasportes inenarrables de amor en el Padre, en el Verbo y en el Espíritu Santo. Testigos serán siempre las rocas de la costa del Tiberíades, las cuevas del solitario desierto, las huertas Cafarnaúm, la casita de Nazaret, Betania, el Cenáculo y Getsemaní.

Lección de fervorosa y altísima oración disteis a vuestros discípulos en el Tabor, en Betania, en el Templo, en el Huerto Santo y en el Calvario. Noches largas, después de penosas jornadas de predicación evangélica, dedicasteis en la soledad con vuestro Padre.

Vuestra oración, Señor, preparó para nosotros y nos ganó la Obra estupenda de la Redención. Con los brazos abiertos en la Cruz nos disteis la última lección y prueba de vuestra omnipotente oración: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»; fruto de ella, un ladrón que sube con Vos al Paraíso.

Pero ¡oh, Jesús bueno! Yo quiero contemplar detenidamente aquí, en vuestra presencia, la oración por excelencia, la que la Iglesia, la Liturgia y el pueblo cristiano han reconocido siempre como tal: «Oración del Huerto», vuestra insondable oración de 'Getsemaní.

Punto I.- Velad y orad

Arranca mi consideración desde el Cenáculo. Después de vuestra Oración Sacerdotal ¡en aquel recinto sagrado, con la que dabais cima a vuestra obra apostólica desde Cafarnaúm hasta Jerusalén, ibais ahora la comenzar la obra del Sacrificio.

Y si vuestra obra apostólica debía ir siempre acompañada de la oración, y oración hizo que fructificara aquella en tanta abundancia, la del sacrificio, con razón, necesitaba de este poderoso recurso.

Jamás vuestra Humanidad Sarta reconoció tan al vivo la necesidad del auxilio divino, por medio de la oración al Padre..

Todas aquellas debilidades que, por nuestra causa, tomasteis en vuestra naturaleza humana, hicieron su presencia en aquella trágica noche. Allí sentisteis soledad, miedo, tristeza, cobardía, espanto, fastidio, horror, escalofrío, debilidad y, consecuentemente, vuestra alma angustiada se vi en el trance de recurrir a la oración.

Propio es del alma angustiada y puesta en desgracia el buscar alivio y consuelo en oración. ¡ Y a Vos, Jesús, a quien la Escritura ha llamado el FUERTE, os veo cobarde y débil, en un gran apuro, porque no podéis con el peso de una terrible tristeza , y tenéis que recurrir, como a supremo remedio, a la oración!

¡Oh, hermanita! Contempla ese cuadro; Jesús, para darte ;una lección práctica, ha querido experimentar, sentir vivamente y reconocer en sí mismo la necesidad de la oración. Y orará, porque se ha metido en un trance tan terrible, que necesariamente tiene que buscar el remedio en la oración. Jesús al probar toda clase de necesidades que rodean al hombre, ha querido probar también esta angustiosa necesidad de la oración. Orará, porque no tiene otro remedio que orar; se va hoy, Jueves Santo, a la oración, más bien arrastrado por una necesidad, y no, como otras veces, por el estar en ella.

Y es tal esta necesidad, que se humilla ante sus amigos y confiésales la angustiosa necesidad que siente, y ruega que le ayuden y le acompañen en la oración: «Velad y orad conmigo», les dice.

Parece que Jesús no cree suficiente su sola oración, y mendiga la oración de sus buenos amigos; «Velad conmigo», me hace falta vuestra oración, confío en vuestra ferviente súplica al cielo, no me dejéis solo, orad también vosotros conmigo. Orad, porque también a vosotros os hace falta oración. Simón, si tú has de cumplir la palabra que me has empeñado en el camino, si quieres ser fiel hasta el fin a tu Maestro, es necesario que ores. Cree bien, que no te bastas a ti; en trances difíciles hemos de vernos tú y yo, reconozco yo la necesidad de orar a mi Padre y voy a la oración; mira que no eres más fuerte que tu Maestro, y ora para que no entres en la tentación.

Pronto veremos la influencia de la oración en Jesús y el descuido de ella en Simón, Juan y Santiago.

Jesús, en efecto, se aparta como un tire de piedra de ellos y se postra para orar. Los apóstoles pronto debieron de olvidar el mandato del Maestro; si oraron, debió de ser muy flojamente y por poco tiempo.

¡Oh, hermanita! tu vida es de Getsemaní, en campo raso y noche oscura de tentaciones se desarrolla tu vida de aliada; un asalto inesperado ha sorprendido a muchas de tus hermanitas. Las que supieron manejar hábilmente, sin dejarla nunca de sus manos, el arma de la oración, salieron victoriosas; las que la descuidaron, sucumbieron y fracasaron en su gran empresa. Ya conoces su historia.

Toda alma que quiera acompañar a Jesús en la soledad de Getsemaní y en los abandonos del Sagrario y en las calles de amargura del deber, del oficio, de la carretera, es preciso que sea alma de oración; la oración nos mantiene unidos a Jesús.

Oremos en la Alianza (en medio del, mundo); en la Alianza hay que velar... y hay que orar; quien no lo hace sucumbe y fracasa.

Punto II.-Jesús ora

Retirado y en la soledad y en el silencio, como siempre fue su costumbre y lo hizo así, Jesús hincó sus rodillas, derribó y postró su faz divina y, doblándose hasta el suelo, comenzó a orar.

¿Por qué, Señor, esta posición tan humilde y reverente?

Porque mi alma y toda mi Humanidad, aun cuando es la Humanidad del Verbo, se encuentra a infinita distancia de la Majestad de mi Padre. Yo conozco a mi Padre y como su soberana Grandeza, su Santidad, su Majestad, su Justicia; y, ante El, mi alma y mi cuerpo tiemblan, se abisman, se humillan y se postran.

Yo, como una criatura, reconozco y adoro la soberana excelencia y grandeza de la Divinidad, ante la cual toda criatura es polvo, es basura, es nada.

Yo, que soy uno con mi Padre e igual a Él, en cuanto soy su Verbo, vengo a responder, ante su infinita santidad, y justicia, de todos los pecados del mundo, que hago míos. Y cargado con todos ellos y hecho reo de los mismos, me postro, me abato y me humillo, hasta dar en tierra con mi faz y con mis miembros...

¡Oh! y yo, Señor, que de hecho soy tierra y pecado, ¿cómo me presento delante de la divina grandeza de ese Dios? ¿Cómo me preparo para orar? ¿Cómo estoy en su presencia?

Aquí, hermanita, confiesa humildemente ese inmenso cúmulo de faltas de respeto y reverencia ante el Señor; ese descuido y abandono en la oración y su preparación; ese olvido, ese derramamiento delante de la divina Eucaristía; esas continuas desatenciones con ella en la Comunión, Visitas... etc.

¡Oh, Señor! Ni conozco a vuestro Padre como fuera menester, ni me conozco a mí, ni considero atentamente la Majestad 'de Aquel a quien me dirijo, ni pienso suficientemente en mi propia pequeñez y en el número y fealdad de mis pecados, debilidades y miserias.

A Vos, Señor Jesús, en quien yo adoro al Padre, al Verbo y al Espíritu Santo, os veo humillar vuestra alma y doblar vuestros miembros, porque llevan la señal y el contraste de las iniquidades de toda nuestra raza humana; y yo no acabo de recordar mi indignidad, mi bajeza, mi miseria, mi nada, mi menos que nada, porque soy pecado, para encorvar mi arrogante cerviz en vuestra soberana presencia.

¡Cuándo, Señor, pisotearé mi orgullo y mi amor propio, y me acercaré, con la humildad y respeto debido, a vuestro altar!

Hermanita, si quieres orar bien, mira primero arriba y considera bien la grandeza de Dios, mira después abajo y ve ahí tu (enorme bajeza e indignidad; examina el abismo que te separa de Dios y clama con humildad y te oirá Él. (Pausa).

. . .

Jesús comienza su oración: «Padre mío». Jesús en su atormentado corazón busca la palabra más dulce, más tierna y más impresionante; el título más elocuente y amoroso; la expresión más

conmovera, para mover e interesar el Corazón de Aquel que en efecto es Padre suyo.

En su humilde postura reconoce la reverencia y respeto que se le debe, y las Palabras entrecortadas que salen de sus labios significan la confianza y la piedad filial siente en su Corazón hacia El Padre era al fin, y el más amante de los padres, si bien llevando en su mano inflexible el decreto de la Pasión. Hijo era Jesús, el más amante de los hijos de los hombres, si bien llevando sobre su cabeza el acervo de nuestros pecados.

«¡Padre mío, si es posible...!»

Y el que ora es Jesús, es un Corazón atormentado por una espantosa perspectiva y pesadilla de temores, de tristezas, de miedos y de torturas imponderables, que siente y sufre, al modo que sufre y siente cualquier hombre mortal y pasible.

«¡Padre mío, si es posible...!» ¡Posible, en absoluto sí lo es; pero, supuesto el divino y eterno decreto de la Redención en rigurosa justicia no es posible.

Y Jesús conocía este decreto; pero; ¡oh amor! quiso dejar sentir a su naturaleza inferior el peso de aquella angustia, y su naturaleza no pudo menos de dar el grito de protesta contra el dolor, manifestando su deseo instintivo de verse libre de aquella espantosa tragedia. Más su voluntad superior jamás tuvo debilidad alguna, siguió siempre unida a la del Padre, y, por eso inmediatamente añadió: «Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Esto me enseña, Señor, que vuestra naturaleza era verdaderamente humana; muy humanamente sentiste sus debilidades, cobardías, pesadillas y temores, como los sentimos nosotros. Y de ella espontáneamente, aquella súplica vehemente y angustiosa.

Sin embargo, en Vos no cabía, ni podía, haber desorden alguno; vuestra naturaleza estaba perfectamente subordinada a la voluntad racional y ésta a la divina. Por eso, en cuanto aquélla tuvo su natural expansión, todo quedó entregado y sometido al divino querer del Padre.

De ahí ha salido, como consagrada, aquella palabra sublime: **FIAT, HÁGASE**. Palabra que para nosotros y para todo tuno es todo un «*lema*» de vida de santidad.

Ya el Espíritu Santo se la había inspirado a vuestra Divina Madre en el momento de vuestra Encarnación, al entregarse Ella a la divina voluntad: «He aquí la esclava id Señor, «*fiat*», hágase según tu palabra». Y ahora sois Vos, dulcísimo Señor, quien con la misma palabra del **FIAT** nos vais a crear a nosotros en hijos de vuestro Padre, por medio de una nueva Encarnación dolorosa y sangrienta.

Oh, Jesús! ¡Qué hermosas oraciones son estas dos, y qué frutos tan copiosos han traído al mundo!

¿Cómo es posible esto?... dice la Virgen, como contrariada por el mensaje del Arcángel; más luego se rinde humildemente al querer de Dios: «*fiat*» «*Hágase*».

¡Padre! ¿Cómo es posible que yo beba este cáliz?, dice con angustia el Hijo; más luego se rinde también con humildad asombrosa: «*fiat*», hágase tu voluntad.

¡Oh, hermanita! Detente y aplica tu atención; no pases adelante sin aprender una hermosa lección.

No está prohibido, ni siquiera es imperfección, el que tu naturaleza sensible demuestre y dé señales de angustia y de dolor, y llegue alguna vez a dar el grito contra el mal que siente, y desee y pida verse libre de la prueba, con tal que inmediatamente brote de tu corazón, libre y generoso, el **FIAT** de tu entrega y abandono en la voluntad de Dios.

Nunca salga de tus labios petición alguna, sin que vaya acompañada de un resignado y amoroso **FIAT**.

Repítelo, hermanita, en silencio, en los momentos difíciles de tu vida; repítelo aquí a la puerta del Tabernáculo; suene menudo esta divina palabra, como resonó tal vez, entre aquellos olivos y rocas del Huerto Santo, repetido por espacio de una hora, acompañado de lágrimas y de sangre, por tu divino Maestro, aquel **FIAT**. (Pausa).

Punto III.-Las circunstancias

¡Qué cortejo más triste es éste que os acompaña, Señor, para una sabrosa y dulce oración! Tristísimas y angustiosas son todas las circunstancias que la acompañan. Poco gusto pudieran estos proporcionaros en aquel divino coloquio.

Las escenas de la Cruz, las separaciones dolorosas de los vuestros, la perspectiva de acontecimientos que se precipitan; todo esto vivísimamente repercute en vuestro ánimo amedrentado y en vuestro corazón torturado. Vuestro corazón agitado, además, per la enorme presión que en él ejercen las consideraciones que hemos apuntado en el punto anterior. La espantosa lucha entre la naturaleza inferior que rehúsa el dolor y el fracaso, y la parte superior de vuestro espíritu que, en todo momento, se mantiene entregado a la voluntad divina, como lo prueba vuestra oración resignada. La sequedad de espíritu y desgana interior, como consecuencia de este estado de agitación, turbación y miedo...

¡Oh! en este estado ¡qué difícil y desabrida tenía que seros la oración!

¡Oh Señor! ¡Noches más serenas y tranquilas hubisteis de pasar meses antes en Getsemaní, y sobre esa misma roca tal vez, en oración sosegada, íntima, sabrosa y fervorosa, espontánea y confiada con el Padre! Entonces la oración era para Vos un remanso de paz, de bienestar y de descanso; era el gozo y felicidad anticipados del mismo paraíso; era un banquete espiritual en la mesa del seno paternal.

Ahora el panorama totalmente ha cambiado. Getsemaní ya no es mansión de paz, sino de agitación y lucha; la noche y el silencio no tienen atractivo, sino que os producen pánico y temor; la oración es un verdadero sacrificio, difícil, violenta, torturante, fastidiosa, seca y penosa. ¡Y con todo, oráis, Señor!

¡Oh hermanita! ¡Aprende! No siempre está preparado nuestro ánimo y nuestro espíritu para orar tranquilamente. Las circunstancias de nuestra vida cambian muy a menudo, y con ellas nuestras disposiciones. La desgracia, la enfermedad, el infortunio, la persecución, el fracaso, las contrariedades, la pérdida de seres queridos y mil otros reveses crean en nuestro ánimo verdaderas tempestades de desaliento, desilusión, de

desmayos, de cobardías, de desconfianzas, de fastidios, de desganas, que dificultan y estorban el ejercicio de la vida interior, de recogimiento y oración. Entonces la oración se hace difícil, pesada, penosa, seca y desconfiada... y el alma tiene que hacer grande violencia para conseguirla, o, de lo contrario, la abandona.

Almas hubo, y las hay, que, en tiempo de bonanza, cuando todo va bien y la luz de arriba alumbraba todos sus pasos, saben recogerse y darse a la oración con edificante constancia y fervor; pero, cuando la tempestad ruge y el espíritu se encoge y acoquina, entonces la vida interior, la unión con Dios, la oración recogida se hacen casi imposibles.

¡Oh hermanita! ¡Ensayá y prueba! Póstrate ahí, junto a Jesús, a la sombra de esos espesos olivos; déjate llevar del espíritu de soledad y silencio; véncete y ponte sobre ti misma, y aprenderás a orar con perseverancia.

Mira bien a tu Maestro y escúchale: «Padre mío...!» Hace una hora bien llena que gime ahí y clama: «¡Padre mío! ¡Padre...!»

EL cielo está cerrado, ni una luz alumbraba su mente en tinieblas; ni un soplo se percibe del Espíritu Santo; el Padre guarda silencio, nadie le escucha; las rocas del monte con su eco misterioso le devuelven la angustiada súplica..., ¡es inútil! Sin embargo, Jesús sigue postrado, con el rostro en la roca, orando sin cesar: «¡Padre mío, Padre mío...!» «Si es posible...» «Padre mío...», «fiat» «hágase tu voluntad...» Ora, hermanita, con Jesús... (Pausa)

. . .

¿Le oirán por ventura sus discípulos? ¿seguirán con Él, como Él, orando con fervor y perseverancia?

En el terrible desamparo, en el espantoso vacío de su espíritu, en el silencio que el cielo guarda con Él, se acoge a sus amigos; orará con ellos, lo hará así quizás con más ánimo. Más ¡oh dolor! sus amigos no oran; su oración, si es que la tuvieron, debió de ser breve y disipada. El cansancio, el sueño, la oscuridad, el fastidio, la pereza y la desgana la acortaron o la anulaban por completo; allí solo ora Jesús...

Pero «¿Simón, duermes?» «¿No sois capaces de hacer una horade oración? ¿con qué no habéis podido velar una hora conmigo?»

Levantaos, velad y orad para que no entréis en la tentación»... Perezosamente debieron de levantarse; pero muy pronto cayeron otra vez en la tentación del sueño y se durmieron.

Hermanita, ¡cómo contrasta este descuido y flojedad de los discípulos, con la diligencia, prontitud y ánimo generoso de su Divino Maestro! Y tú ¿a quién te pareces...?

Y Jesús vuelve a la oración. Oró redoblando su fervor y «repitiendo las misas palabras...» Y el cielo siguió de bronce , cerrado y sombrío, y el Padre guardó silencio...

Por tercera vez, con insistencia maravillosa, repitió su oración, con mayor fervor si cabe y con sublime conformidad: «Padre mío, si no puede pasar este cáliz de mi..., hágase tu voluntad». Y conmoviéronse las entrañas del Padre, y le envió un Ángel, pero no para retirarle el cáliz, sino para confortarle, animarle y disponerle para beberlo...

Sublime oración la de Jesús. Su fruto no fue el de quitarle el cáliz de la Pasión, sino la gracia confortadora para beberlo.

No fue ineficaz la oración de Jesús, sino que de ella sacó toda la gracia confortadora que hubo menester para su terrible Pasión.

Ora, hermanita, ora con humildad, con confianza, con perseverancia y con absoluta conformidad y abandono... y el fruto de tu oración será infalible. (Pausa).

Punto IV.- En el Sagrario

Y sigue Jesús orando. Y su oración se repite y se multiplica en el fondo de los Tabernáculos.

¡Oh, Señor! Si la luz de mi fe fuese más clara y viva, yo percibiría aquí, en esa divina Hostia, el eco de aquella vuestra ora

El eco de aquella vuestra oración, que sigue prolongándose a través de los tiempos.

¿No decimos, por ventura, que cada Sagrario es un devoto y solitario Getsemaní? ¿No sois Vos aquí Aquel mismo Jesús. Aquel mismo Cordero, cargado con las iniquidades del mundo, en perpetua inmolación y entrega, repitiendo sin cesar el solemne y rendido FIAT que salió allí de vuestros labios? ¿Cuál es, Jesús amado, vuestra oración en las horas eternas de vuestra soledad y silencio, ahí, en esas noches interminables de vuestro Sagrario?

¿Cuál es vuestra oración, cuando resplandeciente de luz, entre flores y nubes de incienso, os expone el sacerdote en vuestro trono de oro, para la adoración de los fieles? ¿Cuál es, Jesús, vuestra oración, cuando el sacerdote, en el tremendo instante ¡de la Consagración, os levanta convertido en Hostia y Víctima, para ofrecer os en sacrificio incruento al Padre eterno por la redención del mundo? ¿Cuál es, en fin, vuestra oración, Jesús dulcísimo, cuando, hecho manjar divino, penetráis en los íntimos arcanos del corazón del hombre, en la Sagrada Comunión? ¿No son, por ventura, todos estos sublimes momentos, horas solemnes de oración, y no sois Vos, el efecto, el que oráis a Vuestro Padre por nosotros?

¡Oh misterio soberano, tan ingratamente olvidado por el corazón humano! **El FIAT** Getsemaní se prolonga en todas direcciones y su eco conmovedor resuena en torno de nuestros altares. ¿No lo oyes, hermanita? Atiende con fe y recogimiento y oirás la voz humilde y resignada del divino Nazareno: «Padre mío, si este cáliz de mi perpetua inmolación eucarística no puede cesar hasta el fin de los tiempos por el hombre «hágase tu voluntad...» (Pausa).

. . .

Pero, hermanita, ¿seguirá Jesús orando ahí Solo?...

¡Solo! Mírale, hermanita, ¡solo! Dentro del Sagrario, ¡solo!; en la Custodia, a tu vista acompañado y..., ¡solo! Lo mismo que en Getsemaní, ofreciéndose, entregándose, inmolándose, ahí, solo, en compañía de amigos soñolientos y perezosos, ¡solo! ¡Oh! ¡y que triste y amarga es la soledad en medio de amigos distraídos y olvidadizos!

En Getsemaní y en el Sagrario, Jesús sigue orando solo.

Simón, hermanita, ¿duermes? ¿No fuiste como Simón, escogida para orar y acompañar -en «vela y oración» a Jesús?

¿Oras, hermanita? ¿Oras con Jesús? ¿Con Jesús en el Sagrario, en la Custodia, en el altar, en las manos del sacerdote, en tu mismo pecho? ¿Coincide tu oración con la suya? ¿es la misma?

¡Oh. Jesús! El mundo necesita oración, el mundo no se salva, si no se ora a tu lado y contigo; no basta tu oración, sino que es preciso que tus miembros, unidos a Ti, oren contigo... ¡Oh, si todos los escogidos por Ti y llamados, como Simón y sus amigos, a la soledad de este Huerto Santo, uniesen su oración con la tuya! ¡Oh, sí las almas escogidas velasen y orasen aquí una hora contigo!

¡Oh, hermanita! Tu misión, tu vocación tu consagración, tu reglamento te exigen y te mandan orar mañana y tarde junto a tu Sagrario y en el abrazo de tu Cristo. ¿Descuidarás tu oración? ¿Dejarás a Jesús orando solo?

¡Oh, no, Señor y Jesús mío! Tus amigos de Getsemaní te dejaron solo! Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo. (Repítase).

A tu sacrificio cruento de la Cruz se unen las generosas víctimas de tu amor tu Pasión se prolonga a través de los tiempos, y ¿no habrá quien quiera unirse a tu oración de Getsemaní? Sí, Señor mío:

R. Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo.

Entre agonías y estertores de muerte comenzó tu resignado **FIAT**; nosotros queremos, prolongarlo a través de los tiempos, Señor:

R. Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo.

Para que el mundo vuelva a Ti, para que la fe se extienda por todos los continentes, para -que todos los hombres crean en el Evangelio, Señor:

R. Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo.

Para que la inocencia no se marchite, para que la juventud no se corrompa, para que triunfe la pureza virginal, Señor:

R. Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo.

Para a que tu corazón reine en las naciones, reine en los gobiernos y en sus leyes, en la escuela y en el magisterio, reine en el taller y en los obreros, reine en el hogar y en los hijos, reine en los sacerdotes los religiosos y almas consagradas Señor:

R. Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo.

En oración luminosa de Tabor, si Tú quieres; en oración amorosa del Cenáculo, si es de tu agrado; en oración de tinieblas, sequedades y agonías de Getsemaní, si es así voluntad, Señor:

R. Los amigos de tu Sagrario velaremos en oración contigo.

¡Oh, Señor! Haz que la Iglesia con sus ministros ore contigo, que los claustros y celdas con sus moradores oren contigo, que oren las almas inocentes, que oren las almas arrepentidas, que oren los ancianos, los padres, los hijos...! Que todos, Señor. Velemos y oremos contigo. Amén.

Novena Hora Santa

Odio – Amor - Indiferencia

Me amó...

(Gal,II,20)

Punto I.- Odio de los enemigos

Ya de muy atrás venía notándose entre los príncipes de los fariseos y escribas una manifiesta envidia y aversión contra Jesús.

Apenas comenzado el Ministerio de su vida pública encontró el Maestro divino la más sañuda oposición por parte de estos maestros de Israel. Lazos disimulados, en un principio, y abierta persecución después, que revelaba el odio más descarado y escandaloso de unos corazones ruines y perversos, los cuales llegaron al extremo de fraguar el crimen de la muerte del Salvador que quedó definitivamente acordado dos días antes de ser apresado Aquél en el huerto de Getsemaní.

Llegó el Jueves Santo y el Sanedrín se reunió precipitadamente y a deshora en asamblea clandestina, quizás en casa de Anás y Caifás y no en lugar destinado que era el templo.

El traidor Judas, el cual como infame espiar, era el designado para fijar la oportunidad de aprehenderle, tomó la iniciativa y todos se pusieron a sus órdenes. Señaló el lugar, trazó los planes y el itinerario, recomendó gran cautela, dio la señal por la cual habían de reconocerle. Pilatos dispuso su cohorte, a ella se unen los guardias del templo, los criados de los pontífices y los trasnochadores de la calle. Se echó mano de toda clase de armas, de palos y de espadas, y a la hora señalada todo

se pone en marcha. El desventurado traidor, como experto guía, va a la cabeza.

Silenciosos, como ejército en emboscada, atraviesan las calles con gran precaución.

Judas, alimentando en su vilísimo corazón bajos apetitos de insaciable avaricia, junto con el odio más infernal contra su Maestro, camina a la cabeza de aquella patrulla, inquieto, recelos, desconfiado y lleno de sobresalto. La gente que le sigue, en su mayoría, es indiferente y camina, movida tal vez por mera curiosidad; los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas, que cierran disimuladamente aquella trágica comitiva, van envueltos en sus mantos, repitiendo, quizás, aquellas memorables palabras del libro de la sabiduría (*cap. II, 12-20*)

Rodeémosle al justo, por cuanto que nos es inútil y es contrario a nuestras obras; nos arguye todos nuestros pecados contra la ley y divulga las faltas de nuestra conducta. Dice que él tiene la ciencia de Dios y se llama así Hijo de Dios. Se ha hecho revelador de nuestros pensamientos.. Ya hasta el verlo nos es enojoso, porque su vida es distinta a la de los hombres y sus caminos son opuestos. A nosotros nos tiene por gente ridícula y falsa, se aparta de nuestros caminos como de inmundicias y prefiere las humillaciones de los justos, gloriándose de que tiene por Padre a Dios. Veamos, pues, si son verdaderos sus dichos, hagamos prueba de las cosas que le van a, venir y sabremos lo que es su fin; porque en verdad, si es Hijo de Dios, le defenderá y le librá de las manos de sus enemigos. Llenémosle de ultrajes y de tormentos, para que probemos su resignación y ensayemos su paciencia... Vamos a condenarle a la muerte más ignominiosa e infame, ya que, según sus palabras, será atendido. (*Pausa*).

. . .

¡Oh, Señor! ¿No ese ha repetido, mil veces en la historia, esta escena odiosa y criminal, ya contra tu divina persona, ya también contra tus fieles siervos?

Paralelo a tu amor infinito viene, al través de los tiempos, sin interrupción alguna, desbordándose de ruines y mezquinos corazones, el odio más feroz a tu divina persona.

¡Cuántas veces, desde el fondo de los Sagrarios, has exhalado, sobre tantos pueblos, con lágrimas de ternura, aquel suspiro que un día solemne salió de tu amante corazón sobre la predilecta ciudad de Jerusalén! « ¡Oh, Jerusalén, Jerusalén! ¡si tú conocieses, siquiera en este tu día, lo que puede traerte la paz! más ahora está encubierto a tus ojos».

Pero tan lejos estaban los pueblos de suponer un tan gran bien en su Dios que, precisamente, contra El soliviantaron las masas y fraguaron en sus asambleas la muerte 'del Gran Justo.

Y ¿por qué? Porque, según el texto citado, «eras contrario a sus obras y echabas en rostro sus pecados y su mala conducta»... «descubríás sus malos pensamientos» ... «tu vida era contraria a la suya y tus caminos diferentes y opuestos».

Por eso dijeron: «Llenémosle de ultrajes y de tormentos... Condenémosle a una muerte ignominiosa y cruel».

«Estas cosas pasaron, y erraron, porque les cegó su malicia».

Ellos son el populacho amotinado que la gritado más de una vez en las plazas y en las encrucijadas, como un día el pueblo judío frente al palacio de Pilatos: «Quita a Cristo y suelta a Barrabás»... «No queremos que éste reine sobre nosotros»... «No tenemos más rey que al César»... «Caiga, su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos,

¡Oh, ceguera de los infelices que no Te han conocido ni han querido conocerte! Tres años resonaron .a la continua tus prodigios en Jerusalén y Cafarnaúm... Diecinueve siglos han vuelto a resonar en el mundo entero tus maravillas, tus misericordias y tus amores. Y ni aquéllas ni éstos han querido reconocer tu divinidad, tu Evangelio y el reino de tu amor. (Pausa)

Punto II.-Amor de Jesús

Avanza hacia el Huerto Santo de las olivas la fuerza armada, guiada por el miserable traidor y presidido por los príncipes de los sacerdotes y fariseos.

Y Jesús pegado a la tierra, a la sombra de un olivo, agoniza en congojas de muerte, lleno de terror y de tristeza y de tedio y de abatimiento: sudando sangre por toda su cuerpo, y luchando terriblemente su espíritu superior con la debilidad de su naturaleza inferior.

Triste está su alma y atormentado horriblemente su amante corazón, que estalla de dolor, expulsando, con ímpetu misterioso, hasta deslizarse por el suelo, su preciosísima y divina sangre.

«¡Oh, Padre mío!-gime con infinito dolor- todo te es posible».
«Pase de Mí cáliz»... « ¡Padre, si es posible...!»

Amarguísimo cáliz...! cáliz de largos y espantosos tormentos, cáliz de azotes... de espinas....de clavos... de bofetadas...cáliz afrentas, de insultos, de humillaciones... cáliz de los pecados del mundo que gravitan sobre sus hombros, cáliz de la condenación de un pueblo predilecto... cáliz los abandonos, de las soledades, de las acciones y de los sacrilegios...

«Pero, Padre mío, no se haga mi voluntad sino la tuya»... «no como Yo quiero sino como Tú»... «**FIAT**, hágase tu voluntad»

Si tu voluntad es que Yo beba entero y hasta sus heces, sin que una gota falte, el cáliz que me ofreces, Padre mío, **FIAT**, hágase así.

Pero que este cáliz no sea estéril e infructuoso; no sea para ruina y perdición de los infelices que me lo hacen beber. “perdónales porque no saben lo que hacen».

Y Jesús, con infinito amor, se ofrece a su Padre y, tal vez, repite la oración que momentos antes, había hecho en el Cenáculo o a la entrada del huerto (*S. Juan, XVII*). «Padre, llega la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique... Yo te he glorificado sobre la tierra; he terminado la obra que me encargaste hacer... He manifestado tu nombre a los hombres, que Tú me has dado del mundo... Por éstas te

ruego... por los que me has dado, porque son tuyos...; guárdalos, por tu santo nombre... para que sean una cosa, como lo somos nosotros. Mientras estaba Yo con ellos, Yo los guardaba en tu nombre...Pero ahora voy a Ti... Yo les he dado tu palabra y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del malo... Yo me sacrifico por ellos, para que sean consagrados con la verdad...»

«Mas no sólo te pido por ellos, sino también por los que han de creer en Mí... a fin de que todos sean una cosa, como Tú, oh Padre, en Mí y yo en Ti, para, que también ellos sean una cosa, con nosotros. Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado a ellos, como me has amado a Mí. Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde Yo estoy, a fin que contemplen mi gloria».

¡Qué bondad y qué amor el tuyo, Jesús mío!

Los hombres se confabulan para decretar con apariencias legales, tu muerte un infame patíbulo y Tú, entra tanto, negocias, lleno de amor y de misericordia, su salvación, ofreciéndote en holocausto de expiación por sus pecados, a tu santísimo Padre.

Ellos, ingratos, con sus crímenes, provocan la ira divina contra los hijos disidentes; Tú, para aplacarla, con un «Fiat» generoso te constituyes víctima de amor por aquellos, cabalmente, cuyo odio te va a sacrificar.

Ellos, con satánico furor, avanzan sigilosamente por el valle, hacia el huerto para echarte sus cadenas y arrastrarte al patíbulo de la cruz. Pero Tú, con infinito amor y lleno de compasión y misericordia,, soltarás tus venas para derramar, por propia voluntad, tu divina sangre como primicia de la redención de ellos, queriendo, en cierto modo, adelantar a tu Padre su rescate por el crimen de deicidio que van a consumir.

Ellos, sedientos de tu sangre, que no les importa que caiga sobre sus cabezas, van a su propia desventura; y Tú, sediento de amor, con infinita ternura la derramas por y por ellos y sus hijos.

¡Oh, ruindad incalificable de un pueblo cegado por su propia -
malicia! ¡Oh, misterio actor infinito de un Redentor cuya misericordia
no excluye a los verdugos que con perfidia le condenan y le ejecutan!
(Pausa)

Vuelve, ¡oh, alma mía! y contempla aquí este piadoso
Monumento y ahí, en místico Gesteamos, ve a tu divino Redentor Jesús,
postrado humildemente ante el acatamiento de su Eterno Padre. Y
recuerda lo que te dicen historias no hace mucho pasadas.

Es aquel mismo Jesús, que en tierras donde es dueño y señor su
eterno enemigo, es llevado, dentro de una caja de pastillas, por un
sacerdote, disfrazado de verdugo. Es aquel Jesús que entra en la celda
de un héroe prisionero, en el interior de un sello o tableta de aspirina. Es
aquel mansísimo Cordero que habla entre los escombros de un templo
profanado. Es aquel Nazareno, de nuevo abofeteado, escupido,
escarnecido, blasfemado, azotado, coronado y crucificado por salvajes
perseguidores. Es aquel Corazón alanceado por la traición de hijos que
han renegado de su bondad y de su amor infinito.

Y ese Jesús, en cuyas dolorosas agonías de Getsemaní cayeron,
como peso abrumador, hechos tan monstruosos y en cuyas mortales
tristezas y angustias repercutieron estas humillaciones, sacrilegios, odios
persecuciones y martirios sin cuento, perpetrados y repetidos un día no
tan lejano en nuestra maltratada Patria; ese Jesús gime en oración
humilde y confiada y suplicante, repitiendo las palabras que un día
brotaron de sus labios divinos entre las angustias del Huerto santo
«Pater... transeat calix iste». Padre amoroso, pase pronto este amargo y
doloroso cáliz, que Yo he apurado y que hoy hacéis apurar a tantos de
vuestros hijos.

«Sálvame seguirá diciendo, con el Profeta real-sálvame, Padre,
porque han entrado las aguas hasta mi alma. Sumergido estoy en el
cieno del profundo y no hay consistencia.. Me cansé de dar voces,
enronquecieron mis fauces; desfallecieron mis ojos, mientras espero
en (TI), mi Dios. Se han multiplicado sobre los cabellos de mi cabeza
los que me aborrecen sin razón. Se han robustecido mis enemigos, que

me persiguen injustamente. Soy inocente y soy tratado reo... Por tu causa he sufrido afrenta, cubrió la vergüenza mi rostro... He sido hecho extraño a mis hermanos y forastero a los hijos de mi madre... Cubrí con ayuno mi alma y puse cilicio por vestido y se me convirtió en afrenta y en fábula para ellos. Contra Mí hablaban los que se sentaban a la puerta y me dirigían coplas los que bebían vino.

Pero yo dirijo a Ti mi oración, oh mi Dios. Óyeme, según la muchedumbre de tu misericordia, sácame del lodo... líbrame de aquellos que me aborrecen... No me anegue la tempestad ni me trague la sima... Óyeme, Señor, porque benigna es tu misericordia... No apartes tu rostro de tu Hijo, porque estoy atribulado; óyeme prontamente... Atiende a mi alma y líbrala de mis enemigos. A tu vista están todos los que me atribulan... Esperé que alguno se entristeciese conmigo y no lo hubo; y que alguno me consolase y no lo hallé (*Salmo 68*)

¡Oh, Jesús, perseguido y atribulado! buscas consoladores entre tus amigos y no los hubo; en cambio, los enemigos se han confabulado contra Ti. La Historia se repite; así hoy y así un día en el Huerto.

Punto III.-Indiferencia de los amigos

Vuelve, alma mía, tu pensamiento corazón al Monte santo de las Olivas...Jesús levanta su fatigado cuerpo; alza sus ojos desencajados, que instintivamente buscan un alivio, y, estremeciéndose con el escalofrío de la agonía, se dirige al arrimo de sus fieles amigos, repitiendo tal vez, en el trayecto: « ¡Ay! ¡Estoy triste! ¡Triste está mi alma! ¡Triste mi Corazón!...»

Y al acercarse... ¡Oh, desengaño amargo! Sus íntimos, a quienes de la manera más clara y elocuente había descubierto las tristezas mortales de su alma, insensiblemente se han dormido. Los contempla con dolor... comparando su actitud con la de su traidor e infiel apóstol Judas, que no duerme, y, así, su angustia se acrecienta...¡No tengo un amigo fiel! ¡Oh, Padre! ¡oh, Madre! ¿dónde estáis? ¡Qué solo estoy!

E inclinándose extiende su mano y sacude dulcemente a Simón Pedro, diciéndole al oído: «Simón, ¿duermes?» Pedro abre sus ojos y,

avergonzado y confundido, mira a su amante Maestro sin atreverse a pronunciar una palabra. Y dícele Jesús: ¿No habéis podido velar una hora conmigo? ¿Tan ferviente y generoso en promesas y tan flaco, insensible y ruin en las obras!... «Velad y orad para que no entréis en tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca».

Y tú, Juan, que tan preferido y amado eres de tu dulce Maestro, tú que has llegado a sentir las violentas sacudidas y palpitaciones del Corazón de tu Maestro, cuando sobre El has recostado tu cabeza, tú Juan, ¿también duermes? ¿así pagas sus predicaciones? ¿así correspondes a sus finezas? ¿así vuelves amor a Quien con exceso te ha distinguido con el suyo?

¡Oh, divino Maestro! ¡Qué pequeño, que flaco, qué ingrato es el corazón humano! ¡qué poco te ha valido, en esta ocasión, la predilección de cariño con que preveniste los corazones de tus más íntimos escogidos! ¡Oh! ¿dónde hallarás alivio a tu dolor, consuelo a tus penas y tristezas y aliento y valor a tus grandes flaquezas sino en tu Eterno Padre?

Y, vuelto a su soledad, Jesús sigue orando. (Pausa).

¡Oh, sí, alma mía, también ahora sigue Jesús orando al Padre.

Y, entre tanto... ¡Oh, confusión!... sus amigos, sus preferidos en gracia y amor, a pocos pasos de su terrible soledad, duermen, insensibles, en el olvido culpable de su deber y de sus promesas...

Duerme, ¡sí, esa alma que no quiere molestar en madrugar un poco más para oír con fervor una misa diaria, y duerme aquélla que no comulga todos los días con especial piedad, fe y amor, y duerme esa otra que, por lo menos, un cuarto de hora no es capaz de acompañar íntimamente en su Sagrario, a Jesús, su eterno amigo, y duermen ¡oh, sí! y acaso levantan bandera de rebelión, aquellas personas que, con escándalo de otras, se dejan arrastrar de la gula, del regalo, del lujo, de la inmodestia, de la sensualidad, del espectáculo y del libro licencioso...

¡Oh, dolor! ¡Oh, insensibilidad del humano corazón! ¡Duermen los amigos de Jesús y se entregan al capricho, a la vanidad y al placer cuando Él, el Amigo-Dios, con lágrimas de sangre, llora la desolación de la tierra; llora la espantosa orfandad de su amada Iglesia; llora los

males de su pueblo querido; llora el extravío y la apostasía de muchas almas y la perdición y condenación de otras innumerables, que mueren de espaldas a la Redención. (Pausa).

. . .

Pero, ¡oh, Jesús dulce y amado! ¡Basta de llanto y consuélate! Una legión de almas te seguimos en esta soledad de tu amargo Getsemaní. Nosotras, con el poder de tu gracia dispuesta a velar junto a Ti, oramos contigo. ¡Oh, no, no estarás solo, porque nosotras hemos jurado seguirte, no sólo en la gloria del Tabor y del Cenáculo, sino también en el sacrificio de Getsemaní y Gólgota!

Como Tú, con un «**Fiat**» generoso y nos hemos ofrecido al sacrificio. De espaldas al mundo, por la pureza, y mártires en el sacrificio por la abnegación y el vencimiento y la austeridad de Getsemani–Gólgota, te amaremos con amor de serafín, pidiendo tu triunfo y tu Reino de amor en España y en el mundo.

Unidas, a Ti, en este místico Huerto Santo, velamos y oramos. Escúchanos, Señor, y presenta ante el Trono de tu Eterno Padre nuestros gemidos, que son los que un día salieron de la boca de tu real Profeta y que nosotras repetimos en esta soldad: « ¡Oh, Dios, vinieron las naciones a tu heredad, contaminaron tu santo templo, redujeron a Jerusalén en cabaña de guardar frutas. Dieron los cadáveres de tus siervos por comida a las aves del cielo: las carnes de tus santos a las bestias de la tierra. Derramaron la sangre de ellos, como agua alrededor de Jerusalén, y no había quien sepultase. Hemos sido hechos el oprobio, el escarnio y la befa de aquéllos que están alrededor de nosotros. ¿Hasta cuándo, Señor, te enojarás por siempre y se encenderá como fuego tu celo? Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre, porque han devorado a Jacob, han asolado su habitación. No te acuerdes de nuestras maldades antiguas, anticípense a nosotros, prontamente, tus misericordias, porque hemos quedado pobres en demasía. Ayúdanos, Dios, Salvador nuestro, y por la gloria de tu Nombre, Señor, líbranos y sé propicio a nuestros pecados por amor de tu Nombre. Entre en tu presencia el gemido de los presos. Según la grandeza de tú brazo, conserva a los hijos de los que han sido

mueertos y nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu rebaño, te alabaremos siempre y de generación en generación, anunciaremos tus alabanzas».

¡Oh, sí, te confesaremos y te anunciáramos como Amigo y Esposo y Rey de amor. Tú, Señor, lo has prometido, Tú reirás. Contra todas las potestades infernales que se han desatado para vencerte:

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.

Una Sinagoga de poderosos persiguen nuestras almas, redimidas por tu preciosa sangre, pero vencida por tu brazo omnipotente.

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.

Sectas anti-sociales y anti-cristianas, luchan contra la justicia y contra tu Evangelio; pero Tú...

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.

Sí, Jesús amigo, creemos firmemente en tu promesa; cuando los hombres de buena voluntad se den el abrazo de reconciliación y de fraternidad cristiana; entonces:

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás amor.

En la escuela y en la academia, en la tribuna y en el bufete, en los códigos y es las leyes, en el libro y en la prensa, en la fábrica, taller y oficina, en el palacio y en la cabaña, en la población y en la soledad... será faro iluminador la luz de tu santo Evangelio, y allí:

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.

El niño con su candor, el joven con sus ardores, el mayor con su reflexión madura y el anciano con su experiencia, pondrán en Ti su mirada, y en sus corazones:

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.

El legislador y el guerrero, la autoridad y el súbdito, el negociante y el pacífico rentista, el amo y el obrero, el padre y los hijos, el rico y el pobre... todos, en la paz de Cristo, buscarán el Reino de Cristo y entonces, si, entonces:

R. ¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor. **Amén.**

San Sebastián, 19 Marzo 1938

Décima Hora Santa

El Señor vela por mí

Más yo dormiré en paz y descansaré.

(Salmo IV, 9).

Sí, dulcísimo Maestro mío, en paz a tu lado dormiré y descansaré. Pero mi descanso no es para dormir olvidada de Ti; es sueño en el que no se interrumpe el amor del corazón; es descanso en el que el alma vive en intensa actividad y en dulcísima contemplación; éste es el sueño y el descanso que quiero, Señor, a tu lado en esta piadosa Hora Santa.

Dame, ¡oh dulce Jesús! el reposo interior; duerman las pasiones, duerman las preocupaciones, duerman los cuidados de la vida, duerman los sentidos en el silencio y en la quietud de una paz sobrenatural; descansa en mí todo, todo tenga reposo y tranquilidad a tu lado; sólo mi espíritu, desprendido de la tierra, y hasta de mi mismo cuerpo, vuela recogido hacia Ti; y mi corazón, sin desorden de afectos inconvenientes, en calma, como la barca en tranquilas aguas, mecida suavemente por el soplo del divino Espíritu y los impulsos de un amor puro y delicado, velará en Hora Santa de Getsemaní, ahí, a tu lado y contigo.

¡Oh dulce y soberano Maestro Jesús! Dame una hora de paz y descanso interior, para vivir, sin estorbos de aquí abajo, en actividad divina, en tu acatamiento.

Levántame hacia Ti; arráncame de la tierra, haz noche en mí, para que en sus sombras duerman las cosas y los cuidados de ellas;

llévame a Getsemaní solitario, y a la luz de tus rayos divinos, viva yo como Moisés en el Sinaí, como Juan en el Tabor, como Margarita en la penumbra de la lámpara junto al Sagrario.

¡Getsemaní, santuario de oración del Maestro! ¡Hablad, oh vetustos olivos, a cuya sombra recostado habló El con su Padre en altísima contemplación; decidnos lo que pasó durante la última y trágica noche en esta misteriosa soledad! (Pausa).

Punto I.- Condescendencia de Jesús

Ven, hermanita amada; entremos en el Huerto. Acércate, no temas; ya no va a decirte el Maestro divino «que está triste», aun cuando le sobran motivos para sentirse abatido hasta la muerte.

Pasó victorioso el primero y más terrible combate; se ha calmado la tempestad; el huracán furioso, desencadenado por el enemigo contra el alma santísima de Jesús, ha cesado; las angustias y tedios, los escalofríos y temblores, los hastíos, agonías y sudores sangrientos de muerte se han disipado; el ángel confortador ahuyenta a Luzbel y la serenidad y la paz, con la fortaleza y la generosidad, reinan en el Corazón de Jesús.

Acércate, hermanita, mírale ahora sentado al arrimo de un olivo; aún respira con fatiga; `su Corazón vuelve lentamente a su calma habitual; con el sudario o con el borde de su manto recoge las últimas gotas de sudor de sangre, que todavía brillan en su frente divina...

Su mirada dulce y amorosa se posa en los amigos que a su lado duermen; para ellos son sus primeras palabras; escúchalas, amada hermanita.

«Dormid ya y descansad»... (*Mat. XXVI*). Como si quisiera decirles: «Lo que de vosotros esperaba (y para eso os invitó a venir a este Huerto), me lo ha remediado con ventaja mi Padre Eterno, enviándome un ángel confortador, el cual ha disipado todas mis angustias y tristezas de 59

muerte; podéis, pues, seguir descansando, hasta que llegue el momento de entregarme; dormid ya... seguros».

Veamos, a través de estas palabras, hasta qué extremo llega la amabilidad y con-descendencia del divino Maestro.

En efecto; revelando amarguísimas tristezas al entrar en el Huerto, habíales suplicado con gran insistencia: permaneced aquí conmigo en vela y oración, y ellos trataron de hacerlo; pero... ¡pobre fragilidad humana! fracasó su buen deseo y se durmieron. Cuando al cabo de una hora, creciendo los tormentos de su alma, volvió Jesús en demanda de auxilio y consuelo, los halló dormidos. Insistió con vehemencia: «velad y orad» les dijo. Y oró El en su soledad. Y creciendo sus terribles angustias, tornó al lado de sus amigos, y... ¡oh desconsuelo! otra vez dormían insensibles.

Dejólos en paz (era inútil toda recomendación) y volvió el agonizante Jesús a redoblar su oración: «Padre, si es posible...» ¡Momento terrible! Ni el cielo ni la tierra atendían al Señor. ¡Oh! en su abandono, el corazón ha estallado de dolor, y con violentísima sacudida, hace manar por todos sus poros copioso sudor de sangre..., y ellos... sus amigos... siguen dormidos tranquilamente... Se prolonga la oración: «Padre mío...»

La oración omnipotente por fin traspasa los cielos, y un ángel, en nombre del Padre, disipa aquellas tinieblas, calma la tempestad y lleva confortadora serenidad al Corazón de Jesús.

¡Ahora todo ha cambiado! Jesús vuelve a sus amigos. Pero ya no pide auxilio; no lo necesita de ellos. Ahora es Él el que viene a prestar auxilio y consuelo a los amedrentados discípulos: «Dormid ya, les dice, y descansad, que aquí me quedo yo a vuestro lado, cuidándoos como vigilante Pastor».

Aquel Hombre-Dios, que, momentos antes, se sentía débil y cobarde, hasta el extremo de solicitar el arrimo bienhechor de sus amigos; ahora, trocado en esforzado atleta, sereno, sobreponiéndose a los tormentos que se le avecinan, espera tranquilo la hora de ser sacrificado, y, entre tanto, no olvida su divino oficio de vigilantísimo Pastor, que vela sobre las amadas ovejas de su rebaño.

¡Afortunadas ovejitas! ¡dormid y descansad sin temor; aquí a vuestro lado vela atento vuestro amado Pastor!

¡Oh Jesús! ¡qué pronto olvidáis la frialdad y olvido con que ellos han respondido a vuestros apremiantes requerimientos! Las palabras del Cenáculo: Padre, he guardado a los que me diste, queréis seguir cumpliéndolas hasta el fin.

«El amor no es egoísta», dirá un día vuestro gran Apóstol, y lo probáis Vos con sublime ejemplo. Ya casi os olvidáis de nuestra propia suerte, para no cuidaros más que de la de vuestros hijitos; y lo hacéis tan bien, que ellos no se preocupan de la suya. Bien os conocen; estando Vos a su lado, convertido en una tierna Madre, ¿qué les puede faltar...? Muy tranquilo esta el niño, cuando a su lado su madre mece la cuna.

A la intemperie, en campo solitario y en noche cerrada y oscura duermen los discípulos porque a su lado guarda su sueño el amado Maestro y Buen Pastor... ; Oh amor infinito de un Dios-Hombre. (Pausa).

Punto II.-Vela desde el Sagrario

¡Sagrario-Getsemaní! Ahí está, hermanita esposa, míralo; Él es; en el solitario Getsemaní del Sagrario se renuevan místicamente estas escenas misteriosas.

Ahí está; hastiado unas veces y abrumo otras con el peso de las ingratitudes humanas; asqueado y fastidiado por tantas almas que se acercan a El cubiertas con la repugnante lepra de la sensualidad; triste por lo infructuoso de sus sacrificios y por la perdición de tantas almas; temblando ante la constante amenaza de la justicia divina, provocada por las iniquidades de los pecadores; ofreciendo para aplacarla el sacrificio incruento de su Sangre, que, a torrentes, corre por la mesa de los altares.. y rogando al Padre con oración de Getsemaní, pasa que, si es posible, pase de una vez, pase siempre el cáliz tan amargo de sus agonías.

¡Ahí está! ¡Míralo, hermanita, Él es, Jesús del Sagrario-Getsemaní!

Bien hacen las almas reparadoras en acompañar sus soledades sombras en vela fervorosa y amante de desagravio y en amor de sacrificio.

¡Oh, sí, es verdad! Aspecto tétrico y doloroso de un Getsemaní tiene, por desgracia, muchísimas veces el sombrío Sagrario de nuestros templos... ¡Cuánto ha sufrido el Corazón divino, cuando sobre Él ha gravitado el peso de tan espantosas agonías! ¡Y cuánto le habrán aliviado las continuas y fervorosas reparaciones con que las almas amantes le acompañaron entonces...!

Pero también tiene Jesús momentos apacibles momentos apacibles es en la dulce soledad de esos Sagrario...

Confortado por el ángel de Getsemaní, por otros miles que le escoltan vigilantes cerca de su Prisión de Amor, donde tampoco faltan purísimos ángeles en carne humana, su Corazón amoroso ha de sentir suaves emociones de paz y de amor.

Sobreponiéndose a las negras ingratitudes y abandonos culpables de almas ruines e insensibles, Jesús, ahí, en la Hostia, humilde y sereno, reposa y, como Buen Pastor, vela las vigiliass de su rebaño, que paze y duerme tranquilo al arrimo d su cayado.

¡Oh, qué interesante y tierno es este oficio de Jesús en la soledad del Sagrario!

«¡Yo soy el Buen Pastor», dice ahí, como la dijo en las montañas de Judea. Y; qué bueno es, en efecto! ¡con qué solicitud cuida sus ovejas! Su única preocupación, su vida toda... son sus ovejas; por ellas mira, a ellas atiende, las guía, las apacienta las defiende. El Buen Pastor da la vida por sus ovejas; por ellas da Jesús su vida; por ellas la dio y sigue dándola por cada una de ellas.

«*Yo conozco las mías...*» ¡Oh, sí! ¡bien las conoces, Señor!.; las conoces una por una 'y por su nombre; las que están aquí cerca de Ti, y las que huyen de tu aprisco; conoces sus obras, conoces sus intenciones, sus fragilidades, sus debilidades, sus caídas, sus heridas, sus miserias y sus graves necesidades...

«Y las más me conocen... » ¡Oh, si todas fuesen tuyas y te conociesen! Las que te conocen son tuyas, y las tuyas bien te conocen están contigo, te siguen con fidelidad... ¿Quién, conociéndote, no te seguirá? Si alguien no te sigue, es porque no te conoce, pues conocerte y no seguirte es imposible.

¡Oh Jesús! Si los Sagrarios están solitarios, es porque ignoran el misterio de tu divina presencia. ¡Señor, Tú sigues solo aquí como en Getsemaní, porque los que no te conocen andan lejos y ¡ay! los que te conocen... muchos duermen! De tu misma seguridad abusan, como aquellos tres discípulos del Huerto, para regalarse en su comodidad egoísta a tu sombra; y tú, Jesús, tan bueno eres, que, para regalarlos mejor, meces su cuna sentado a su cabecera. ¡Señor! ¿estás loco?... ¡Y todavía dudamos de tu Amor... !! (Pausa).

. . .

Estamos en calma; ha terminado una guerra cruel e inhumana; ha vuelto la serenidad para Ti y para nosotros; tu Corazón y místico Cuerpo la Iglesia han pasado terribles angustias de muerte; Getsemaní y Calvario sangriento a la vez ha sido para Ti y para nosotros la pasada persecución cruenta y dolorosa.

A las horas de tedio, de espanto y de abandonos con que la justicia de tu Padre nos ha probado, ha sucedido la paz y la serenidad. El ángel de la, Patria ha confortado nuestros pobres corazones.

Y Tú, Señor, el más probado y perseguido y odiado de todos, Tú, después de un espantoso Getsemaní y Calvario, vuelves... enjugando las lágrimas y secando con el borde de tu manto de grana la sangre de los mártires que ha caído en tu rostro divino y en la herida de tu Corazón; vuelves, llamando con silbidos de Pastor amante a las ovejas que la tempestad dispersó...; vuelves al lado de los tuyos, para decirles con ternura infinita: «*Dormite jam*» «Dormid y descansad. No temáis ya; ha cesado la tempestad; a vuestro lado estoy... estoy ya con vosotras, mis amadas ovejas: «Dormid ya...» Venid, venid, ovejitas más, venid a mi lado; y a la sombra de mi cayado no hayáis miedo; tranquilizaos, respirad y descansad... «He aquí que yo estoy con vosotros...», ya estoy otra vez con vosotras...

¡Oh, Jesús! «Quédate con nosotros...» Sí, sin Ti, la soledad en la vida es triste y sombría. «*Quédate con nosotros...*» Los pueblos sin Ti se convierten en recuas de esclavos sin libertad, sin paz y sin vida; las almas sin Ti son miserables huérfanos a merced de explotadores sin piedad. «*Quédate, Señor con nosotros*», que la tempestad, alejada ya de nosotros, todavía ¡oh sí! todavía deja oír sus bramidos de huracán lejano, que no acaba de calmarse. «*Quédate Jesús...*», que no vuelva para tus ovejitas una noche tan oscura y una tempestad tan violenta como la pasada... « ¡*Quédate, Jesús!*

Punto III.-El descuido de los hombres

¡Oh,, hermanita!... Volvamos a Getsemaní. Con ellos queda Jesús. Es Pastor que da la vida por sus ovejas; por defenderlas, ahí estará en espera del lobo hambriento). Pudo escaparse del HUERTO; pero es El Buen Pastor, y con ellas se queda; su amar es más fuerte que la muerte; cumplirá, su palabra: «Mirad, que estoy con vosotros». Allí está, mírale, junto a un olivo, sereno y tranquilo, al cuidado de sus ovejitas, dispuesto a dar su vida por ellas.

¡Allí está...! y desde allí, como desde una atalaya, mira y observa, en guardia vigilante, los movimientos del enemigo.

Y ve en la otra falda, saliendo de la ciudad de Jerusalén, al que un día fue ovejita de su redil, compañero de aquellos que duermen a su lado, convertido en cabecilla de una patrulla de bandidos que vienen a prenderle... ¡Oh, infeliz Judas! ¡Ovejita, descarriada, que, dejando tus vellones de lana en la dehesa, te has escapado del acotado, convirtiéndote en lobo rapaz para devorar a tu Pastor!

¡Oh, hermanita! Pon atención, fíjate bien: Jesús a su derecha guarda el sueño de sus íntimos amigos, y, al mismo tiempo, allá a lo lejos, con mirada divina y quizás humana, ve la gran patrulla de gente, que, con antorchas y haces encendidos, arma de espadas y palos, baja por el lado del templo hacia el valle... Sigue Jesús atento, sereno y tranquilo el paso acelerado que trae; atraviesa el valle Josafat, vadea el río Cedrón... y comienza a subir la cuesta del Olivetti con precaución...

Ya se escucha El chocar de las armas, el ruido de los pasos, el murmullo bajo de las voces... Ya están a pocos pasos del amoroso Pastor, que les espera con asombrosa serenidad...

¡Oh, Jesús...! «*Venit hora... !*» Ha llegado la hora...; en tu mano está. ¿Qué haces, Maestro divino?... ¡Señor! ¡Huye, ponte en salvo...!

«¡Oh, no! Soy el buen Pastor; con mis ovejas he de estar... Con vosotros me entrego... por vosotros me entrego... vuestra suerte quiero seguir... ahora y hasta el fin de los siglos...» (Pausa).

La perspectiva del Huerto Santo es la de los Sagrarios abandonados. De allí no quiso huir; tampoco de aquí. Contempla ahí a Jesús sereno y tranquilo, al parecer acompañado, y de hecho solo, muy solo porque los que están con Él, a su lado, duermen despreocupados; en torno suyo, oscuridad y silencio; y allá lejos, patrullas que se mueven y se agitan en oculta conspiración contra Él; con intervención muchas veces de quienes un día se sentaron a su mesa y participaron de su amistad, de su apostolado, de sus predilecciones amorosas.

¡Descuido, abandono y frialdad por parte de sus amigos, a pesar de ser ellos los escogidos para acompañarle en su perpetuo Getsemaní; y conspiración secreta, cuando no persecución abierta, por parte de sus eternos enemigos!

Y Él, el Maestro amado, sentado junto al olivo solitario del Sagrario-Getsemaní..., sereno, amante, dispuesto a entregarse, y de hecho entregándose en manos de inhumanos verdugos...

¡Oh, Señor! ¿Por qué no huyes? ¿Por qué siempre ante el mismo panorama de abandono y de culpable sueño di los unos y de conspiración y de persecución de los otros? ¿Por qué siempre esperando al traidor y entregándote cada día y momento a nuevos sacrificios, a nuevos Calvarios, a nuevos verdugos, profanadores y sacrílegos ¿Cómo, Señor, al correr de tantos años y de tantos siglos, no has abandonado ese místico Huerto de tristezas y agonías? ¿Cómo no has huido? ¿Por qué, Jesús de los abandonos, por qué no huyes ¿quién y qué te detiene?

«¡Soy el buen Pastor! Mis ovejas reclaman los cuidados de su Pastor; y tanto las amo que me es imposible abandonarlas en la selva; el

Amor me detiene, las amo, y por ellas y para ellas sigo dando la vida; por su amor sigo entregándome a los lobos...!» (*Pausa*)

¡Oh, qué triste y sombrío y desgarrador es el cuadro de este perpetuo Getsemaní!

¡Oh, hermanita! ¿no tendría Jesús allí, en el inmenso panorama de sus abandonos y persecuciones del Huerto, un pequeña oasis, un punto de cielo, una ráfaga de luz, de aliento, de esperanza, de consuelo, de amor?

¡Oh, sí!... En Betania, o acaso en el mismo Cenáculo, un grupo de almas que no duermen, que no podrán ser indiferentes, velan en la más encendida y piadosa Hora Santa. ¡La Virgen, su Santísima Madre! ¡Imposible que ella se haya entregado al sueño en aquella triste noche! En vela está la Madre, y acompañándola están las piadosas mujeres de Jerusalén; velan todas mucho más diligentes que los discípulos de Getsemaní. Los ojos divinos de Jesús descubren, entre las sombras de aquella soledad, la dulcísima compañía de aquellas almas, que oran recogidas, llorando la ausencia y la suerte de Aquel, a quien sus almas siguen unidas tanto más fuertemente, cuanto más arrancadas se hallan de su presencia.

Suficientemente conoció la Madre y por ella las demás, el significado de aquella despedida del Hijo amado; el misterio de la Redención, desde aquella memorable noche, iba a tener su continuación en otro gran misterio de dolor y muerte; y, si noche de agonías fue aquella para su Hijo, no pudo dejar de serlo para su Madre; su Madre, que, dotada de sensibilidad vivísima, gustaría los muy amargos sorbos del cáliz que Jesús bebía en el Huerto.

María, pues, triste hasta la muerte, desde su soledad debió acompañar a Jesús en sus agonías y abandonos de Getsemaní, como la hará a su lado en las agonías y abandonos del calvario.

¿Es que Jesús no le diría en el último momento de su despedida, como se lo dijo en el Huerto a sus discípulos: «velad y orad»?

Y ¡qué bien lo cumplieron las piadosas mujeres! ¡Qué dulce bálsamo de consuelo aquel, y que suavemente, caía en las dolorosas

llagas, que en el Corazón despedazado de Jesús abrió la terrible agonía de sangre!

Después del ángel ¡cuánto debió alentarle y confortarle esta recogida e íntima Hora santa de su Madre! (Pausa)

. . .

¡Oh, Jesús! No todo ha de ser triste y tétrico en las soledades perpetuas de tus Sagrarios-Getsemanís. Ahí, si almas soñolientas duermen a tu lado, si conspiradores ocultos y perseguidores manifiestos te acechan por doquier, también almas fidelísimamente amantes te acompañan en devota «vela y oración». ¡Oh, sí, Jesús de Getsemaní, Jesús del Sagrario! no estás solo en tus abandonos. Mira, Señor; vuelve tus ojos a la soledad de tantos claustros... a los escondidos «retiros» de la Alianza, a muchos improvisados Cenáculos, en medio del mundo. Tu Madre Virgen, y hasta la Magdalena penitente tienen aquí, siguiéndote a través de los tiempos, continuadoras de su misión consoladora; almas vírgenes y almas castas y penitentes, que oran y velan a tu lado, cuando muchas perezosas duermen y otras conspiran con odio.

Vuelve, Jesús, Maestro divino, a estas corazones, vuelve tus ojos a esta asamblea de almas consagradas a Ti por una Alianza de pureza, de amor y de sacrificio; ella, en medio de la corrupción del mundo, velan solícitas en los Getsemanís de sus Parroquias; ellas velan y oran hoy aquí en solemne Hora Santa.

Recuerda, Jesús, a tu Madre... ¡Somos sus hijos de predilección, y su misión de desagravio la cumplimos hoy y la cumpliremos hasta el fin! Mientras vivas en ese Sagrario-Getsemaní, nosotras seguiremos en vela a tu lado; si, estaremos contigo. *¡Jesús no te vayas...!*

R. ¡Señor, quédate con nosotros!

Aun cuando Pedro, Juan y Santiago, y muchos de los que en su lugar y nombre te acompañan hoy por especial misión en tus altares, te sean descuidados, perezosos o ingratos...! ¡Jesús no te vayas...!

R. ¡Señor, quédate con nosotros!

En los mismos claustros ¡oh dolor! duermen alguna vez los tuyos en noche tibia, y tu morada entre sus propios muros está convertida en triste Getsemaní... ¡Qué desengaño ! Pero no, ¡Jesús, no te vayas!

R. ¡Señor, quédate con nosotros! 63

Muchas son las almas, que hasta el Cenáculo se precian de ser tus fieles discípulos; pero que te abandonan a la entrada de Getsemaní, al encontrarse con el sacrificio y el vencimiento costoso y difícil, dejándote solo y desamparado...; mas ¡ oh, Jesús, súpelo y no te vayas!

R. ¡Señor, quédate con nosotros!

Es más. Verás muchas veces alrededor de Ti una triste soledad; tu templo desierto, tu mesa divina vacía, o a lo más frecuente por almas indiferentes, irreverentes, mundanas y... tal vez sacrílegas. ¡Oh, ten paciencia! ¡Jesús, no te vayas!

R. ¡Señor, quédate con nosotros!

Y que cuando veas a tu lado a un «pueblo que sólo te alaba con los labios y su corazón, está lejos de Ti»; que hace alarde de un culto vano, sin piedad, de puro espectáculo, sin espíritu, sin alma, sin vida; cuando te veas solo, rodeado de un pueblo que no te siente. ¡Oh, espera, Jesús, no te vayas!

R. ¡Señor, quédate con nosotros!

Te diré más, Señor. Cerca de Ti verás tal vez nuevas sinagogas de falsos fariseos; conspiradores ocultos, disfrazados acaso con librea de apóstol, que, en secretos conciliábulos, traman contra tu divina realeza y contra la Santa Iglesia que Tú has fundado. Pero, Señor, Tú eres nuestro Rey. ¡Oh, Jesús, no te vayas!

R. ¡Señor, quédate con nosotros!

¡Oh sí, quédate! Siempre habrá en mundo almas que quieran estar contigo, tú. Señor, debes estar con ellas. ¡Quédate porque ellas te seguirán al Cenáculo, Huerto, a Getsemaní; en la calle de la Amargura, en el Calvario, en el Sepulcro! ¡Quédate, Jesús, quédate con nosotros para que nosotros estemos contigo ahora eternamente! Así sea.

Burlada, 8 Agosto 1938

Undécima Hora Santa

Jesús y Judas

**Levantaos y vámonos; he ahí se acerca
el que me ha de entregar».**

(Math. XXVI, 46).

Punto I.- Levantaos y vámonos.

Así, amadísimas hermanitas, dijo un día Jesús en Getsemaní a sus tres amados discípulos que dormían a su lado, mientras El velaba y veía cómo desde la ciudad salían en tropel sus enemigos, atravesaban el valle y el río Cedrón y subían hacia el Huerto Santo.

Velaba Jesús, y, cuando Judas estuvo a pocos pasos de Él, llamó a los tres y dijo: Levantaos y vámonos; ya se acerca el que me ha de entregar». Entonces Jesús se adelantó y se adelantó también Judas; los amigos de ambos quedaron a distancia y el Maestro Divino y su desgraciado discípulo se encontraron solos, cara a cara, se miraron y se saludaron. ¡Qué saludo el de Jesús y que saluda el de Judas! ¡Que Corazón el de Jesús y qué corazón el Judas! ¡Qué beso el de Jesús y qué besó el de Judas... ! (*Pausa*).

Jesús ha dicho a los ángeles que van a ser custodios de éste nuevo Sagrario en la Casa de la Alianza, donde día y noche harán ellos guardia de honor en adoración profunda y perpetua. «Levantaos y vámonos...»

Sí, hermanitas, cuando el representante de nuestro Rvdmo. Prelado iba a pronunciar las palabras de la Consagración. Jesús ha dicho

a sus ángeles: «Levantaos vámonos...» Vámonos a un nuevo Sagrario que Yo me he elegido para Mí, para morada de mi amante Corazón; no es un Sagrario-Getsemaní; no es un Sagrario-Calvario; es un Sagrario-Betania, Sagrario- Cielo. No os diré que se acerca quien me ha de entregar; aquí no habrá traiciones os diré, pues, mejor que se acercan las se van a entregar a Mí, a mi Corazón, a mi Amor.

Se acerca la Alianza entera, la Alianza que se me va a entregar y Yo me adelanto, Yo salgo al encuentro... Una legión de almas pequeñas se entrega a Mí; levantan y vámonos...

Ya se acercan, reunidas están todas en magnífica representación en la Casa de la Alianza, purificadas y encendidas en santo retiro espiritual, en un recogido Cenáculo. Vámonos pronto, porque tiempo ha que me esperan; esperan a que Yo me acerque para en abrazo íntimo, fervoroso y encendido. Yo me entregaré a ellas y ellas se entregarán a Mí. Haré un pacto con ellas; serán siempre para Mí y Yo siempre para ellas. Hoy, día consagrado a mi Corazón, firmaré este pacto con ellas. Hace días entronizaron en sus salones la imagen de mi Divino Corazón; hoy me entronizarán a Mí en sus virginales corazones. .. (*Pausa*).

¡Sublime realidad, hermanitas, la de Jesús que se entrega a nosotros y la de nosotros que nos entregamos a Él! ¡Qué consuelo, qué desagravio para el Corazón Jesús! Que, al entregarse El a las almas, las almas se entreguen a Él.

¡Oh! Jesús sigue entregándose; faltan almas que se entreguen a Él; las almas se entregan al mundo y entregan a Jesús a los verdugos. Nosotros nos hemos entregado a Él, como Él se ha entregado a nosotros. La Alianza se ha entregado a Jesús, cuando Jesús se ha entregado a la Alianza en su Casa. He ahí ese Sagrario; ahí se ha firmado el pacto. (*Pausa*).

Punto II.-También Jesús se ha entregado

Jesús y Judas se encontraron solos, los dos cara a cara; testigos son los amigos y los enemigos, los ángeles y el Cielo. Judas es el primero que saluda: «Dios te salve, Maestro», y le besó.

Jesús, amoroso y mansísimo, recibió aquel inmundo beso y le pagó con un abrazo... Sabía que aquel beso no pasaba más allá de los labios y que, en el fondo de su corazón, ardía en fuego infernal la pasión; lo disimuló Jesús con infinita dulzura y, como dos amigos, se besaron, se abrazaron: ¡Jesús y Judas! Jesús besa a Judas, no tal vez con los labios, pero sí con el Corazón, con el más compasivo, misericordioso, bondadoso y amante Corazón... ¡Inefables misterios de la caridad infinita de Jesús: Judas estampa en las divinas mejillas un beso frío, insensible, hipócrita..., traidor. He ahí lo inefable, lo inexplicable, lo incomprensible... He ahí el colmo del amor y el colmo de la ingratitud...; he ahí dos abismos... (Pausa).

¡Oh, hermanita! Vamos a un Sagrario-Getsemaní. Jesús sale de aquel divino Huerto... «Ya se acerca el que me ha de entregar... vámonos», dice al Sacerdote. Y, efecto, Judas, el alma pecadora, el alma fría, mundana e insensible se acerca hacia la reja del Comulgatorio... y se encuentran los dos, se miran... ¡Oh, quién pudiera sorprender estas dos miradas! «Dios te salve, Maestro», dice el alma, tomándole en la boca, sepultándole tal vez en un corazón inmundo. Y Jesús, cordero mansísimo, se entrega con asombrosa caridad y misericordia; se da sin protesta, se da sin reserva, se da totalmente, se da con infinito amor.

Y el alma que le recibe en culpa mortal, le entrega con un beso farisaico a una nueva pasión, a un sacrílego Caifás, a un deshonesto Herodes, a un cobarde Pilatos, a un revuelto populacho, a unos crueles verdugos, a una dolorosa crucifixión...

Cierto; el alma mundana, que fríamente recibe a Jesús, le entrega a una nueva flagelación, al sarcasmo de una coronación de dolorosas espinas, a los insultos y desprecios de la plebe que se mofa de Él.

¿Y qué decir de las almas piadosas que buscan el beso divino para su propio regalo o gozo interior sensible, que saben cómo se entrega a ellas, pero que no se entregan a Él? No saben estas que la Comunión verdadera es acto de mutuas donaciones, de mutuas entregas; que Jesús se da al alma, para que el alma se dé a Jesús.

¡Pobres almas que para Jesús no tienen más que un beso frío e indiferente que tan solo significa un simple cumplido de sociedad un beso piadoso, superficial y sin amor!

Sm almas que todo lo han dado a la vanidad, a los regalos de la vida, a los atractivos del mundo, a las satisfacciones de su egoísmo, a los placeres y contentamientos de la carne, y para Jesús no guardan más que un beso frío e indiferente.

Y a ellas se acerca Jesús todos los días a ellas se entrega con infinita bondad...

Me asombra, Señor, tanta bondad. tanta misericordia, tanta caridad y amor. Os dais todo, os dais todo en esos Huertos-Sagrarios, para no recibir más que el falso abrazo que os vende.

Las almas comulgan con Vos, más Vos no comulgáis con ellas, porque no se es dan, como Vos os dais a ellas. No se cumplen, como Vos quisierais, aquellas palabras que dirigisteis un día en la Sinagoga de Cafarnaúm: «El que come mi carne y bebe mi Sangre, en Mí mora y Yo en él». Vos estáis en ellas... ¡inefable misterio de amor!; pero ellas... ¡Oh! digamos la verdad; os dieron un beso con los labios, más su corazón no entró; se fue lejos de Vos.

¡Oh, hermanitas amadas! Hoy se comulga mucho, pero se comulga a medias; en las comuniones falta la verdadera compenetración que Jesús intenta y desea; las almas reciben a Jesús, a Jesús entero, a todo Jesús; pero Jesús no recibe a las alma porque las almas no se dejan recibir de Jesús, no se dan a Jesús, no se entregan...

¡Las almas comen a Jesús...! ¡Ah, sí almas se dejaran comer de Jesús...!

¡Dejarse comer! ¡Dejarse comer! Quiero decir: dejarse recibir de Jesús. Dejar que Él se apodere de las almas, de su inteligencia, de su libertad, de su voluntad, de su corazón, de su amor, de todo su ser... ¡Que me coma Jesús, que disponga de mí, que haga de mi lo que quiera... que me introduzca en su divinidad, en su Corazón, en sus llagas, en su sacrificio! ¡Esto es comulgar, esto es compenetrarse, esto es morar El en mí y yo en El!

Así vosotras habéis comulgado esta mañana. ¡Qué beso tan ardiente, tan sincero, tan amoroso entre Jesús y vosotras! ¡Qué hermosa, dulce y alegre la primera Comunión en la **CASA DE LA ALIANZA!**

Después de ocho días de Cenáculo y Pentecostés en soledad y silencio, habéis venido aquí a comulgar, a recibir a Jesús que se entrega en la Alianza, habéis venido a entregaros una por una a Jesús en la Obra y en nombre de la Obra; a daros mutuamente en donación perfecta y perpetua: Jesús a vosotras y vosotras a Jesús... (Pausa).

Punto III.- Amigo ¿a qué has venido?

Pero sigamos en el Huerto.

El Maestro Divino busca en el fondo de su bondadoso Corazón una palabra que sea capaz de conmover y ablandar el de su ingrato discípulo: ¡Amigo...! ¡Le llama amigo! Un día a Simón Pedro le llamó Satanás, porque trataba de impedir su sacrificio en la Cruz; ahora al traidor que le vende, le llama amigo. «Amigo ¿a qué has venido?» Con infinita ternura le invita a reflexionar. Es que, tal vez, Judas no se da cuenta de lo proyecta; la pasión del dinero le tiene cegado; ni cae en la cuenta de la gravedad de su crimen. «Amigo mío» aún es tiempo; mi Corazón te brinda una sincera y dulce amistad; piénsalo. Con la sangre divina de mis venas, puedo sellar o una perfecta amistad o tu eterna desventura. (Pausa).

¡Oh, Señor...! ¡y cuántas veces esta escena la veo repetida en el Huerto solitario de los Sagrarios!

Ha llegado allí un alma frívola, mundana, indiferente y ¡quién sabe si sacrílega!, y, al entregarte a ella en la santa Comunión, has dejado en el fondo de su corazón insensible esta palabra misteriosa: ¡Amigo! ¡Amigo mío! Si Yo no hubiera sido tu Amigo eterno, no te hubiera esperado en esta soledad, no hubiera llegado a ti, no me hubiera entregado a ti, Amigo tuyo soy. Amigo entrañable desde la eternidad, desde el pesebre, desde Nazaret, desde, la Cruz, desde este Sagrario... Por ser verdadero Amigo te he amado hasta el fin...

¿Y tu amigo mío ¿a qué has venido? ¿es por ventura una sincera y leal amistad la que te trae? ¿es el amor o es un falso o engañoso cumplido el que te ha movido a venir? ¿vienes a amarme,? ¿vienes a

darle, a entregarte, a consagrarte a mi Divino Corazón, o vienes por ventura a entregarme a Satanás? Dime, alma cristiana ¿a qué vienes?

Cogidas en este aprieto ¡cuántas de estas almas habrían de callar, como calló Judas, sin saber qué responder al Señor...! Por eso, estas almas, luego de comulgar y rezar de prisa tres o cuatro fórmulas, ya no son capaces de recogerse en su interior y conversar con su dulce Amigo, porque Este deja oír en el fondo de sus conciencias unas palabras de reproche triste, y ellas, al no saber qué responder al Maestro se arrancan de sus brazos y se van... No cabe un coloquio amistoso entre Jesús y un alma frívola, vana y mundana; porque Jesús inspira, llama e invita, y, el alma, o vuelve y se entrega, o sale de su divina presencia y huye. (Pausa).

. . .

¡Oh, hermanita, que has participado de la **PRIMERA COMUNIÓN** que se ha dado hoy en la Casa de la Alianza ¿has oído en el fondo de tu corazón la dulcísima palabra de Jesús: Amiga, hermanita, esposa, ¿a qué has venido? Y, si oíste su voz amorosa, ¿cuál fue tu respuesta? ¿Viniste acaso y te sentaste a esta mesa, como vienen y se sientan en los Comulgatorios tantas almas vulgares, distraídas, derramadas y vacías de amor?

¿Viniste, al contrario, a firmar solemnemente tu pacto de hermanita, tu, consagración de aliada con tu Dios, con tu Rey, con tu Amigo y Esposo?

¿Viniste a convertir en una consoladora realidad lo que significa en la Casa de la Alianza ese artístico Sagrario construido con la pureza, amor y sacrificio de unas hermanitas?

¿Viniste a trocar esta solitaria morada en alegre, dulce, consolador, armonioso y celestial Cielo para Jesús, tu Amado?

¿Viniste a darle toda, a entregarte generosa, decidida, sin vacilaciones y por completo a la Divina Voluntad, a sus designios amorosos, a sus inspiraciones interiores, a su amor misericordioso, como esposa, como sierva, como ofrenda y víctima de su amor?

Y, si a eso no viniste, dime: ¿a qué viniste? (Pausa)

Y ahora, Señor, perdóname si soy demasiado atrevido al dirigirme a Ti, con esta pregunta: Amigo mío, dulcísimo y verdadero, Amigo mío, y Tú ¿a qué has venido a este Sagrario nuevo? ¿a qué has venido a la Casa de la Alianza? ¿Qué designios traes a esta nueva prisión 'de amor?

Escucha, hermanita amada: Es nuestro Dios, y viene a recibir las adoraciones y alabanzas de una legión de almas que se postran de hinojos ante su altar sagrado; es nuestro Redentor, y viene a derramar los tesoros inagotables de su misericordia y amor, con predilección asombrosa entre las almas que Él se ha escogido para su corte de honor.

Es nuestro Maestro, y viene a enseñarnos los secretos de una celestial sabiduría, a la que el mundo distraído no quiere prestar oídos.

Es Pastor Divino, y viene a apacentar, entre riscos y zarzales de un peligroso desierto de fieras, las ovejitas de su rebaño.

Es Celestial Jardinero, y viene a cultivar y guardar con extraordinaria solicitud las flores del campo y los lirios del valle de la Alianza.

Viene como Amigo divino, a buscar sincera compañía y consoladora expansión entre sus fieles y buenos amigos.

Viene como Esposo amante, a mendigar entre sus escogidas esposas un amor puro, firme, constante y probado en el crisol del sacrificio.

Viene..., pero ¿qué desatinos digo, Señor, Jesús Amado? ... ¿Quién sabe a qué has venido Tú a nuestra Casa? ¿Quién sabe los designios que ocultas, los planes que traes, los proyectos que tienes en el presente y para el porvenir?

Has tomado posesión de un Sagrario que con tanto cariño y solicitud se te ha preparado... ¿qué harás Tú ahí, Señor? ¿Qué harás por la Alianza? ¿Qué harás por sus hermanitas, por sus Directores? ¿Qué harás por mí? ¿Estarás ocioso? ¡Oh! ¡sería una blasfemia pensarlo l... ¡Oh! ¡qué harás, Jesús? ¿qué harás? ¿a qué has venido?... (Pausa).

Punto IV.-El precio de una entrega

Volvamos a Getsemaní.

Judas conturbado no ha sabido responder a su Divino Maestro. Entonces, Jesús toma la palabra y le descubre el crimen que trataba de disimular con un beso de fingida amistad: «Judas, ¿ con un beso entregas al Hijo del hombre?».

Un beso y un saludo amistoso suena en tus labios; más un horrible crimen se oculta en el fondo de tu corazón, y Yo, que soy escrutador de los secretos más íntimos del corazón humano, veo la traición que tratas ' de disimular con un beso.

En noche oscura estamos, pero lo veo todo, todo lo descubro; eres Judas; Judas, mi apóstol.; Judas, mi elegido con predilección; Judas, mi amigo. ¿Y tú, con un beso falso, que Yo no rehúso, ¡asómbrate! Me entregas a los más crueles y fieros enemigos?

¡Oh, si supieras lo que haces...! (Pausa).

¡Oh, si supieran lo que hacen los sacrílegos que con un beso profanan estos altares!

¡Oh, hermanita! Judas abusó de la bondad, ya bien reconocida, de su Maestro; de esa bondad mejor recordada hoy, abusan las almas que se acercan a su Mesa para profanar allí su santísimo Cuerpo. ¡ Con un beso entregan al Hijo del hombre...!

¡Oh, Divino Maestro! Sacerdote soy, y tiemblo al pensar que acaso, en el ejercicio de mi ministerio, he llegado a entregarte en manos de algún desventurado y sacrílego Judas, que se acerca simulando piedad, devoción y amor a tu Corazón sacramentado.

Y si así fuese ¡Jesús, Dios mío! Vengo hoy aquí con los más sinceros sentimientos de humildad, de dolor, de compasión y de a postrarme en adoración y desagravio ante este nuevo Sagrario que la Alianza te ha ofrecido...

Permíteme, Señor, que piadoso, me acerque a Ti y con el más encendido beso de amor te entregue...; sí, Jesús, con un beso quiero entregarte; no en manos de tus enemigos que te arrastran, no a un tribunal de perversos jueces que te condenan, no a una cruel flagelación

y corona de espinas que te martirizan, no a un Calvario y a una Cruz de infinitos dolores... ¡Oh, no...! Yo te entrego, Señor y Maestro mío, en manos de una legión de almas, a quienes vengo guiando hace tiempo al Huerto de la Alianza.

Ahí las tienes; en sus manos puras y amorosas ,te entrego; que ellas te acompañen en las soledades del destierro, que ellas te defiendan en los tribunales de tus perseguidores y proclamen tu inocencia en el Pretorio de los cobardes que no faltan en el mundo; que ellas embalsamen con su pureza las salas de tantos libertinos Herodes; que ellas recojan tu Sangre adorada en el cáliz de su virginal corazón, curen tus gas, arranquen tus espinas y limpien tu rostro con el lienzo de su honestidad angélica.

Que ellas aligeren el peso de la Cruz que hijos ingratos cargaron sobre tus hombros, te levanten en tus caídas, te lloren en tu vía dolorosa, te sostengan en la cruz, te consuelen en los abandonos del Calvario y de los templos; recojan tu testamento y, mártires en el sacrificio, clavadas contigo en el santo madero, muero, mueran allí por tu amor. Amén.

San Sebastián. 1º Agosto 1941

Duodécima Hora Santa

En su busca

«¿A quién buscáis?... A Jesús Nazareno... YO SOY»

(Joan. XVIII,5)

Punto I.- Jesús nos busca

Busco a mi alma, Señor y Dios mío, porque no siempre que yo quiero la encuentro a mano; el tropel de las cosas, o preocupaciones o sueños vanos, me la alejan y me la esconden. Busco, pues, a mi alma y la llamo, para que en recogimiento y soledad santa esté aquí, a tu lado, en devota oración, adoración y reparación..., y Tu, Señor, me la llenes de tu espíritu de piedad, de sabiduría y de amor, para que acierte a estar devotamente aquí en una hora de vela contigo.

Cuando pecó Adán y se escondió en la espesura del Paraíso, Vos, Señor, vinisteis a buscarle: «¿Dónde estás, Adán...»

Cuando su descendencia, la humanidad entera, pecó y se desvió de su camino y corrió por el de la idolatría y el paganismo, Vos, Señor, volvisteis a aparecer hecho hombre, en su busca, no para castigarla, sino para salvarla. «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva», «Yo he venido a dar testimonio de la verdad». «He venido para que el hombre tenga vida y abundante vida», «El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido».

Desde el humilde pesebre de Belén ya comenzasteis a llamar a los hombres con vuestros vagidos, por la voz de los ángeles y la misteriosa estrella del Oriente.

Y a este llamamiento había precedido el de vuestro Precursor San Juan Bautista, el cual por las riberas del Jordán llamó a los hombres a la penitencia.

Erais Vos el que, por su boca, veníais buscando al hombre. Como Pastor que busca su oveja perdida y la mujer su dracma, toda vuestra vida inmortal, desde Nazaret hasta el Calvario, la habéis pasado y sacrificado en busca del hombre, y tras él seguís hoy, a través de los siglos, en las encrucijadas humildes de los Sagrarios.

¡Oh, Jesús! Habéis venido al mundo en busca: del hombre, me buscáis a mí... Ya lo sé, Señor; si Vos no me hubierais buscado con tanta solicitud, hoy yo no estaría aquí en esta Hora Santa.

Ciertamente yo he venido a esta soledad a buscaros a Vos; pero Vos antes me habéis buscado para que viniera.

¡Oh! Y ¡ojalá que todos os buscaran para amaros y no, como muchos, para perderos!

Judas vino buscándoos para entregaros y perderos; Vos salisteis a su encuentro para guardarlo y salvarlo. Su beso ocultó un horrendo crimen; vuestro beso reveló un amor infinito. Era vuestra oveja amada, allí le buscasteis por última vez para salvarla de su eterna perdición.

«¡Amigo! ¿a qué has venido?» ¿ para qué me buscas? Ya lo sé, para perderme, «Judas, ¿con un beso me entregas?». Los dos nos buscamos y nos encontramos aquí; tú para perderme, Yo para salvarte... ¡Oh, infeliz! ¡Eternamente me buscarás y no me encontrarás...! *Pausa!*

. . .

Hermanita, fíjate en esta escena: Judas ha descubierto a Jesús por medio de una señal convenida, y se retira hacia las turbas. . El apóstol traidor ha dado la espalda al divino Maestro y Salvador y huye de Él. Mírale, hermanita, en ese trágico instante de su separación,

envolviéndose en su manto y en las sombras de la noche y ocultándose entre los olivos del huerto...

¡Se va, Jesús se vuelve a él, le mira por última vez. ¡Oh mirada de Jesús! y le sigue, va tras sus pisadas. Judas huye: Dios le persigue, le llama, le busca con amor... ¡Pobre Judas! ¡me buscarás y no me hallarás!

Los tres apóstoles, que han presenciado la escena anterior, siguen al Maestro, hasta dar a pocos pasos con la soldadesca y gente armada que ha llegado para apresarle.

Gran espanto debió causar, a los amedrentados y tímidos discípulos aquel espectáculo que ellos ignoraban. En noche oscura, lugar solitario y a horas avanzadas, aquel cuadro de hombres, armados muchos y de mal aspecto... ¿qué buscaban allí?

Jesús, por última vez, tuvo que volverse a ellos, repitiéndoles una vez más, lo que muchas veces les dijo en ocasiones de peligro: «No temáis», que no es a vosotros, sino a Mí a quien busca esta gente.

Y en efecto, Jesús se adelantó a las turbas y, con ánimo sereno y firme, les preguntó: «¿A quién buscáis?» Y ellos respondieron: «A Jesús Nazareno» (nombre corriente con que era conocido por Judea y sus contornos). Jesús Nazareno, en efecto, Jesús el Mesías, el Salvador, Jesús de Nazaret, Cristo Jesús era a quien buscaban. Y entre los que le buscaban, estaban, además de la gente armada, los representantes de la autoridad religiosa: magistrados y sacerdotes, fariseos y escribas de la Ciudad.

Los mismos que en las solemnes rogativas del templo, con los gemidos de los santos Patriarcas y Profetas, pedían el advenimiento del Mesías, le buscaban esta noche en la soledad de Getsemaní.

Y tres años hacía que le tenían entre ellos, que vivía con ellos, que comía y bebía con ellos; tres años que le han visto y oído en sus sinagogas y en el templo, a donde todos los judíos concurrían; porque en oculto no ha hablado nada, sino que todo el mundo ha sido testigo de sus predicaciones y de sus prodigios. ¿Por qué ahora en Getsemaní, a malas horas, protegidos por una cohorte de soldados romanos, le vienen a buscar?

¡Oh! Ellos le buscan, como hace treinta y tres años le buscó el cruelísimo Herodes... «para perderle»; le buscan para perderle, para condenarle, para crucificarle.

¡Buscar a Jesús para perderle...! ¡Oh, hermanita! ¿Sabes lo que es buscar a Jesús para perderle?...!

Acaso no saben quién es...; pero ¿no lo sabrá Judas? ¿no tienen pruebas contundentes y manifiestas todos los que le conocieron durante los últimos años de su vida pública? Una más se la va a dar ahora.

«¿A quién buscáis?», pregunta Jesús a las turbas que se han acercado, y ellos contestan: «A Jesús Nazareno». «Yo soy» responde Jesús y, al instante, como heridos por un rayo fulminante, retroceden y caen en tierra con sus antorchas y sus armas. La voz de aquel Jesús Nazareno, a quien ellos buscan para perderle, los ha derribado como muertos. Helos ahí, y he ahí quién es aquel al que ellos buscan...

Déjalos, hermanita, y escúchame con piedad: Jesús vino al mundo en busca del hombre que, desterrado del Paraíso, andaba errante y sin rumbo, alejándose cada día más de su verdadero destino. Y el hombre, vagabundo y perdido, en cuanto se dio cuenta de la venida de Jesús, salió en su busca, no para seguirle, sino para perderle...

Hace veinte siglos que se está repitiendo cada día en el mundo esta ingrata historia. El, por la voz de la Iglesia, de su Evangelio, de sus sacerdotes; El, aquel mismo Jesús, desde el fondo de los solitarios Sagrarios, sigue llamando y buscando al hombre con infinito celo, ternura y amor; y el hombre, siempre ingrato, no solamente se niega a oír su voz divina y, volviendo la espalda, huye de Él, sino que le busca para perderle, persiguiéndole, como Herodes, en la persona de tantas almas inocentes.

Repasa hermanita amada, la historia de la Iglesia, siempre perseguida, desde el Calvario. desde Pentecostés, desde el primer apóstol y primer sucesor de Jesús en Jerusalén y Roma, hasta nuestros días, los que nosotros estamos viviendo, purpurados en la sangre de tantos mártires, que son miembros vivos de Jesús, que son el mismo Jesús, buscado y perseguido con odio satánico por las turbas 'de Getsemaní.

¡Oh ceguera humana! ¡Dios busca al hombre para salvarlo, y el hombre busca a Dios para perderlo!

«¡Oh generación perversa y adúltera...!» diremos hoy de ésta, como Jesús dijo de la de su tiempo. «Yo voy, y me buscareis y no me encontraréis, y moriréis en vuestro pecado». Hoy le buscan para perderle; cuando en hora crítica le busquen para, salvarse, acaso no le encontrarán, y en su pecado morirán.

Llora, hermanita, llora aquí, en la soledad de este Getsemaní de amor, la suerte de estos pecadores que, llevados de sus malas pasiones, se levantan en armas contra su divino Salvador, que los busca para su bien.; porque es su Padre, Pastor, Esposo.

Llora también la suerte de esas otras almas, que vienen a este santo Getsemaní del Sagrario, buscando a Jesús Nazareno, para darle o un beso traidor, comulgando sacrílegamente, o un beso de

Pero, hermanita, dime. ¿y no tu acaso porque llorarte a ti misma...? ¡oh, sí! ¡Jesús te ha buscado! ¡Jesús te ha buscado a ti! ¡Hubo día, hora, momento interesante en los designios divinos, en que su amor salió a buscarte; te buscó Jesús. Te buscó cuando cabalmente tú... no le buscabas... o le buscabas para ofenderle. Te encuentro en el huerto, huerto vedado tal vez... y te dijo: « ¿A quién buscas ¿» «A qué has venido, amiga mía?» ¿A darme un beso sincero de amor y fidelidad o a venderme a mis enemigos...?

¡Oh! ¡Y qué pronto olvidamos la y triste historia de nuestros años pasados!

¡Oh, Señor! Tú me has buscado, como un pastor que busca su oveja perdida, como un padre busca a su hijo extraviado, como un esposo que busca a su esposa fiel. ¡Oh! si Tú no me hubieras en aquella triste encrucijada, donde yo, con mis ligerezas y acaso escándalos, te buscara para perderte, si allí Tú no hubieras salido a buscarme, ¿dónde estuviera hoy

Tú me buscaste, Señor, y me encontraste, «enredado entre zarzas». ¡Gracias, Jesús mío, gracias...! (Pausa).

Punto II.- Buscando a Jesús

Ahora. Señor, en este rincón amado, sigues Tú buscándome. El Sagrario es la encrucijada, donde me buscas y me esperas y donde yo vengo aquí a buscarte esta Hora Santa. Vengo hoy a llorar mi ingratitud, por las mil veces que no te busqué, porque, cuando Tú me buscabas, yo buscaba... ¡Oh, dolor! yo buscaba... Ya lo sabes, Señor, ¿para qué recordarlo? Llora de veras aquella mi ingratitud. Si me preguntas ahora: «¿A quién buscas?» te responderé con sinceridad y nobleza: «Nazareno», busco a Jesús Nazareno, te busco a Ti...

Sabemos que aquí buscas a las almas, que aquí nos buscas a nosotros, que aquí nos esperas día y noche en esperas interminables..., y que nunca te cansas de buscar y de esperar.

También nosotros, Señor, aquí te buscamos; aquí venimos a buscarte, porque sabemos que aquí con seguridad se te encuentra.

Getsemaní fue tu mansión predilecta: Judas sabía que con frecuencia te recogías allí; allí esperaba encontrarte y allí te encontró. Nosotros conocemos este Getsemaní Eucarístico, sabemos que de aquí nunca te vas, nunca te alejas, sino que aquí, encadenado por el amor, buscas y esperas al mundo. Aquí venimos con la plena seguridad de encontrarte.

Pero, ¡oh, Jesús! Nosotros no venimos celando emboscadas y ocultando traiciones y simulando amores, adelantándote un beso y consumando un crimen, mostrándote cariño y escondiendo el puñal.

«¿A quién buscáis?»... Buscamos a Jesús Nazareno; no para venderle, sino para comprarle: no para entregarle, sino para defenderle; no para perderle, sino para guardarle y amarle.

«¿A quién buscáis?» Buscamos a Jesús Nazareno, para acompañarle en esta soledad, para consolarle en estos abandonos para animarle en sus tristezas, para aliviarle en sus agonías, para aligerarle el peso de su Cruz.

Te buscamos a Ti, Jesús Nazareno; para reparar las comuniones de tus perseguidores, las ofensas de los malos cristianos las ingratitudes de los tibios, las frialdades de los amigos, los olvidos de las almas consagradas.

Te buscamos, Jesús Nazareno, para pedirte misericordia por todos, perdón para los pecadores, luz para los descarriado, calor para los tibios, fortaleza para los débiles, aliento para los amedrentados, fuego para los amigos, constancia para las almas que te siguen.

Te buscamos, Jesús Nazareno, para entregarnos a tu santa voluntad, para ponernos a tu servicio, para hacernos tus esclavos; para consagrarte nuestra alma, nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestros bienes, nuestros méritos, nuestros trabajos, nuestra vida.

Te buscamos, Señor, para ponernos a tu lado, para estar siempre contigo, para seguirte a donde quiera que vayas, para lanzarnos a donde quiera que nos envíes... (*Pausa*).

Punto III.-«Yo soy»

Pero volvamos al Huerto.

Derribados en tierra yacen todavía los salientes» soldados de Pilato y las turbas que los han acompañado, y entre ellos está Judas, como lo insinúa San Juan, testigo de la escena; y así hubieran permanecido siempre, si la bondad del Nazareno no les hubiera permitido levantarse.

Apenas levantados, en silencio y temblando tal vez, Jesús vuelve a preguntarles «¿A quién buscáis?» Ahora no se les podrá argüir de ignorancia: Él es, es Jesús Nazareno, y Jesús Nazareno tiene, y ha mostrado tener, poder para defenderse de todos ellos y para destruir con una sola palabra todo el poder de los hombres, por muchos que sean y muy armados que estén.

¿Qué responderán ahora?: «A Jesús Nazareno», responden de nuevo, aunque san dijeran con tanta arrogancia como la primera vez.

Jesús, sereno y manso, humilde majestuoso, respondió: «Ya os lo he dicho: Yo soy». Soy el Nazareno que vosotros buscáis; soy Jesús, el acusado ante el Sanedrín y sentenciado por su tribunal y nado a la muerte antes del proceso de la causa. Mas, sabedlo bien: «Yo soy» aquel que fue anunciado y esperado por patriarcas y Profetas, el

suspirado en los siglos por vuestros padres. «Yo soy» Jesús el Mesías que vosotros esperáis, el Salvador del mundo, el Maestro de las gentes, el Rey de Israel, el Dios Redentor, el Padre del siglo futuro, el Juez de vivos y muertos.

Pero ahora, «Yo soy» el cordero de Dios que va a ser inmolado, soy la humilde ovejita que en silencio va al sacrificio, soy la Hostia Divina que se ofrecerá por los pecados del mundo. Vosotros me sacrificaréis, y Yo por vosotros ofreceré mi sacrificio al Padre; vosotros buscáis mi muerte ¡ oh, infelices! Yo soy la vida, y la «doy y la tomo cuando quiero»; y cabalmente viene a este mundo a darla por vosotros, para que «todos los que creen en Mí, vivan y no perezcan.

«Como a un ladrón habéis venido con y palos a prenderme. Y Yo todos los días estaba en el templo, enseñando, y no mechasteis la mano, ni me prendisteis. Pero... «este es vuestra hora y el poder de las tinieblas». Ha llegado la hora y yo me entrego al sacrificio... Pero tengo que deciros a vosotros lo que pronto diré a mis jueces: «Dentro de poco habéis de ver al Hijo de hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del Cielo. (Pausa).

¡Oh, hermanita! Sondeemos más este misterio. Trasladémonos a Getsemaní, allá, junto a los vetustos olivos, a la luz tenue de la luna y metidos y confundidos entre aquella abigarrada gentes : soldados, criados, guardianes del templo, borrachines de la calle, elementos dirigentes de aquella revuelta, sacerdotes, fariseos,. Magistrados y, en medio de ellos el infortunado Judas, los tres atolondrados apóstoles y Jesús bueno ¡nunca tan bueno! pero majestuoso, mostrándose todo lo que es, en lo divino y en lo humano, en su grandeza y en su humildad.

«Yo soy »..., y levanta Jesús su voz y todos le oyen, y oyen lo que un día oyó Moisés en el monte: «Yo soy el que soy».

Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero». Soy el Ser eterno, inmutable- e independiente, el que no necesita de nadie, ni de nada, para ser y para existir, superior a toda existencia y a las fuerzas de toda criatura; Ser necesario, absoluto y subsistente en Sí mismo. Soy el único, eterno, del eterno Padre. Antes de la aurora soy engendrado por mi Padre ; de Él y como El tengo todas las perfecciones , su vida, su beatitud, su sabiduría, su grandeza, su poder, su justicia, su

amor. «Yo soy» constituido árbitro y juez de todas tribus, razas y generaciones del mundo: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra». «El Padre no juzga a nadie, porque ha dado al Hijo el derecho de hacer el juicio en la tierra, porque soy Hijo del hombre». Nadie tiene poder sobre Mí, sino mi Padre, a quien Yo vivo plenamente unido y entregado...

Vosotros venís con cadenas para apresarme, y lo haréis, porque esta es la hora en que Yo os daré poder para hacerlo; me dejaré sacrificar libremente, porque así lo quiero y a eso he venido al mundo. « Pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo hombre será entregado!»

«Yo soy», desde este instante, para vosotros, para todo el Sanedrín y para todos los judíos, un reo, una víctima, en quien se va a saciar vuestro odio y vuestro furor.

«Yo soy» declarado públicamente, por sentencia de los tribunales, un criminal, un perturbador público, un rival y usurpador de la corona de Herodes, un enemigo peligroso de la nación judía y del César.

«Yo soy», un blasfemo, un endemoniado y seguidor de Belcebú; un revoltoso, bebedor y amigo de publicanos y de pecadores...

«Yo soy» un condenado a la pena capital la más humillante y la más cruel; soy el peor de los malhechores, peor que los ladrones y asesinos, peor que Barrabás. «Yo un leproso, un maldito, menos que hombre, un gusano que se pisa y se aplasta. «Yo soy» un leproso, un maldito, menos que hombre, un gusano que se pisa y se aplasta.

«Yo soy» el desecho, la abyección, el despojo, el desprecio de las gentes, el mamarracho de Carnaval... « ¡Yo soy!» la nada, negación, la «aniquilación»...

Hermanita, calla aquí, y, si tienes corazón, llora y ama a quien de tales alturas baja a tales abismos, ¡por ti...! (Pausa).

. . .

¡Oh, Señor! ¡qué verdad es que nos amasteis hasta el fin!;¡Nos amasteis hasta agotaros, hasta perderos en la nada, hasta la locura, hasta más no poder...!!

Y aquí, Jesús, en este Tabernáculo, en esa Santa Hostia, donde todo se esconde, se achica y se empequeñece; aquí, dulce Jesús Nazareno, ¿qué sois?...

«Yo soy» aquí, y sigo siendo siempre, lo más alto y lo más bajo, lo más grande y lo más pequeño, lo más sublime y lo más humilde, lo más distante y lo más cercano.

En el seno de mi Padre eterno soy su Hijo eterno, consustancial a Él, eterno como El, inmenso como El, omnipotente como El, justo, santo, misericordioso y amante como El. En el seno de esta Hostia diminuta soy el Hijo del hombre, consustancial al mismo en mi Humanidad, hecho hasta la consumación de los siglos Mediador,, su Redención, su Víctima y su Salvación..

«Yo soy» aquí tu Jesús, ¡tu Jesús...! escucha, hermanita, y repítelo ¡¡tu Jesús!! Y soy el Jesús que tú quieras: Jesús Niño, Jesús adolescente, Jesús obrero, Jesús Maestro, Jesús peregrino, Jesús Nazareno, Jesús crucificado, Jesús glorioso. «Yo soy! ,tu Jesús Padre, Pastor, Amigo, Esposo y Rey de tu corazón. «Yo soy»: aquí aquel Hijo de María que trabaja sin cesar por las almas; aquel Pastor que cuida y apacienta sus muy amadas ovejas;; aquel Padre que con infinita ternura a hijos y espera a los pródigos; aquel Maestro que sigue enseñando su Evangelio al mundo; aquel misionero que clama, busca y trae las almas al seno de la Iglesia «yo soy» aquí la Víctima que se inmola y se ofrece al padre todos los días y en todos los momentos , en este altar, por los justos y por los pecadores; «Soy el pan de la vida, y el que come de este pan vivirá eternamente.

«Yo soy» aquí la vida de las almas, la verdad que ilustra y forma, la luz que ilumina, el camino que guía y conduce el reino de mi Padre. «Yo soy» la paz de las almas, la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, la alegría de los justos, la inocencia de los niños, la pureza de las vírgenes, la fortaleza de los mártires, el amor de las almas santas, el triunfo de la Iglesia, la gloria de mi Padre y el gozo de los bienaventurados...

Yo me entrego aquí y sigo entregado, como me entregué un día en Getsemaní. Atado quedé allí, y atado sigo aquí hasta el fin de los tiempos; dispuesto siempre a recibir un beso traidor, una bofetada

infame, una sentencia inicua. Sigo siendo aborrecido de mis enemigos, negado por falsos hermanos, escupido por hombres blasfemos y escandalosos, azotado por los deshonestos, coronado y escarnecido por la chusma alegre y crucificado por todos los pecadores.

«Yo soy» el eterno olvidado y abandonado de mis amigos...«Yo soy» siempre el mismo; el Dios que vino a los suyos, y a quien los suyos no le reconocieron; el dios que salió en busca del hombre, y a quien el hombre le buscó para perderle. Soy el mismo Jesús solitario en Getsemaní. ¡La historia se repite sin cesar...!

¡Oh, Señor! ¡qué lección es esta que nos dais!... ¡qué misterio es éste, que cada vez es más oculto, más secreto, más desconocido, más misterioso... !

¡Oh, divino desterrado de Getsemaní Desde el pesebre de Belén hasta la cumbre del Calvario tu ingrato pueblo te buscó siempre para perderte, ¡Oh, incomprensión! nosotros, de intenso dolor heridos por tanta ingratitud : *te buscaremos aquí para desagraciarte y amarte.* (Repítase).

También hoy tus enemigos declarados y ocultos se levantan en armas contra Ti. contra tu Evangelio, contra tu Iglesia y su cabeza el Papa, y te buscan para perderte nosotros, Señor:

R. Te buscaremos aquí para desagraciarte y amarte.

Tu pueblo cristiano, redimido y sellado con tu sangre, te busca para desasirse de tu ley santa y sacudir tu yugo suave, uniendo sus voces de «quita», «crucifícale», con las de aquel tu pueblo ingrato; nosotros con voces de protesta, Señor:

R. Te buscaremos aquí para desagraciarte y amarte.

Lo libertinos, los amadores del placer, los regalados y sensuales respiran contra Ti y te buscan para cargarte con una cruz y colgarte de un patíbulo. ¡Oh, Señor, con las mujeres de Jerusalén saldremos nosotras y:

R. Te buscaremos aquí para desagraciarte y amarte.

El amor libre, el espectáculo inmoral, el libro perverso, la moda indecente, las costumbres licenciosas protestan contra tu doctrina

sobrenatural y evangélica, y te buscan para flagelarte con azotes de hierro, nosotras. Señor, cubriendo nuestros rostros:

R. Te buscaremos aquí, para desagraviarte y amarte.

Los sacrílegos, los tibios, las almas relajadas y dadas al mundo, los corazones derramados y partidos, los profanadores de tu amor se burlan de la inocencia, de la modestia, de la espiritualidad y santidad e las almas, y te buscan para coronarte de espinas y entronizarte como Rey de burlas; nosotros te proclamamos nuestro Rey y Señor universal y:

R. Te buscaremos aquí para desagraviarte y amarte.

Los que te juraron amor y se consagraron a Ti. con juramentos de fidelidad, te han vuelto la espalda, seducidos por el brillo de los bienes caducos y felicidades de humo, y hoy, adúlteros de tu amor, te buscan para renovarte la lanzada de Longinos; nosotros, renovándote nuestros votos y juramentos de total entrega a tu Corazón amante:

R. Te buscaremos aquí para desagraviarte y amarte.

Por los que te olvidan, Señor, y te abandonan en las tristes soledades de este Getsemaní Eucarístico y por todos los que son ingratos a tu Amor, nosotros vendremos aquí, estaremos aquí contigo y te amaremos, te desagraviaremos, te consolaremos, porque somos las vírgenes del sagrario y de la Eucaristía; Tú vengas a buscarnos en tu íntimo Corazón nos trasportes a la Gloria eterna. Amén.

Enero de 1945

Apéndice

Treinta brevísimas Horas Santas (1)

1. La última cena

I.-«Ardientemente he deseado...» (Luc. 22,15). Jesús vivió ansiando el momento de dar al hombre la prueba más estupenda de su amor... Este momento fue el de la institución del Santísimo Sacramento.

Esta es la obra maestra del poder de Dios. Según San Agustín, aun siendo Omnipotente Dios, no pudo hacer más; y según Santo Tomás, es el resumen de todas las maravillas y la obra maestra de la Omnipotencia divina... ; es decir, que el Amor Soberano cogió a la Omnipotencia y la obligó a obrar la mayor maravilla de amor. Por eso dice: «*in finem dilexit eos*»; los amó hasta el fin, cuanto un Dios podía amar, hasta más no poder....

Es una nueva encarnación, donde todo queda reducido a su quinta esencia, o sea, al corazón. Lo cual expresa un autor llamándolo: «*Incordiatio Dei*», que es como si dijéramos en castellano: el encorazonarse de Dios. El Verbum cor factum est. Y el Verbo se hizo Corazón... Y aquí Jesús agota los recursos de su Corazón infinitamente amoroso...

«En esta nueva Encarnación desaparece, dice San Bernardo, la Divinidad y la Humanidad, retira todo y descubre sólo la caridad, el corazón, el amor».

(1) Para aquellas almas que, con pocas palabras y pocas ideas, pueden y quieren pasar junto a su Sagrario una fervorosa e íntima HORA SANTA, ponemos aquí, en forma esquemática y sencilla, todo el misterio de Getsemaní, distribuido en treinta consideraciones piadosas que van enumeradas del 1 al 30.

II.-Y en el preciso momento en que Jesús descubría estos portentos de amor, se estaba fraguando en el corazón de uno de sus discípulos un acto de desamor, el más horrible de cuantos han existido.

He ahí, alma piadosa, dos corazones: el más amante y el más ingrato... Jesús va a instituir el Sacramento...; para verse obligado a entrar al momento en un alma que lleva entronizado al mismo demonio...

Jesús coge el pan, lo bendice...; y al punto se presenta ante su mente la historia de todos los Sagrarios, de todos los abandonos, profanaciones, sacrilegios... que habrían de tener, lugar en el transcurso de los siglos.

Jesús coge el pan, lo bendice...; y al punto se presenta ante su mente la historia de todos los Sagrarios, de todos los abandonos, profanaciones, sacrilegios...que habían de tener lugar en el transcurso de los siglos.

¡Qué cuadro tan espantoso debió Él de contemplar entonces! Más que suficiente fue suficiente para desistir de aquella maravilla; pero su amor se sobrepuso a todos... Su amor era mucho mayor que todos esos horrores y salió triunfante... y consumó su gran obra...



Pero, ¡cuánto debió luchar su Corazón! ¡Cuántas humillaciones le habían de acompañar en todos los tiempos! Cuando El andaba llamando a su Poder y Sabiduría; para que le sugiriesen la mayor obra del Amor, vio sentado junto a sí el tipo de la deslealtad del desamor.

Y entonces ¿qué pasó en su Corazón? En el momento en que su amor llegaba al extremo, al exceso, al sumo de su ardor infinito, chocó con el hielo más frío y duro de un corazón amigo ¡qué impresión! y lo reveló, al decir: «Habiendo dicho estas cosas se turbó su Corazón; y declaró y dijo En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición».

Según las palabras precedentes de San Juan, exteriormente manifestó su turbación y buscó reparación, y su discípulo amado le ofreció su corazón puro y virgen... y pudo muy bien percibir la agitación del de Jesús y dijo «turbatus est...», «se turbó», y, conociéndole así, ¡cómo le amaría!, ¡con que vehemencia!...

Reflexión.-Alma que le tocas, le recibes y vives como recostada sobre su Corazón... ¿Cómo le amas, cómo reparas las ingratitudes del Sagrario?

2. La Virgen en Hora Santa

La primera hora Santa, la hizo María en la soledad del Cenáculo, cuando su Hijo oraba en el Huerto...

María, con relación al mundo, que en noche oscura duerme... «Y mi corazón vela». Con relación al Cielo que la contempla y la admira... Con relación a su Hijo a quien se une: 1º) con la fe, y ora a una con El..., bien a El mismo que, como Dios, la escucha... bien al Eterno Padre...; de la tierra desolada sube la oración de un Dios mezclada con la oración de una Virgen...; 2º) con el amor más puro y más abrasado... ; el mundo es un Templo, en la obscuridad de una noche duermen hasta los ministros del Señor (apóstoles), en una gruta se inmola Dios... y la lámpara solitaria que le alumbra es el corazón de una Virgen.

APLICACIONES a las almas piadosas... Lo que ellas son en una «Hora Santa» con relación al mundo..., al cielo..., a Jesús presente en el Sagrario y a quien se unen por la fe, la oración, el amor...

Santa Lucía oyó de Santa Águeda lo siguiente...: « ¿Qué es lo que me pides, que tú misma podrás proporcionar al momento a tu madre? Porque tú has preparado, en tu virginidad una morada gratísima a tu Dios...»

3. Camino de Getsemaní

I.- Sale Jesús del Cenáculo... Los horrores que vislumbra le quieren cerrar el paso... Las agonías, los tribunales, los tormentos, su derrota... todo está ante sus ojos. Pero, intrépido y valeroso avanza...

Es que detrás de ese cuadro ve: a) la voluntad de su Padre, que así dispone y decreta: b) las almas que ha de redimir a las que ama con amor infinito...

Reflexión.-Yo, puesto en la escena de mi vida, veo sucesos, trabajos, sufrimientos, cruces agonías...

Y no retrocedo, porque allí detrás veo la voluntad del Padre, el querer de Jesús, las almas que me esperan, la vida que debo vivir...

II.- Los discípulos que le siguen... Simón Pedro que se ofrece generoso... «Cree que puede, lo que siente que quiere».

Jesús le anuncia la caída; él contesta generoso y dispuesto... pero: 1.º) con arrogancia, considerándose más que sus amigos. 2. º) con presunción, fiándose de su fuerzas... Dios le humilla... y cae.

Reflexión.-Ofrecernos a Dios; ser generosos y dispuestos; pero desconfiar de nosotros; conocer nuestra debilidad; ser humildes y poner la confianza sólo en la gracia de Dios.

4. Los Apóstoles que quedan

I.-Llegados a la granja, se detiene Jesús y espera a que todos lleguen y estén junto a Él... Tal vez hay rezagados.

Jesús pulsa aquellos corazones y no todos están dispuestos...

Reflexión.-Hay almas relajadas, cuando se trata de ir al sacrificio; estas no sirven para acompañar a Jesús en sus agonías...

¿Lo, eres tú? ¡Si Jesús te pulsara...!

II.-«Quedaos aquí...» dice Jesús a estos rezagados, «mientras que yo voy y hago oración»...

«Los deja, dice Orígenes, porque los encuentra débiles». Les falta ánimo, vacilan, están cobardes y acaso perezosos y desganados para entrar a la oración con el Maestro.

En el Cenáculo todos se muestran animosos y muy dispuestos. En Getsemaní cambia la escena; la mayoría, casi todos, se echan para atrás...

Reflexión. -Alma piadosa, en los regalos del Cenáculo, en los fervores sensibles de la oración, en una Comunión de ternuras divinas es fácil ofrecerse a Jesús...

Pero, cuando Jesús te pide un sacrificio algo costoso para su gloria, un amor seco y sin unciones, sin ternuras; una oración sin gusto, sin luz, sin amor... Cuando Jesús te pide el camino hacia la santidad por Getsemaní, no por Betania y el Tabor... ¿qué pasa entonces...?

¿Tendrá que dejarte Jesús, por débil, por cobarde, por perezosa?

Muchos quieren servir a Jesús sentados, pocos postrados. La comodidad y el regalo hacen que el alma se quede fuera y sin Jesús

—————.

5. Los Apóstoles que entran

I.- Son sus más íntimos y familiares amigos, los distinguidos con su amor; entre los escogidos, los más selectos... Los separa de los demás con su propio nombre, Simón, Santiago. Juan. ¡Qué predilección!...

Vosotros, como más esforzados, quiero que trabajéis conmigo en vigilia y oración» (*Orígenes*).

Estos entran, no a regalos, sino a vigilar orar...; entran con Jesús, a velar con Jesús, a subir con Jesús,...a las intimidades de Jesús...

Reflexión.- Alma piadosa; eres tal vez elegida de Jesús, entre tantas, tú la escogida...

Jesús te escoge para entrar, no para quedarte fuera; entrar en el Huerto de la vida de perfección, en la intimidad de Jesús, en los secretos de Jesús...

Pero, no para descansar, sino para velar orar, sufrir, acompañar a Jesús, consolarle amarle... y con Él, con Jesús, ¡con Jesús, a donde Jesús quiera!

II.-Estos son los que un día acompañaron al Maestro al Tabor y gozaron de su maravillosa trasfiguración gloriosa... Ahora le acompañan a otro monte, y ahí serán testigos de la trasfiguración humillante, triste y dolorosa... La primera debía fortalecerles para la segunda...

Reflexión.-Alma, eres elegida para acompañar a Jesús en sus soledades, velar orar... Pero no temas; que también eres elegida para acompañarle en el Tabor de sus manifestaciones dulces y amantes de aquí y en las trasfiguraciones gloriosas del Cielo.

Mas, primero es preciso pasar por Getsemaní...; de ahí se va al Tabor de la Gloria...

6. «Mi alma está triste»

I.-Apenas Jesús hubo atravesado la valla del Huerto Santo, una novedad extraordinariamente grave estremeció todo su ser...

Una ola de amargura, con inusitada violencia, invade toda su alma...

Dice San Justino que «fue tan extremado este dolor, que, por su influjo, en Jesús todo quedó paralizado».

Antes que los enemigos llegasen a atormentarle en su cuerpo, Jesús, por sí mismo, puso su alma en tortura tan violenta, que a nadie hubiera sido posible soportarla, excepto a Él, en su perfecta calidad de Dios v Hombre.

Alma piadosa, mira a Jesús que repentinamente palidece; se siente débil, temblorosa, angustiado y ocupado por tantos afanes, que no sabe dónde está. Ahora se echa rostro por tierra; ahora levanta sus brazos al cielo: ahora se pone a caminar entre las tinieblas de la noche; ahora se detiene y suspira y solloza. Así, agitado, tembloroso de miedo,

en imponderables apreturas de corazón, que le cortan el aliento, intenta desahogar sus íntimas amarguras y prorrumpe en esta exclamación,' que dirige a sus buenos amigos: «Mi alma está tan triste, que muero de tristeza»...

Misterio asombroso, dice aquí un autor, misterio asombroso y estupendo. ¡Dios está tan triste que moriría de tristeza! Dios siente tedio y pavor, hastío y tristeza y se lo dice a sus discípulos...

¡Oh, alma! Suspira aquí con el piadoso Fr. Luis de Granada: ¡Oh, riqueza del Cielo! ¡Oh, bienaventuranza cumplida! ¿quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sino el amor de enriquecerlas?

II.-Jesús está triste; todas las tristezas imaginables de este mundo y del otro gravitar sobre su Corazón, de suerte que no caben en El y, como reventándose, busca expansión: «Estoy triste y muero de tristeza...»

Mas Jesús, en tantas y tales apreturas, no retrocede, no huye, no suspende el cumplimiento de la divina voluntad. El cuadro le espanta y le atemoriza, y tiembla en todo su ser; pero sigue su camino, el camino de su sacrificio...

Reflexión.-Alma piadosa: aprende esta bella lección. La tristeza es el peor estorbo en el cumplimiento del deber. Un alma triste queda sin fuerzas y sin energías para obrar.

El que se deja llevar de la tristeza poco adelantará en el bien.

Estoy triste..., no puedo nada...

Si la tristeza es infundada, procura desterrarla cuanto antes...; si es justa y fundada, súbrela, como Jesús; pero no te acoquines. Suspira y llora, si quieres; pero no suspendas tu deber; véncete y avanza...

7. ¡Triste Jesús!

L-Entremos con respeto y compasión en aquel Paraíso del dolor, y no salgamos de allí hasta que por la misma puerta veamos salir con la soga

al cuello, maniatado, arrastrado por sus enemigos, al buen Nazareno Jesús Salvador.

Desde sus principios, aquellos grandes misterios de Getsemaní aparecen envueltos en nubarrones de dolor, tristeza, angustia, tedio. Los evangelistas han buscado las más vivas expresiones para dejar grabada en nuestro corazón, aquella transformación súbita que se verifica en Jesús, luego de haber pisado los umbrales de aquella puerta. Ponderemos sus palabras.

Dos palabras pone San Mateo «contristari» y «moestus esse». La primera, tomada de su original griego, significa tristeza, aflicción, molestia y la segunda, tanto en griego como en siríaco, significa angustia vehemente, desfallecimiento por la fuerza del dolor, gran quebrantamiento de ánimo, mortal congoja, hastío, tedio de la vida.

San Marcos indica esta misma expresión de-tedio y añade: «pavere», tomado del griego, y que significa pavor, estupor; quedarse atónito, consternado, exánime, sin sangre, sin vida. Todo lo cual explica con más concisión, si cabe, en evangelista San Lucas, el cual, como médico que era, podrá determinarlo mejor, y dice: «factus in agonia» puesto en agonía...

Calcula, oh alma, el cúmulo de males que han cercado al Corazón de Jesús, cuando el Espíritu Santo, que nunca miente, ni se equivoca en sus apreciaciones, ni usa de expresiones superfluas, ha querido, no obstante, usar de estas tan vivas y fuertes.

¿Qué pasó en el Corazón de Jesucristo entonces, para ponerle repentinamente temblando, tristísimo, lleno de angustia, sangre, sin vida y a un paso de la muerte?

Dime; si tú en aquel momento hubieras estado presente junto a aquellos discípulos, viendo a Jesús temblar, y hubieras oído de su boca con palabras entrecortadas, esta tristísima expresión: «Estoy triste hasta la muerte»...y, al mismo tiempo, hubieras contemplado en el rostro del amado Maestro las inequívocas huellas de un gran dolor interior ¿qué hicieras en aquel trance?

«Aquel Dios, dice Fr. Luis de Granada, en tanta manera entristecido, que desciende a dar parte de su pena a sus criaturas y pedirles su compañía»

II.- Gran misterio es el de la tristeza mortal de Jesús en Getsemaní, para que el Espíritu Santo haya querido describirnoslo con tan vivos acentos...

También es misterio incomprensible para los mortales la terrible soledad de este otro Getsemaní, y lo que ahí pasa día y noche. ¡El Sagrario! También aquí Jesús entra y sale por su puerta. Cuando sale, no siempre será para recibir consuelos... Cuando entra y gira la llave es un pobre prisionero, quien ni sus amigos nos acordamos.

Reflexión.-Si en Getsemaní quiere Jesús compañía de amigos fieles... en los Sagrarios no menos la quiere también...

En el Sagrario de tu Parroquia ¿tiene Jesús motivos de estar triste? ¿qué haces consolarle?

8. Por qué está triste

I.- En Jesús parecen estar suspendidos la beatitud y el gozo divino, que naturalmente le corresponden; la parte superior su espíritu y todo el resto de su ser se inundó de tristeza...

Sus causas : a) La visión clara que tenía de su acerbísima Pasión..., con cada uno de los tormentos que numérica e intensivamente veía... b) La visión clara de todos los pecados del mundo, desde Adán hasta el último pecador, de los cuales Él se hacía reo y responsable ante la infinita Santidad de su Padre...

c) La Pasión iba a continuar a través de los siglos en sus miembros amados, como si El mismo padeciese... Millones de mártires desfilaron ante sus ojos.

d) La inutilidad de sus dolores para tantísimos hombres, que veía se condenarían, y la ingratitud de tantos que olvidarían su cruento sacrificio... y su infinito amor en él manifestado...

Reflexión.-Alma piadosa: ¿tienes tu parte en esas tristezas de Jesús?

a) En sus dolores te sustituye a ti, por ti sufrirá y ¡eres tú su verdugo!...

b) En el cúmulo de los pecados que caen sobre sus espaldas están los tuyos...

c) ¡Cuán poco fruto has sacado de su Pasión!

d) ¿Acaso no ha sufrido Jesús más por la ingratitud de los amigos, que por el odio de los enemigos?...

II.-Jesús se acerca a ti y te dice: «Estoy triste...»

a) El mundo me persigue hoy, como me perseguía entonces... Mi Pasión se prolonga...

b) Vivo siempre cargado con los pecados del mundo, por los cuales me ofrezco en incruento sacrificio...Nunca se ha pecado tanto como hoy se peca...

c) Mi Iglesia sigue crucificada; Yo llamo por boca del Papa y no me oyen, y los mártires son mis miembros atormentados.

d) Mi Sangre se pierde inútilmente... La ingratitud de mis amigos es negra como nunca...

Reflexión.- Alma piadosa: ¿qué papel desempeñas en este cuadro de hoy? ¿cuál es tu misión? ¿cómo la cumples?

a) Jesús sufre, y ¿tú ríes...?

b) Jesús cargado. y ¿tú comodona...?

c) Jesús sacrificado, y ¿tú regalada...?

d) Jesús llamando y amando, y ¿tú distraída y olvidada...?
¡Ingrata!

9. «Velad conmigo»

I.-Jesús pide a sus amigos auxilio y ayuda ¡no se basta a sí!, pide arrimo... ¡Cómo estaría!

«He buscado quien me consolara...» ¡Pobre Jesús...,! Sí, pobre. Jesús; y mendiga auxilio, favor, ayuda...

Reflexión.-Nunca se oyó de los labios de Jesús semejante súplica; los discípulos no podían comprender aquello... Que está triste, y tiniebla, y tiene miedo, y hasta las sombras le espantan, y se... arrima a ellos...« ¡por favor, amigos, que tengo miedo, siento horror, estoy temblando...!» ¡Por favor!... Alma piadosa, ¿qué te parece...?

II.-«Velad: No me olvidéis. No os vayáis, no os distraigáis, velad, estad alertas, cuidaos y cuidadme...

Aquí. En medio de Getsemaní, en esta oscuridad, en esta soledad, aquí, muy cerca, no os vayáis... ¡Jesús parece un niño que tiene miedo de estar solo!...

Conmigo. Le estrechan más los temores; conmigo, junto a mí, defendiéndome, dándome, haciéndome dulce sombra...

¡Quietos aquí conmigo...!

Reflexión.-Si junto a tu Sagrario oyeres tú este lenguaje a tu Jesús... Velad... aquí... conmigo... ¿qué harías? y ¿qué haces, que ya lo sabes?

¿A quiénes se arrima Jesús, sino a las almas escogidas para esta delicada misión?

¿Para qué está la Alianza? ¿Para que son las vírgenes de la Parroquia?

10. «Postróse con el rostro en tierra»

I.-Jesús une su rostro con la tierra.

a) Mirando a Dios, es un acto de reverencia y de respeto humilde y de devoción...

b) Mirando a la tierra es una distinción, un favor. Jesús pone su rostro, su alma, todo su ser para redimirla...

c) Es el beso de paz y de reconciliación que Jesús quiere dar al mundo... Pronto besará a Judas, inútilmente... Ahora a la tierra entera, en prenda de su amor.

d) Parece que Jesús se derribó en tierra, extendió sus brazos y cogió entre ellos al mundo entero, y le abrazó contra su divino pecho...

Reflexión.-Aquel rostro..., aquel beso.... o abrazo, me cogieron y alcanzaron a mí... ¡Así me amó Jesús!

II. -Jesús postrado en tierra.

a) Es la gallina del Evangelio, que extiende sus alas para cobijar bajo ellas a los polluelos.

b) Es el divino Nazareno, que quiere cubrir la tierra para defenderla de la ira de la ira de su Padre...

c) Es el gran pecador, sobre quien todo el mundo puede ahora descargar sus culpas y pecados.

d) Es el Dios vivo, que se coloca sobre el cadáver del mundo, para resucitarle a la vida.

Reflexión.-.-Una aplicación devota y sencilla de todo esto al Sagrario; y verás a Jesús guardándolo con sus alas..., defendiéndolo de la ira de Dios..., hecho víctima... y dando calor y vida a este cadáver...

11. ¡Qué oración!

I.-«Padre mío, si es posible, pase de Mi este cáliz; mas no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú...»

a) Oración humilde y respetuosa... Parece que Jesús, por la alteza de su persona, podía pedir a su Padre con cierta mayor exigencia... Si Jesús lo hace así... ¡yo!...

b) Confianza filial... «Padre mío»... soy tu Hijo... sé que me amas... si, pues, es posible... ¡También tú eres hija!

c) Perseverancia; y eso que era oración difícil, angustiada, sin fervor, el cielo cerrado, el Padre insensible, nadie le oye... y la oración se prolonga... ¡Poca excusa basta para, que yo!...

d) Conformidad; no se haga mi voluntad... Jesús se somete siempre a la voluntad de su Padre; insiste, pero con pleno rendimiento a la voluntad de Dios.

Reflexión.-Pocas veces oramos así; alguna de estas condiciones, si no todas, nos faltan...

II.-En aquel momento en que oraba Jesús, es muy posible que también orara en el Cenáculo o en Betania, María, su Madre...

El mundo en tinieblas y en silencio, los perseguidores fraguando la muerte y moviéndose para prenderle, y Jesús y María postrados oran.

¡Qué espectáculo para el cielo!... Y la oración de María fue humilde y respetuosa...; fue confiada y filial...; fue perseverante, rendida a la voluntad de Dios...

En el Huerto y en la celda de María sonó aquella noche, repetidas veces, el FIAT de una plena entrega...

Reflexión.-Junto al Sagrario, donde Jesús sigue su oración, la oración de una virgen... ¡esa virgen eres tú!...

Ora... y repite el «fiat» de tu entrega...

12. «Simón ¿duermes?»

I.--¡Qué misterio...! Los gemidos de Jesús se mezclan con los ronquidos de sus discípulos...

Difícilmente se explica este contraste, puesto que son los tres íntimos que conocen suficientemente el momento solemne y trágico...

Hasta ahí llega la fragilidad del hombre... y lo poquísimo que siente y penetra los misterios de Dios el corazón del hombre...

Reflexión.-Aprende una lección. Los tres amigos de Jesús están apartados de Jesús... por algo insistía: «Velad conmigo».

El alma que se aparta de Jesús, o duerme en la tibieza o muere en el pecado... Si no estás con Jesús, te expones...

II.-Jesús llega a ellos, y, lleno de amargura, mira a sus discípulos, recostados a la sombra de un olivo, dormidos profundamente.

He ahí a Dios que, compasivo, mira al hombre y se acuerda de él, y al hombre, que se olvida de su Dios...

Reflexión.-Examina los sentimientos de Jesús en aquel momento... ¡qué pensarla Jesús de aquellos sus más distinguidos amigos!

Tal vez pensaría: «Así estaré yo en el fondo de los Sagrarios, mirando...; así estarán las almas descuidadas junto a Mí...

III.-Jesús se inclina y con una palmada despierta a Simón: «Simón ¿duermes?...; ¡Qué vergüenza...! ¿Ni una hora habéis podido velar conmigo?...

¿Dónde están tus promesas...?

Reflexión.- ¡Qué poco alivian y consuelan a Jesús las almas tibias y soñolientas!

¡Cuántos desengaños se lleva Jesús con estas almas, a las cuales El las preparó, con elección divina, y ellas en la flojedad, se abandonan y duermen...! Di, alma, ¿eres tibia? ¿eres floja? ¿Duermes?...

13. «Levántate, tú que duermes...»

I.- Mira a Cristo, que se encamina a despertar a Pedro que duerme... Mira la caridad del Señor; ve en peligro a sus discípulos... Aquel sueño representa el otro sueño del olvido, en que iba a caer en

breve, al negarle en casa de Caifás y, como aquí, también allí Jesús iría, aun estando preso, a despertar a su pobre discípulo; y por eso parece que se dirige Jesús sólo a Pedro, al decirle : ¿Simón, duermes?... Porque en el Pretorio sólo él iba a dormir.

Reflexión.- ¿Cuántas veces te ha despertado Jesús...? Examina tu vida...

II.-Este es el oficio que Jesucristo trajo al mundo. El mundo dormía en el más profundo y deplorable sueño, del pecado y de la muerte... y vino Cristo a despertar a los que duermen en las sombras de la muerte.

Subió Jesucristo al Calvario y allí al madero de la cruz, y, desde aquella atalaya, sonó la voz de su caridad y de su amor, que salió de la abertura de su costado... «Surge qui dormis»... «Levántate, tú que duermes»..., de la manera que sonará un día la trompeta de su justicia...: «surgite»... «levantaos».

Reflexión.-Desde las profundidades del Sagrario sigue despertando a las almas... ¡Cuántas veces te ha despertado, alma mía, y has vuelto a dormir...! Y ¡cuántas hay que, después de haber sido despertadas por Cristo, se han dormido y no despertarán hasta el infierno...!

14. «Velad y orad»

I.-Jesús y los discípulos entran en un gran combate...

Jesús se prepara en vela y oración... Los apóstoles ni velan, ni oran, sino que se duermen...

A Cristo no le sorprenden los enemigos, le encuentran preparado y confortado...; a los apóstoles, en cambio, los encuentran dormidos, no están preparados... y huyen.

a) **VELAD.**-1º) Observar y ver de lejos al enemigo... estar prevenido... que no nos coja de sorpresa...

2.º) Examinar el flaco de nuestro corazón; por ahí ordinariamente acomete el enemigo...

3.º) Vigilar sobre los sentidos..., sujetarlos a una ley y norma...

Reflexión.-Dice Orígenes: «Cuanto más espiritual es uno, más solícito debe andar, para que el gran bien que posee no sufra grande caída».

Vela, oh alma, y vive apercebida, porque tu enemigo viene vigilando tus pasos...

II.-b) ORAD.-Velad con las armas en las manos... la oración es el arma del cristiano...

Orando no estamos solos, sino con nosotros lucha el Señor, a quien nos encomendamos...

Con la oración se vence al enemigo... Con la oración se temple el corazón y se fortalece...

El que ora, no presume, no se fía de sí desconfía...

El que ora, se esconde en Dios y Dios le posee y le cuida.

Reflexión.-Si no velas y no oras, no serás ni siquiera buena cristiana; caerás en el lazo y acaso... negarás a Jesús...

15. Segunda oración

I.-A Jesús le faltan los consuelos del hombre, aun los más legítimos, y se aleja de nuevo, para ir a cobrar aliento en la oración...

«Padre mío, exclama, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

Queda de relieve su resignación en la voluntad de su Padre... Pero siguen las luego entre su parte superior, que se une al Padre, y la inferior, que gime con horror.

Reflexión.--Aprende a orar con perseverancia, dando preferencia, no a lo que tú quieres conseguir, sino a lo que Dios de ti quiere.

En esta segunda oración Jesús se entrega plenamente a la voluntad del Padre... El «fiat» aquí es terminante.

II.-Pero Jesús sufre la soledad y el abandono del Padre...; vuélvese a los discípulos... Estos no se han corregido..., al contrario, están profundamente dormidos... ¡no se explica!...

¡Qué bueno y compasivo se mostró aquí Jesús...! Nuestras repetidas flaquezas así encuentran a Jesús... ¡Qué sería, si no fuese así! Esto me ensancha el corazón, esto me da confianza...

No me desaliento, Señor; serás tan bueno conmigo, como con ellos. ;

Reflexión.-Pero no abusemos... Estos descuidos fueron caros para el pobre apóstol, que negó tres veces al Maestro.

16. Tercera oración

I.-De nuevo vuelve Jesús a la oración. Nada espera de los amigos, y los deja...

Vuelve al Padre, repite la misma oración... ¡silencio y abandono!

El cielo y la tierra... todo se le cierra...

Insiste en la oración...; sus gemidos se pierden entre las rocas del Huerto...

Si alguien le dijera: «no insistas» «es inútil» «todo está perdido»...: Jesús contestara sin vacilar: «No, no está perdido; piérdase la vida, derrámese la sangre, pero el mundo se salva...»

Y corre la sangre por el suelo, y brota de sus labios la oración: «Padre, si no puede pasar este cáliz, venga el cáliz: «fiat» «fiat»

Reflexión.- ¿Es así tu oración?

II.-Un Ángel viene con el Cáliz. El Padre ha escuchado su oración y envía un mensajero suyo. San Gabriel, confortándole y animándole a beberlo...

La tentación se disipa, su espíritu se conforta; hasta el cuerpo se reanima y vigoriza, la paz y la calma inundan todo su ser. Nada teme.

Reflexión.-En Jesús todo ha cambiado por la perseverancia en la oración. En los apóstoles todo sigue igual: soñolientos, perezosos, cobardes, indiferentes.

La oración transforma las almas, las que no oran siempre siguen igual. ¿No notas reacciones en tu espíritu? ¿cómo oras?...

17. «Dormid ya...»

I.-Fíjate en Jesús sentado o tieso junto a un olivo y escucha de su boca el «Yo soy el buen Pastor» velando por sus buenas ovejas y diciéndoles: «dormite jam»... reposad, descansad, estad tranquilas, no tengáis miedo... que mi Corazón vigila cerca de vosotras y os defiende...

Fíjate también en cómo se acuerda y mira a la oveja descarriada que huyó del aprisco. ¡Pobre Judas! ¡si supieras cómo te aguarda el amante Pastor!...

Aplica, alma mía, el caso al Sagrario, donde vela el Pastor Divino y habla a las almas, que en sus fatigas se refugian a su sombra, las mismas palabras: «dormid ya y descansad», y cómo mira y espera a las ovejas descarriadas...

II.-Fíjate en los apóstoles que descansan junto a Jesús. Examina, alma mía, la paz de sus almas, su tranquilidad; nada apetecen, nada temen, nada les turba; en el desierto o en la soledad, desprovistos, desnudos... Jesús les basta. Jesús es su casa, su cama, su abrigo, su comida... su todo.

Ahí está la imagen del alma, que, renunciando al mundo y a sus goces, desnuda de las criaturas, se consagra a su Dios y reposa al abrigo del Corazón de Jesús, junto a la puerta del Sagrario...

III.-Y mira a Judas, descarriado, lejos del Pastor: entre el bullicio, amigos, dinero...; pero agitado; inquieto, en zozobra... ¿qué le falta? ¡El amante Pastor!...

El mundo; las amistades, las riquezas, diversiones, no traen nunca la paz al alma... Fuera del Sagrario no hay verdadero reposo...

18. Esperando a Judas

I.-Contemplant las personas... los apóstoles que duermen... Jesús a su lado junto a un olivo... Allá los jueces... fariseos..., soldados... y a Judas guiándoles..., buscando todos la muerte del Señor...

a) ¿Qué ve Jesús?... A unos amigos que olvidan... y se duermen junto a Él...; en la Ciudad a sus enemigos, que piensan, hablan y obran contra Él... y a un discípulo, unido a esos enemigos...

b) Siente Jesús el olvido de sus amigos, que tan indiferentes se muestran...; le amarga la negra ingratitud del pueblo judío... el pecado de Jerusalén... Pero sobre **esto** está la pena que le da el apóstol traidor que se mezcla con sus perseguidores... y se hace él el mayor de todos...

Reflexión.-¿En cuál de esos grupos de personas estoy yo...?

II.- Aquella escena se repite en todos los siglos...

a) Jesús en el Sagrario está como a la sombra de aquel olivo... y ¿qué ve desde allí?... Las tres clases de personas... Siempre y en especial, en los días de los grandes pecados,... ¡qué panorama se presenta a los ojos de Jesús!... 1.º) Teatros... salones... blasfemias... bailes... 2.º) Entre tanto los católicos, sus amigos, indiferentes_ olvidadizos, que se duermen... ¿Quién piensa en Jesús... en el Sagrario... lo que allí pasa?...

b) 1.º) Jesús se entristece al verme obligado a recibir, en medio de su Corazón herido, todo ese cúmulo de pecados, que contra Él son arrojados y lanzados por los libertinos... 2.º) Siente también y mucho, la indiferencia con que la mayoría de los cristianos ven estas amarguras de Jesús. y se duermen tranquilos... 3.º) Pero muy sobre estas penas y sentimientos está y le amarga la traición de tantas almas suyas que se vuelven contra Él. y le persiguen...

¿A qué grupo pertenezco yo...?

19. Ante la tierra y el cielo

I.-Ver a Jesús, como antes... Se acerca el momento de la Pasión... Se va a realizar la mayor de las obras que ha hecho Dios... se va a salvar al hombre... y en aquel momento supremo ¿qué hace el mundo y que hace el cielo?...

a) El mundo no se acuerda de su Dios ni de su salvación... ¿Cuántos son en el mundo los que entonces piensan en Jesucristo, que les va a salvar?... Era de noche cuando Jesús comenzó la salvación... y esta noche era imagen de la otra noche oscura en que yacía el mundo.

b) Al contrario, el Cielo contempla y penetraba la grandeza y la importancia de aquella obra...; los ángeles miran a Jesús, se maravillan de verle allí esperar la hora marcada por el Eterno Padre...; le adoran desde el Cielo..., se derriten de amor al verle que va a entrar en aquel mar de dolores, por aquel mismo que le olvida...

II.-Jesús en el Sagrario continúa la obra de la salvación... desde ese rincón obra portentos en las almas... ¿Y quién se acuerda de Él?

a) El mundo le tiene olvidado... Los negocios, los intereses, los placeres... ocupan el corazón del hombre., y del Sagrario ¿quién se acuerda?

b) Los ángeles que le adoran, le aman y lloran la ingratitud del hombre, por quien sólo vive Jesús allí... ¿Qué hago yo? ¿Estoy penetrado de esta verdad de que Jesús me espera en el sagrario...? ¿Y que espera sólo mi salvación?...

¿Estoy convencido de que la relación que existía entre Jesucristo bajo aquel olivo, y el mundo de entonces a quien quería salvar, es la misma que existe entre el Jesucristo del sagrario y el mundo actual...; entre Jesús y mi alma, que también quiere El salvar...?

20. He aquí a Judas

I.-Contempla cómo vienen por la falda opuesta al monte de las Olivas donde está Jesús, Judas y la turba...; clasifícalos en cuatro grupos:

a) Los soldados de la cohorte de Pilatos...; estos, más bien obligados, vienen a coger preso a Jesús, a quien probablemente no le conocen, al menos personalmente; por eso Judas les dará la señal, por medio de un beso...

Estos son pues los menos culpables...

b) Los criados de los Pontífices y gente de la calle...; estos tienen más conocimiento de Jesús, pero confuso y en muchas cosas equivocado, por haber oído a sus amos hablar mal de Jesús... Su culpa en proporción crece más...

c) Los fariseos, escribas, etc..., etc.... conocen a Jesús..., han escuchado su Evangelio..., han visto sus virtudes... milagros... sabiduría... poder; no obstante, le odian, no le quieren reconocer como Mesías, y le buscan para asesinarle... Su culpa es mucho mayor que la de los anteriores...

d) Judas, uno de los doce, mucho más armado de Jesús..., le conoce íntimamente... vive con Él, es su familiar..., escogido y separado del mundo, apóstol suyo... Y este desgraciado se constituye en guía y capitán de aquella gente... Su culpa, pues, no tiene límites...

II.- Me preguntaré a mí mismo, ¿en qué grupo me encuentro?

a) No soy como el indio o salvaje, que aún no tiene noticia 'del Salvador...

b) Ni como el pobre cristiano, que vive alejado de los medios de salvación... sin poder oír la palabra de Dios, e ignoran te de cuán grande es el Corazón de nuestro buen Jesús...,

c) Soy alma instruida en la escuela de Jesucristo; conozco su doctrina... su bondad..., su misericordia... su amor... su vida del Sagrario... ;cómo allí me espera... me llama... me ama... y acaso...

d) Soy, además, alma regalada..., escogida entre mil, separada del mundo... apóstol... Si en este estado yo peco ¿cuál será su gravedad?... ¡cuánto lo sentirá Jesús:...

Debo compararme con los escribas... acaso Judas...

Ponderar la predilección que el Señor ha tenido conmigo...; y de aquí, la obligación que tengo de ser yo generoso en su servicio... y no contentarme con una medianía...

Si para los primeros hay infierno; ¡cual será para los terceros... y cuál para los últimos!

21. «Levantaos y vámonos»

I.-Considerar aquí tres clases de personas; a) exteriormente, b) interiormente.

1ª Clase. Los Apóstoles, perezosos, atontados, soñolientos, bostezando... indiferentes, impasibles, como si a ellos no les importara nada, ni tuviesen que ver nada con lo que va a pasar; y ¡¡va a consumarse el crimen más horrendo que han presentado los siglos!!...

He aquí el tipo acabado de las almas tibias. Cristianas, sí, pero muy comodonas,, y que no muestran interés ninguno por los de Jesucristo. ¿Que Este es despreciado, blasfemado? y lo es la Iglesia, sus ministros? Bien lamentable es, pero ¿quién me mete en compromisos, si yo vivo tranquilamente y en paz?... Aplicar esta doctrina, a los padres, autoridades, sacerdotes, personas que se llaman piadosas y que, sin embargo. Son de tan poco espíritu de sacrificio por Jesucristo...

2ª) Clase. Judas embozado en su manto, con aso acelerado, los ojos chispeantes y muy movidos avanza, a la sombra de aquellos corpulentos olivos, como fiera que busca la presa, como cazador en parada... muy agitado, suspicaz, intranquilo, turbado, receloso y obcecado por la pasión... se adelanta temblando, como lo dan a entender las precauciones que toma y hace tomar a los soldados: «a quien yo besare, detenedle y llevadle, pero con precaución».

Y va a hacer su voluntad, su capricho...

Es el tipo de todo aquel que obra contra el dictamen de su conciencia, desde el mayor pecador hasta el alma imperfecta, que quiere hacer su voluntad; para quien es ominoso el suave yugo de la ley de Dios y de obediencia...

El pecador cree su felicidad en seguir la corriente de sus pasiones, libre, sin estrecheces, ni violencias...; y ahí es donde haya mayor tormento...; vive turbado, porque «toda alma desordenado es verdugo de sí misma» (San Agustín), intranquilo... sin reposo...agitado... no buscará la soledad, el silencio; porque le asaltan pensamientos (gritos de la conciencia) de la eternidad, la muerte, el juicio... ¡Ay, qué miedo!...¿y este tal será feliz?...

3ª Clase. Jesús se levanta, despierta a sus discípulos, les muestra con la mano a Judas que viene, «ecce appropinquat» y se adelanta con ellos..., «eamus...» Jesús va sereno tranquilo, en paz... como si fuera aun triunfo..., confortado en la oración, lleno de valor y fortaleza. Este es el verdadero tipo del justo, que en todo busca la voluntad de Dios. Desde las más pequeñas insinuaciones de la obediencia hasta los mayores sacrificios y cruces, el justo caldeado en la fragua de la oración, junto al Sagrario, lo toma todo con serenidad, tranquilo, valeroso y alegre... Aquí está el secreto de la verdadera felicidad... Más feliz es y más goza la joven Eulalia en el martirio... que la hija de Herodes bailando ante los cortesanos... Más goza Magdalena al pie de la Cruz llorando, que riendo en su vida licenciosa...

Infinitamente más sabrosos son todos los tormentos de Jesucristo, que lo que Judas saboreó con sus dineros... Pon junto a la Cruz de Jesús la bolsa de Judas... y ahí verás el gran contraste de cómo goza el justo crucificado que sufre, y cómo sufre el pecador libre que goza...

II.-Aplicarme esta doctrina, considerando a qué clase de personas pertenezco, y a cuál debo en adelante pertenecer...

22. «Dios de guarde Maestro»

Judas se acerca a besar a Jesús. Judas tal vez no ignora que su Maestro conoce sus pérfidas intenciones y que, en medio de aquella fingida amistad, descubre toda la negrura de su infame corazón... ¿Y cómo se atreve a llegarse a Jesús?...

Porque también sabe que su divino Maestro es bueno, mansísimo y no rechaza a los pecadores, sino que los recibe y los ama. Y Judas, abusando de esta bondad consumará su traición.

Reflexión.-He aquí la imagen del pecador... Yo, quienquiera que sea, siempre que he pecado, me he echado esta misma cuenta: Jesús es bueno... ; me ha perdonado otras veces...

¿Por qué abuso yo de la presencia del Señor en el Sagrario, en la Santa Misa. En la Comunión?... Solamente porque Jesús es bueno...

Si pues, en Judas es negra esta ingratitud... ,no lo será en mí?...

II.-Jesús se inclina y recibe el beso de Judas

Jesús no se lo niega...; no se retira de aquella asquerosa boca... le ama.., le abraza... ¡Dos rostros, dos corazones que se juntan, el más duro y negro... y el más tierno y blando... ! Dos polos: ¡Jesús abrazado con un demonio! En toda la Pasión de Jesús no hubo pecado que más haya herido el Corazón de Jesús... Y allí Jesús abrazó, llamó y amó con infinita ternura al misérrimo Judas.

Se repite esta escena millones de veces. El hombre peca... y Dios se acerca al hombre y le llama...

También tú pecaste y en el momento sentiste, con amargura interior, el dulce llamamiento de Dios... ¡Ah, si Él no te hubiera llamado, tú no te hubieras convertido... !

Al que se acerca a la Iglesia, a comulgar sacrílegamente, Jesús da el abrazo de amigo, llama y habla al corazón...

¡Qué misterios, oh alma, qué misterios....!

23. ¡Amigo!

I.-Tres modos por los que Dios trata de convertir a Judas:

a) Por inspiración secreta, conforme se dijo en el número anterior.

b) Con una suave amonestación de palabras. Jesús, en efecto, saca de su Corazón la palabra más suave y tierna: amigo... Yo soy tu

amigo...; a pesar de este enorme pecado que consumes, lo soy todavía... Sé tú mi amigo..., basta que confieses tu pecado: dímelo... Judas « ¿a qué has venido?»»

c) Recurre a la severidad..., a la Justicia...no puede por amor; intentará por medio del temor... le echa en cara su pecado: «Judas, ¿con un beso me entregas?»...

II.- Así obra Dios con el pecador. Muchas veces, en el momento de caer en pecado, viene Dios con el remordimiento..., Si el pecador no cae en la cuenta, Dios se vale de sus ministros...: un sermón... una función religiosa... una lectura piadosa... un suceso, son las voces de Dice que llama amorosamente..., es el Pastor que busca, silbando, a la oveja perdida.

Pero si el pecador está algo insensible... ordinariamente se vale del rigor del castigo, una desgracia... una enfermedad... la muerte de un familiar...

24. Jesús huye

I.- Ver a Judas que se aparta de Jesús y a los judíos...; los dos extremos: de quien se aparta y a quiénes se une.

Miraré a Judas en el momento de volver la espalda a Jesús y esconderse entre los olivos...; y a Jesús mirándole... ¡qué mirada aquella!, y le sigue... Judas huye. Dios le persigue con amor...

¡Apartarse de Jesús!... ¡del único bien... de la fuente del bien y de la felicidad!... ¡Y apartarse de El para siempre! ¡Oh, sí Judas hubiera ponderado las consecuencias de aquella separación! Lo recordará eternamente en el infierno...

Y todo por no haberse atrevido a confesar su crimen a los pies de Jesús, cuando Este le dijo: «¿A qué has venido?»... Más tarde se arrepintió y se fue a los príncipes de los Sacerdotes, gritando: «pequé»... Pero Jesús ya no estaba... ¡Se había apartado para siempre!

Reflexión.-El pecador que se aparta de Dios.... seducido por las pasiones... los vicios... la tibieza... una conciencia turbada por muchas infidelidades, que hacen no se atreva a presentarse ante Dios y huye...

II.-Judas se une a sus enemigos, y de apóstol se hace perseguidor... ¡Qué cambio!...

Reflexión.- ¡Qué cambio el de un alma consagrada... que se hace enemigo de Jesús... por su malicia, como los herejes, (Lutero)... por sus escándalos... pervirtiendo almas, en vez de salvarlas....

Aquí entran las almas que, apartadas del Sagrario, se burlan de las que frecuentan los sacramentos...

Judas, que da la espalda a Jesús, pierde...; los apóstoles, que se refugian tras el divino Maestro, se salvan...!

25. « ¿A quién buscáis?..¡Yo soy!»

I.-Apenas Judas se esconde entre los olivos, Jesús le sigue y a Este sus tres discípulos: cuando, de súbito, se les ofrece., aquel imponente, espectáculo: soldados, gente confusa, armas, luces...

Los apóstoles que lo ignoraban, comienzan a temblar; Jesús se vuelve a ellos y los alienta...; les diría: «No temáis»... Yo os defiende, como la gallina a sus polluelos....

Reflexión.-En los combates del alma y del cuerpo... contra el demonio y el mundo, la carne, los enemigos de la Iglesia... escondámonos tras las espaldas de Jesús...

He ahí el secreto de la fortaleza de los confesores de Cristo, de los mártires ante los jueces, de los misioneros ante los salvajes... Los fuertes o los castillos defiende las ciudades...; los fuertes de la Iglesia y de los cristianos son los Sagrarios. Mientras Jesús viva entre nosotros y nosotros estemos con Él, no seremos vencidos...

II.-« ¿A quién buscáis?»... «A Jesús Nazareno»... Y ¿sabéis quién es Jesús Nazareno?... Lo vais a ver ahora: EGO SUM, «Yo soy», y todos caen en tierra y también Judas...

Fíjate, alma, en este infeliz, a quien quizás por primera vez ahora le alcanza el poder de Jesús. Fíjate: ahí están derribados todos como heridos por un rayo; sereno Jesús los contempla... ¡miserables!... Y a su lado bien seguros los tres apóstoles... Fíjate ahí quién es Jesús para el malo y para el bueno...

Reflexión.-Esta palabra de Dios obra lo mismo a distancia... Desde el Sagrario va repitiéndola a través de los tiempos: «Yo soy» dice al bueno, soy Jesús Nazareno, tu Padre, tu Maestro, tu Pastor, tu Esposo... ¿por qué huyes, te asustas, temes y te acobardas....? No temas, «noli timere»....

Pero ¿el «Ego sum», «Yo soy», que dice al pecador?... El pecador que se hace sordo, un día tendrá que oír de los labios de su juez: «Yo soy»...

26. «Esta es vuestra hora...»

I.-Jesús atado, imposibilitado... Atado exteriormente por los soldados, interiormente por la voluntad de su Padre, por el amor... Los soldados abusan de su impotencia para saciar en Él su furor...

Reflexión.-El pecador que abusa de la bondad de Jesús, para pecar más libremente...

Jesús atado en el Sagrario... exteriormente con una llave, interiormente por el amor... Impotente, sin poder defenderse..., De esa de impotencia de Jesús en su divina prisión, abusan: a) el que casi por completo le olvida, como si El ya no viese ahí b) el que con demasiada familiaridad, sin ningún respeto, con culpables irreverencias de trate; c) el sacrílego que en pecado mortal se atreve a comulgar; d) el criminal que roba y profana la divina Hostia...

II.- «Esta es vuestra hora». Todos los odios y rencores que se han ido acumulando en vuestros corazones durante mi vida pública, descargaréis ahora sobre mí; os hartareis, os saciareis, os cansareis de atormentarme y torturarme en el alma y en el cuerpo... y yo, como manso cordero, callaré, porque «esta es vuestra hora»...

Reflexión.- La vida del hombre es su hora: en ella puede merecer o desmerecer... Es la hora de los grandes pecados... y es también la hora de las grandes virtudes y heroísmos, y la hora de las grandes misericordias divinas...

Desde el Sagrario Jesús repite esas palabras al mundo que le olvida y se entrega a sus placeres: «Esta es vuestra hora»... la hora de los grandes pecados... Coronaos de rosas... vivid y corred por el camino ancho...

Y a los justos repite: «Esta es vuestra hora»... la hora de los sacrificios, de los grandes méritos, la hora de vuestra santificación, de vuestro amor a Dios...

Luego, muy pronto, vendrá la hora de las recompensas eternas; vendrá «mi hora»...

27. «Echaron mano de Jesús»

I.-La entrega absoluta que hace Jesús de su persona en manos de los verdugos..., acto de abnegación sublime... oblación generosa... sacrificio costoso... renuncia de sí mismo y de sus cosas; privarse, y como despojarse de sus mismos atributos en cuanto a sus operaciones..., hacerse inútil impotente... como cordero, que calla en manos del esquilador o como oveja que es llevada al matadero...; ¡ Maravilla es todo esto!

Reflexión.-Un alma, que por sus votos se consagra a Dios, despojándose de todo ; un sacerdote, que se sacrifica en alas de su celo y de su amor por las almas; una persona piadosa que se entrega de veras servicio de Dios... renunciando a las pompas regalos, placeres, y amor propio...

Circunstancias de la entrega de Jesús:

a) Rebajándose a la categoría de un criminal, facineroso... ¿ Y te molesta que a ti, tal sal vez, te digan que eres egoísta; comodona, hipócrita, parásita... ?

b) Es entregado en manos de ferocísimos enemigos... Yo en manos de Dios.

II.-Jesús en el Sagrario renovando la, misma oblación y sacrificio, despojado de todo, hasta de su propia vida aparentemente, hace la entrega de todo lo que es en manos de cualquiera, sea justo, tibio, pecador, sacrílego o criminal... A todos se entrega sin queja...

Esa debe ser mi abnegación y mi entrega lo mismo para lo fácil, que para lo difícil : lo mismo para lo malo que para lo bueno

28. Los discípulos huyeron

I.-La huida de los discípulos: 1º) aumenta la aflicción de Jesús; 2.º) demuestra la flaqueza de aquellos hombres...,lo que es la fragilidad humana! Los que habían prometido morir por su Maestro y con El... Todos huyen: Simón, el valiente, el generoso, el decidido... Juan, el discípulo amado el que había sentido las dulces palpitaciones del divino Corazón... llega a tener vacilaciones...y al principio huye con los demás.

Reflexión.- Quién, aunque sea alma consagrada, sacerdote, persona santa, se creará seguro y firme?...

Aquella huida demuestra lo espantoso que debió de ser el momento de la prisión de Jesús, que aturdió y metió tal miedo y pavor a los apóstoles, que todo lo pasado lo olvidaron y se dieron a la fuga...

La fuerza de una tentación puede así atolondrar y desconcertar al alma más fervorosa...

II.-Los apóstoles, mientras tenían el apoyo de Jesús, se mostraron valientes y arremetieron contra toda una turba de hombres armados... pero..., después que le perdieron..., cuando Jesús desapareció entre los verdugos y se vieron solos... «huyeron».

Reflexión.-El alma unida a Dios, el alma cerca del Sagrario, unida fuertemente a Jesús por la caridad, se atreve y puede con todos los enemigos...; pero..., si se aleja de Él, de su intimidad, de la oración,

comuni3n, visita..., dando lugar a la flojedad a la tibieza... caer3 en la primera tentaci3n...

III.-Los ap3stoles huyen a oscuras, desconcertados, sin rumbo, perdidos en la noche...

As3 el alma ca3da, queda a oscuras, agitada, sin rumbo, cay3ndose en barrancos... hasta que la gracia le ilumina y...vea.

29. Le segu3a de lejos

I.- Cuanto m3s desconcertados hu3an los pobres disc3pulos, Jes3s desde el abismo de sus penas y humillaciones, iba mir3ndolos..., tuvo compasi3n grande de ellos , y su divina gracia fue llam3ndolos.

El primero en o3r la voz divina fue Juan, el cual volvi3 de su camino y sigui3 de cerca a su Maestro hasta el sepulcro...

Luego volvi3 tras sus pisadas Sim3n Pedro, que no lo hizo, sino de lejos, con precauciones y con poco 3nimo, cobarde y flojo...; por eso cay3.

Reflexi3n.- Aprende a aprovechar con prontitud el llamamiento de la gracia para volver a Dios con fervor y decisi3n, cuando 3l te llama... ¡y cu3ntas veces te llama!...

Me lo hagas con pereza, flojedad, a medias, de lejos... pues volver3s a caer m3s abajo...

II.--Por fin todo vuelven a Jes3s: todos se arriman al cayado del divino Pastor... Falta Judas, a quien Jes3s llam3 tantas veces, 3l se hizo sordo...

Reflexi3n.-Mira, alma piadosa, la diferencia entre una ca3da por flaqueza y vehemencia de una pasi3n, como fue la de los ap3stoles, y una ca3da por malicia y mala disposici3n de la voluntad, adhesi3n y afecto al pecado, h3bito malo, endurecimiento del coraz3n..., como la de Judas...

En los primeros, el alma es sensible y la gracia obra con eficacia...; en este último. el corazón se ha hecho insensible y en él no se percibe el toque de la gracia, como ésta no sea extraordinaria...

¡Cuántas de estas escenas se repetirán hoy en el mundo!...

Alma, dime, ¿cómo está tu corazón?

30. Lo llevaron a Caifás

I.-Me figuraré a Judas, que se une a los soldados y fariseos, cuando estos llevan a Jesús a Jerusalén... También él toma parte en aquella terrible escena... y quizás, no atreviéndose a tomar una espada, tomaría una tea para alumbrar a los que arrastraban a su divino Maestro, llegando así a maltratar a Jesús con las manos de todos....

Jesús se fijaría en él y su Corazón sensibilísimo se llenaría de amargura. ¡Qué oficio el de aquel miserable apóstol apóstata ¡...

Reflexión.-En él se representan todas aquellas almas consagradas, que han prevaricado en la sucesión de los siglos...

Sacerdotes, religiosos, almas consagradas, sacrílegos, escandalosos, públicamente pecadores, que, como Judas, llevan en alto la tea de sus escándalos, ofendiendo Dios no sólo con sus propias almas, sino con las de sus feligreses, domésticos, amigos a quienes escandalizaron y pervirtieron, alumbrándolos con la luz de sus pecados... ¡Pobre Jesús!...

II.-Hay que reparar mucho, porque mucho se peca... Pero Jesús pide especiales reparaciones y desagravios por los pecados de sus amigos, de sus esposas...

Alma que esto lees: estudia a Santa Margarita, víctima que escogió Jesús por los desórdenes de las almas y de las Comunidades relajadas...

También tú, por las tuyas y por los sacerdotes y por todas las almas consagradas has de ofrecer reparaciones...

Fr. Diego de Cádiz un día salió fiador de veintidos mil pecados graves que cometieron una noche en Málaga.

He ahí un gran motivo para practicar devotamente la Hora Santa.

ÍNDICE

Págs.

<i>Prólogo</i>	4
<i>Primera Hora Santa</i>	
¿Quiénes son los elegidos?	7
<i>Segunda Hora Santa</i>	
Divinas tristezas	19
<i>Tercera Hora Santa</i>	
Velad conmigo	29
<i>Cuarta Hora Santa</i>	
Consoladores	43
<i>Quinta Hora Santa</i>	
El abandono de los amigos	55
<i>Sexta Hora Santa</i>	
La entrega	68
<i>Séptima Hora Santa</i>	
Quiere morir por mí	81
<i>Octava Hora Santa</i>	
La Oración	91
<i>Novena Hora Santa</i>	
Odio-Amor-indiferencia	104
<i>Décima Hora Santa</i>	
El Señor vela por mí	114
<i>Undécima Hora Santa</i>	
Jesús y Judas	125

Duodécima Hora Santa

En su busca 134

Apéndice

Treinta brevísimas Horas Santas 146

Índice 178
